A.gr.b. 2032 - 1

Isocrates

LAS ORACIONES

Y CARTAS

DEL PADRE DE LA ELOQÜENCIA

ISÓCRATES,

AHORA NUEVAMENTE TRADUCIDAS

DE SU ORIGINAL GRIEGO,

É ILUSTRADAS CON NOTAS,

POR

DON ANTONIO RANZ ROMANILLOS.

Si occupati nondum *profuimus aliquid civibus nostris, prosimus si possumus otiosi.*

Ex Cicer. I. Tusc. Q.

TOMO I.

CON LICENCIA.

MADRID. EN LA IMPRENTA REAL.

1789.

398 Cx

BIBLIOTHECA
Bayerische
Staatsbibliothek
München

AL REY NUESTRO SEÑOR.

SEÑOR.

No es mi ánimo hacer aquí el elogio del Autor que he traducido. Desde que los dos orá-

culos de la moral Filosofia, Sócrates y Platon, se manifestaron prendados de la elevacion de su ingenio, en todas las edades se ha llevado los sufragios de los hombres sabios. Todos á una voz le han reconocido por el dechado de elogüencia mas perfecto, por el mas consumado político, y por uno de los mas acreditados maestros en el dificil arte de reynar. Así que pensé ya hace algun tiempo en ofrecer y consagrar la version Castellana de sus obras al que habia de regir un dia los dilatados dominios de la España: á V. M. que aún no habia ascendido al

trono para que le habia la Providencia destinado. Tuve este por un don propio para V. M. en aquella condicion, no mas de por parecerme que la conveniencia que V. M. hallaría entre los preceptos de Isócrates, y las sabias máxîmas de que estaba penetrado su noble corazon, no podria menos de causarle el placer interior mas grato. Pensar otra cosa hubiera sido temeridad, y bien presto la experiencia me hubiera desengañado. Entró V. M. á regir sus pueblos, y el socorro y alivio de los miserables fijó desde el principio el carácter de su fe-

liz Reynado. Sintió el labrador aligerada la carga, baxo que gemia en un año calamitoso, por la piadosa mano de V. M.; el necesitado halló en vuestra ternura y compasion remedio á su miseria; los cortesanos vieron á V. M. descender desde su solio á enmedio de ellos, y mostrar la complacencia que muestra un buen padre, quando se vé rodeado de sus hijos; y á todos se les anunció en esto el Reynado de la moderacion y la clemencia. Todos, Señor, en vista de tan acertados principios se llenaron de las mas lisongeras esperanzas, y ya

creen ser testigos de como la vida cómoda del ciudadano en todas las clases del Estado y el aumento del pueblo de la España coronan vuestros afanes y desvelos. Cómo pues, pretender servir de algo con esta obra, y querer llevar agua al Occéano? Sin embargo lo antes expuesto me alienta para presentar á V. M. mi Traduccion, y suplicarle se digne recibirla con benignidad como un don que tanto tiempo hace le es debido, y como un testimonio del amor y obediencia del menor de sus vasallos. Dios nuestro Señor guarde para bien universal

de ellos la preciosa vida de V. M. por dilatados y felices años.

SEÑOR.

A los Reales pies de V. M.

Antonio Ranz Romanillos.

PRÓLOGO.

No podrá menos de parecer extraño, á lo que creo, que en un tiempo en que solas las obras Francesas parece que llaman la atencion de nuestros Traductores, haya quien piense en desenvolver, digámoslo así, los escondidos tesoros de la Grecia, y trate de restituirlos á su antiguo lustre, sacándolos de aquel vergonzoso olvido, en que por el descuido, ó mejor por el fastidio de nuestros sábios Góticos, yacian sepultados. Pero los que tengan idéa de ellos, ó quieran aplicarse á conocer su valor, confesarán sin duda, que no solo son dignos de este cuidado; sino que á qualesquiera

otros merecen en esta parte antepo-
nerse. Y aun sin esto, quién podrá
negarles esta preferencia, si es que
en general está convencido de la uti-
lidad de las letras griegas? Y quién
podrá dexar de estarlo, y de reco-
nocer las grandes ventajas, que pa-
ra el cultivo de las ciencias acar-
rean, si de alguna de ellas ha lle-
gado á tomar siquiera un mediano,
ó poco mas que superficial conoci-
miento? El Teólogo verá que le son
indispensables para la mejor y mas
perfecta inteligencia de la Escritu-
ra, los Concilios y los Padres, y
que sin ellas no podrá entrar en dis-
puta con quien no reconozca las ver-
siones, y quiera siempre en las du-
das recurrir á los originales. El Le-
gista hallará sembradas de Helenis-
mos las mas de las respuestas de sus
Jurisconsultos, y reconocerá por fin,
que no podrá llegar á entenderlos,
si como ellos no aprende aquella len-
gua de que trasladaron á la Latina

tantas expresiones. El Médico notará, que todas, ó á lo menos casi todas las voces que se emplean en su ciencia las ha subministrado el Griego, y que interin no lo posea, ademas de no poder saber el propio significado de ellas, sino á mucha costa, estará expuesto á los mas torpes y dañosos yerros. Lo que es en su manera comun al Matemático y al Filósofo; tanto, que ni aun podrán saber qué significan los nombres de estas ciencias, y los de cada una de las partes que comprenden, si son del todo huespedes y peregrinos en la lengua sábia de que se tomaron. Pues Humanista, quién podrá llamarse sin el conocimiento de la lengua Griega? y sin serlo, quién podrá en ninguna materia escribir con finura y aliño, dando á sus obras cierta gracia y atractivo, con que embelesen al Lector, y como contra su voluntad le tengan en ellas detenido? Es indubitable: de

los Griegos, como decian Ciceron *a* y Quintiliano *b*, hemos recibido todas las honestas disciplinas, y así sin saber su lengua, dificil es que podamos en ellas hacer grandes progresos: lo que no solo podrá probarse con razones, sino con hechos. Porque sin recurrir á tiempos mas antiguos, quién no sabe que entónces logró la Europa toda salir de la ignorancia y la barbarie, quando empezaron á apreciarse, y cultivarse en ella las letras Griegas, que habian sido abandonadas y olvidadas por muchos siglos? En aquel tiempo feliz de nuestra España, quando esta nacion, tachada hoy por los extrangeros de bárbara, hacia un papel brillante en la República de las letras, no se enseñaban en ella las lenguas sábias con el mayor esmero? Constando pues, suficien-

a Cicer. 2. *de Finibus*, pag. 62. Edit. Lugdun. 1585.

b Quinct. libro 1. Institutionum Oratoriar. cap. 2.

temente de lo que llevo expuesto, la utilidad, y aun necesidad de estudiar la lengua Griega para llegar á ser ó sábio ó erudíto, no quiero acumular mas pruebas, no sea que parezca que tengo por incierta una cosa tan averiguada, por el mismo empeño con que procuro defenderla. Y mas, que acaso se me dirá que ya sin mis amonestaciones tienen entre nosotros sus aficionados las letras Griegas; y se me darán por prueba de ello dos ó tres traducciones que del Griego se han hecho de unos veinte ó treinta años á esta parte. Débil prueba por cierto, y solo digna de tener lugar en qualquiera de las apologías que cada dia se escriben en defensa de nuestro mérito literario! Porque en esta especie de escritos para una completísima induccion hay mas que bastante con uno ú otro exemplo. Yo creo que tiene mas fuerza para hacer ver que entre nosotros está to-

davía abandonado este estudio, el argumento que puede tomarse de las traducciones que cada dia se hacen al Castellano de los libros del nuevo Testamento: porque entre ellas las hay hechas del Italiano, del Francés y del Latin; pero todavía no se ha visto una hecha del Griego, con ser esta la lengua en que aquellos libros se escribieron. Despues de esto, si nuestros literatos se hubieran formado con la lectura de las delicadas obras de los Griegos, cómo era posible que tuviesen tanta parte en sus escritos la obscuridad y confusion, y que pudiesen incurrir en tantas inconseqüencias y contradicciones aun los que aspiran á ser entre ellos contados los primeros? Cómo podrian nuestros Teólogos apacentarse únicamente de las sutilezas escolásticas, y hallar nuestros Juristas gusto en el estudio de aquel inexplicable farrago de los pragmáticos, propio solamente para facili-

tarles medios de trastornar la verdad (segun la expresion de San Bernardo *a*), destruir su sencilléz, y hacer dificil la decision acertada de las causas?

Teniendo pues, por cierto, que está muy olvidado en nuestra patria el estudio de las letras Griegas, y deseando que se cultiven con el ardor y empeño que merecen, me pareció, que no habria medio mas proporcionado para llamar hácia ellas la atencion de la española juventud, que el presentarle traducidas algunas obras de aquellos sábios, á quienes debieron su mayor lustre: porque viendo

a Lib. 1. *de Consideratione* : Estas son sus palabras : *Miror namque quemudmodum religiosæ aures tuæ audire sustinent huiusmodi disputationes advocatorum, et pugnas verborum, quæ magis ad subversionem, quam ad inventionem proficiunt veritatis.... Hi sunt, qui instruunt eos, à quibus fuerant instruendi, adstruunt non comperta, sed sua; struunt de proprio calumnias innocentiæ, destruunt simplicitatem veritatis, obstruunt iudicii vias. Nihil ita absque labore manifestam facit veritatem, ut brevis, et pura narratio.*

la sólida belleza de ellas, y estando por otra parte cierta de que nunca pueden dársela enteramente á conocer las traducciones, por mas exâctas que sean, y por mas cuidado que se ponga en copiar fielmente los originales, es casi indispensable que se dedique á aprender la graciosa lengua, en que tan eminentes varones escribieron. Para esto tuve en primer lugar por oportunas las oraciones de Isócrates, de aquel Isócrates de quien dixo Dionisio, que habia enviado por toda la Grecia colonias de eloqüencia, y á quien llamó Padre de la Oratoria el mayor Orador de los Romanos. Ellas estando llenàs de las mas saludables y provechosas máxîmas, y conteniendo un copiosísimo fondo de la mas sólida doctrina, estan escritas con todas las gracias y adornos de un estilo florido y delicado; y aunque no tienen la vehemencia que las de Demóstenes, ni brilla en ellas aquella eloqüencia

popular, que dió á este la primacia entre todos los Oradores de todas las edades: son sin embargo mucho mas útiles, ya porque los asuntos que tratan son los mas dignos y mas altos; y ya tambien porque son el mas excelente modelo de la eloqüencia moderada y apacible, que debe reynar en los escritos, y de que nosotros, segun nuestra constitucion, principalmente necesitamos.

Y para que se vea, que no tributo á Isócrates este elogio, por servir, como se dice, á la causa, habré de manifestar, que así tambien juzgaron de él los que en esta materia han sido tenidos por los más inteligentes en todas las edades. Y acerca de lo que en segundo lugar establezco, á saber, que Isócrates es el mejor modelo de la eloqüencia, que debe brillar en los escritos, oigase como piensa Quintiliano: »Isócrates, »dice, es puro y aliñado, y mejor »para la palestra, que no para la

„pelea. No hay gracia ni adorno, „que no emplee, y hace bien, por- „que escribe no para ser escuchado „en las juntas públicas, sino para „ser leido *a*.“ Palabras con que dió bien claramente á entender este gran Maestro de la Oratoria, que en el género de eloqüencia de que hablamos, daba á nuestro Orador la primacia; aunque el pensamiento, á mi entender, lo tomó de Cicerón, que en el tratadito del mejor género de Oradores, hablando de Isócrates, á quien nunca nombra sin elogio, se explica así: „Aun al mismo Isócrates, „que mereció que el divino Platon „hiciese á Sócrates alabarle sobre „manera, y que ha sido de todos „los doctos reconocido por perfecto „Orador, no le pongo en este nú- „mero; porque no se arma para el

a Isocrates, in diverso genere dicendi, nitidus, et comptus, et palæstræ, quam pugnæ magis accomodatus, omnes dicendi veneres sectatus est, nec immerito. Auditoriis enim se, non iudiciis comparat. Lib. X. Instit. Cap. 1.

»circo, ni se muestra con el acero, »sino que antes su diccion da bien »á entender, que no es para la pe- »lea *a*.“ Por lo menos vemos que emplearon ambos unas mismas metáforas, y usaron de unos mismos colores para pintar el caracter dulce y suave del que reconocieron siempre por Autor del modo de decir fino y delicado. Ni fué esta la única vez que aseguró Cicerón, que solo para ser leido escribia Isócrates, y que por lo mismo preferia á la vehemencia y elevacion el donayre, la gracia y armonía. En el libro intitulado *Orator b*, que trata del modo

a Quin ipsum Isocratem, quem divinus auctor Plato.... admirabiliter in Phædro laudari fecit à Socrate, quemque omnes docti summum Oratorem esse dixerunt: tamen hoc in numero non repono: non enim in acie versatur, et ferro; sed quasi rudibus eius eludit Oratio. Lîb. de Opt. gen. Orat. pag. 305. lin. 22. Edit. Lugd. 1585. Tom. 1.

b Pag. 250. lin. 30. eiusdem Edit. ubi post multa: *In Panathenaico autem Isocrates ea se studiosè consectatum fatetur: non enim ad iudiciorum certamen, sed ad voluptatem aurium scripserat.*

de formar un Orador perfecto, hablando de los diversos géneros de oraciones, y del estilo propio de cada uno de ellos, dice de los elogios, de las oraciones suasorias semejantes al Panegírico de nuestro Orador, y de los demas escritos, que no están destinados á las contiendas del foro, que en todos ellos es permitido el uso de las antitesis, de la armonía, número y redondéz de los periodos, de los finales semejantes, y de todos los adornos que halagan y recrean los oidos: citando en confirmacion de ello á Isócrates, que en su Panatenaico confiesa que de intento empleaba en sus escritos todas las flores, y galas que podian darles gracia; y concluyendo con que esto lo hacia, porque no escribia para el foro, y las juntas públicas, sino para ser leido con recreacion y deleite: lo que en otras muchas partes repite, celebrando siempre por ello á este insigne padre de la elo-

qüencia, á quien tambien llama gran Orador y perfecto maestro, y de quien asegura que venció á todos los demas Oradores en el juicioso y sábio uso de los graciosos y delicados adornos del estilo.

Pues ahora, que los venciese tambien en la nobleza de los asuntos que se propuso, consta nada menos que por testimonio del mismo Sócrates, si hemos de creer que son de este gran Filósofo, de este animoso amigo de la verdad, los pensamientos y máxîmas que Platon, el primero de sus discípulos, le atribuye. Habla pues, así de Isócrates en la última pagina del Fedro: »Aun todavía, ó Fedro, es joven »Isócrates; pero quiero deciros, que »es lo que de él pienso. Qué, pues, »dixo Fedro. Paréceme, respondió, »que su ingenio es muy superior á »las oraciones de Lisias, y que es »de una indole mucho mas genero»sa, y aficionada á la virtud; y

»así no será extraño, que si entra-
»do en mas edad, se exercita en el
»mismo género de oraciones que
»hasta aquí, se distinga tanto como
»de unos muchachos de todos aque-
»llos que se apliquen á la Orato-
»ria: y mas si no contento con es-
»to lo elevare á cosas mayores al-
»gun acontecimiento sobrehumano.
»Porque la naturaleza misma pare-
»ce haber depositado en su entendi-
»miento cierta Filosofia.« Con estas pomposas palabras recomienda á Isócrates aquel oráculo de la antigüedad, y con él su elevadísimo alumno; y por lo mismo decia Cicerón *a*, habiendo de referir este pasage: »Así »como á mí, quando me veia ala-
»bado de Catón, no se me daba na-

a En el mismo libro llamado *Orat.* pag. 251. lin. 10. *Itaque ut ego, quum à nostro Catone laudabar, vel reprehendi me à ceteris facile patiebar: sic Isocrates videtur testimonio Platonis aliorum iudicia debere contemnere.... Et tandem.... me autem qui Isocratem non diligunt unà cum Socrate et Platone errare patiantur.*

„da de que los demas me censura-
„sen : así tambien me parece que
„Isócrates, contento con el testimo-
„nio de Platon, no debe hacer al-
„to sobre el juicio que qualesquiera
„otros formaren: “ y por fin con-
cluye: „los que no aman á Isócra-
„tes, déxenme enhorabuena errar
„con Sócrates y Platon.“ Parece, que
siendo estas pruebas para todos los
sabios de tanta fuerza, podia tener-
me por excusado de producir otras;
pero quiero sin embargo trasladar
aquí un breve pasage de la vida,
que de nuestro Orador escribió Dio-
nisio de Halicarnaso. Este delicadí-
simo Crítico, despues de haberse di-
latado muchísimo en probar lo mis-
mo que intento yo probar ahora, ha-
ciendo una recapitulacion de quanto
tenia expuesto en el cotejo que ha-
bia hecho de la eloqüencia de Isó-
crates y Lisias, concluye así: „En
„quanto á la belleza de los asuntos
„y eleccion de materias Filosóficas,

»creo que va tanto de aquel (Isó-
»crates) á este (Lisias), como de un
»hombre á un muchacho; segun la
»frase de Platon, y lo mismo digo
»de todos los demas Oradores, que
»con la mayor erudicion exercieron
»esta facultad.“ No traslado aquí otros lugares de la misma obra de Dionisio que confirmarian con mayor fuerza mi modo de pensar, porque como ella se ha de seguir inmediatamente á este prólogo, qualquiera podrá facilmente registrarla, y advertir que no solo conviene conmigo este sabio; sino que funda sobradísimamente su dictamen. Ni se me diga, que antes Dionisio hace particular empeño en descubrir algunos vicios, que afean la diccion de Isócrates; y que por tanto, si queria yo recomendar á este Orador, debia evitar con el mayor cuidado que recurriese al tratado de aquel severo Crítico qualquiera que intentase conocerlo: porque Dionisio, conven-

cido del singular mérito de Isócrates, y temeroso por lo mismo de que muchos deslumbrados por una parte con su nombre, y poco instruidos por otra en la Retórica, quisiesen imitar aun los ligeros defectos, en que como hombre no pudo menos de incurrir, lo que únicamente se propuso fué darlos á conocer y advertir de ellos al que hubiese de leerle, para que así sacase todo el fruto posible, sin exponerse á contraer ni aun el menor resabio. Y yo como ademas de creerme obligado á esto mismo, todo mi empeño es manifestar, que solo los Griegos pueden ser seguros exemplares en el arte de bien decir, quise hacer ver por medio del tal tratadito de Dionisio, quanto era el cuidado que ponian en que la diccion fuese hermosa sin fasto, y con quanta escrupulosidad notaban aquellos adornos postizos, que á los ojos de personas menos delicadas y severas hubie-

ran pasado por graciosos.

Demostrado así, á mi parecer, lo acertado de mi eleccion, juzgo que es ya tiempo de decir, aunque brevemente, qué reglas son las que he procurado observar en mi traduccion, para hacer mi trabajo lo mas útil y provechoso que me fuese posible. Y en primer lugar, siendo mi fin en esta obra, el que arriba dexo indicado, es bien claro, que me he de haber propuesto traducir á Isócrates de modo que le halle qualquiera, y reconozca en mi version, y que pueda esta servir en alguna manera de original: así como la copia de un retrato, si está bien hecha, pasa por él muchas veces, sin que tenga motivo de echar menos el retrato mismo aquel que ha llegado á conseguirla. Y para esto, que ácaso será empresa superior á mis fuerzas, he puesto el mayor cuidado en no alterar ni el órden de los pensamientos, ni el de las idéas,

porque este las mas de las veces es natural, y quando no lo sea, algun motivo debió de tener el Autor para escogerle; en conservar á los periodos los mismos miembros, y la extension misma que tenian; en no quitar ninguna conjuncion, y colocar los adverbios en el mismo lugar que en el original ocupaban; en dar á las frases simétricas su mismo órden, ó colocarlas en otro equivalente; en expresar los pensamientos brillantes con el mismo número de palabras que empleó el Autor; en guardar todas las figuras de sentencia, y aun las de palabra, sino copiando las mismas, poniendo por lo menos en su lugar otras semejantes; en excusar quanto he podido las paráfrasis y circunloquios, por conocer que con ellos se desfigura sumamente el texto; y en una palabra, en no separarme en nada de la diccion de este, sino es quando me han precisado á ello ó la claridad, que es siempre la

primera dote del estilo, y sin la que se hacen infructuosas todas las demas, ó la naturaleza misma de las obras que traducia. Porque como estas son oraciones, no basta presentar y desenvolver las idéas; sino que es necesario tambien dar número y armonía á los periodos, y revestir las expresiones de la viveza misma que se notaba en el original, para que así sea uno mismo el efecto que puedan producir en una y otra lengua.

Con esto que puede tanto mejor executarse quanto la lengua Castellana se parece mas que ninguna otra á la Griega en el órden y construccion de las palabras, como constantemente lo han notado quantos han tenido algun conocimiento de ambas, pienso que si mi traduccion no es tal que en un todo represente al excelente Orador que copia, bastará por lo menos para dar una alta idéa de él *a*, y engendrar en los Lectores

a En el siglo XVI. tan fecundo en hombres

deseos de conocerle mas de cerca á él, y á quantos con él compiten en gracia y solidéz, y así siempre me habré salido con mi intento.

Y esto es lo que de la version misma puedo decir: en quanto á las notas que para su ilustracion me han parecido indispensables, si estas son historiales, el método que he seguido, ha sido recurrir á los antiguos historiadores de la Grecia, para dar luz con su narracion á aquellos

instruidos, como todos altamente vocean, traduxo la Oracion primera ó Parenesis de Isócrates á nuestra lengua Castellana el célebre Cronista de Cárlos V. Pero Mexía, y el Secretario del mismo Emperador Diego Gracian traduxo tambien la segunda y la tercera; pero por lo que hace á la Parenesis, el mismo Mexía confiesa que en su traduccion no siguió el texto Griego, sino la version Latina de Rodolfo Agrícola, y que asi no extrañará que de ella á él se note alguna diferencia; y el Secretario Diego Gracian, aunque traduxo del Griego en que era muy versado no se ajustó á él tanto como era razon, ni en su diccion trató de copiarle enteramente; y fuera de esto, esta traduccion suya, que no lo es sino de una partecita muy pequeña de las obras de nuestro Orador, es en el dia sumamente rara.

hechos de que en el contexto de sus oraciones hacia mencion Isócrates, considerando que de nada me hubiera servido traducir con claridad y exâctitud los pasages en que á los tales hechos se alude, si al mismo tiempo no instruyera al lector en ellos. Porque Isócrates, como todo escritor, aquellos acontecimientos, cuya memoria estaba aun reciente en su edad, no hace mas que indicarlos, y si entónces esto bastaba para que qualquiera percibiese la sentencia en que se les daba lugar, ahora es necesario poner al lector en aquel mismo estado, valiéndose para ello del auxîlio de la historia. Y si son morales ó políticas, siempre en ellas he seguido el pensamiento mismo del Autor, sin hacer mas que aclararle, ó quando mas dilatarle un poco, descendiendo á sus conseqüencias, é indicando qual puede ser su uso en el régimen de la vida ó de un Estado.

Esto pues, así entendido, daré ya fin con advertir, que no obstante insertarse aquí, como queda dicho, el tratado, que sobre Isócrates compuso Dionisio de Halicarnaso, me ha parecido conveniente escribir su vida, por quanto este Crítico atento solo á formar la censura de sus escritos, lo lleva con mucha rapidéz desde el nacimiento á la muerte, haciendo muy poca cuenta de sus acciones y sucesos, quando los hay muy interesantes y dignos de memoria; y que aunque el texto que he seguido ha sido el de la edicion de Ginebra del año 1613 acompañado de la traduccion Latina de Gerónimo Wolfio, que ciertamente no es el mas correcto, he cotejado y reformado mi version con el que dió poco há corregido y acompañado de otra traduccion Latina, é impreso en París en casa de Didot, el célebre Ab. Auger, á quien las traducciones Francesas de De-

móstenes, de Esquines, del mismo Isócrates, y de algunas Homilías selectas de San Juan Chrisóstomo han hecho bien conocido en la República de las Letras.

VIDA
DEL ORADOR ISÓCRATES.

Isócrates Ateniense nació en el año primero de la Olimpiada LXXXVI, ó lo que es lo mismo 436 años antes de nuestra era vulgar. Su padre Teodoro, que comerciaba en instrumentos de música hechos por sus mismos esclavos, y que con este trato habia juntado un buen caudal, se resolvió á darle, sin duda viendo su buena disposicion é indole, una brillante educacion; y como en la República de Atenas la eloqüencia era la puerta de todos los honores, y el que en ella sobresalia se llevaba en las juntas la atencion y aplausos del pueblo, á esta facultad le consagró con preferencia.

Profesábanla en aquella sazon los mismos que tenian el nombre y la reputacion de Filósofos, y por lo mismo no se limitaba su enseñanza á unos preceptos áridos y estériles del arte de decir, propios solo para formar vanos é insulsos charlatanes, y no sólidos y vehementes Oradores; sino que su primera atencion era sub-

ministrar abundante materia á los tiernos ingenios de sus discípulos, instruyéndolos á fondo en todas las partes de la Filosofia práctica, que no podian ellos mismos dexar de haber profundizado, influyendo, como por lo comun influian, en la administracion de la República. Pues tales fueron los que á Isócrates educaron, habiéndose conservado la memoria de que, entre otros, fueron sus maestros Prodico de Chîo, Gorgias Leontino, Tisias Siracusano, y Teramenes el Orador, varones en aquel tiempo ilustres y de mucha autoridad. Así que salió muy aprovechado de su escuela en todo quanto al arte puede deber un Orador. Y si no se acreditó del mas consumado y perfecto, cúlpese solo á la naturaleza, que habiéndole dotado con pródiga mano de ingenio, juicio y los demas talentos propios para distinguirse en la composicion, le fué por otra parte escasa, negándole la voz y despejo que para hacerse escuchar de la muchedumbre, y persuadirla y moverla, le eran necesarios: falta que á él le llenó de amargura, como en varias ocasiones dió á entender; pero que fué feliz para nosotros, pues que haciendole recogerse, y como reconcentrarse dentro de sí mismo, acabó

de robustecer aquella recta y sensible alma, que con tanto vigor se muestra en sus escritos.

Y con efecto escribiendo pensaba ya desde entónces darse á conocer, y grangearse estimacion, tratando en sus discursos asuntos grandes y de la mayor importancia para la República; sino que la suerte se le mostró tambien contraria, y habiendo perdido todo su patrimonio en la guerra del Peloponeso, tuvo que ganar la vida por algun tiempo á escribir oraciones judiciales, que vendia á los que tenian litigios: del qual periodo serán sin duda las pocas que de este género nos han quedado. Pero fastidiado en breve de esta ocupacion, que ademas de no ser de su genio era tambien ilegal, pasóse á la Isla de Chîo, y allí abrió escuela de eloqüencia. Mas ya sea que no estubiese esta arte en mucho precio entre aquellos Isleños, ó ya que no habiendo aun podido Isócrates darse á conocer, no fiasen mucho de su enseñanza, no fueron sino en muy corto número los que á oir sus lecciones concurrieron, tanto, que contando un dia el triste salario que de ellos habia percibido, no pudo menos de prorrumpir en esta exclamacion: *cómo ahora*

veo que á estos me he vendido! Pero por eso vuelto á Atenas, y trasladada allí tambien su escuela se vió dentro de bien poco tiempo indemnizado de la especie de olvido, y de la estrechéz en que en la Isla habia tenido que vivir. Porque no solo de la ciudad, sino de la extension de la Grecia entera concurrian á oirle todos los jóvenes principales, que aspiraban á una ilustrada y racional educacion, siendo por lo comun ciento los que á un mismo tiempo le escuchaban.

Y como, habiendo fijado en diez minas ó mil drachmas su salario, de solos los extrangeros percibiese ya mucho mas de lo que su moderacion necesitaba, tuvo la generosidad de admitir gratuitamente á los ciudadanos á su enseñanza: en el qual rasgo empieza ya á descubrirse su caracter. Por tanto es preciso que carezca de verdad lo que algunos envidiosos debieron de fingir haberle con él á Demóstenes acaecido: porque dicen que no hallándose este su rival con mas que con doscientas drachmas, y queriendo participar de su doctrina, le hizo la propuesta de que por aquel salario le enseñase siquiera la quinta parte de su facultad, y que él le desechó, diciéndole, *que no*

acostumbraba á dividir su arte, así como en el mercado no querian los regatones partir los peces grandes: respuesta que tiene todo el ayre de conseja, y que no puede acordarse con lo que queda establecido. Antes de esta ficcion lo que resulta es, que el mas vehemente de los Oradores se formó en la escuela de Isócrates, ó por lo menos que hacia de él el mayor aprecio: lo que siempre, á pesar y contra la intencion de sus enemigos, redunda en su alabanza.

No podian estos dexar de ser en gran número, quando los infinitos que se arrogaban entónces el nombre de Oradores, y aspiraban á ser por tales conocidos, hallaban en Isócrates un rival que los obscurecia con la celebridad de su enseñanza y sus escritos. Así que persiguiéronle con rabia, esparciendo contra él la misma voz que habian esparcido contra Sócrates, de que corrompia la juventud, y sembrando otros rumores, que oidos por el pueblo con el mayor desprecio, solo pudieron servir para hacer la memoria de sus autores mas abominable. Algunos quieren que el enemigo mas declarado de su gloria fuese otro hombre ilustre, otro maestro de la antigüedad, el gran Aristóteles, que

seguramente no deberia ser por tan grande reputado, si hubiera cabido en su corazon tan ratera envidia; pero en el dia tiénese por averiguado que el enemigo de Isócrates fué otro Aristóteles Siciliano, que segun Laercio *a* criticó su Panegírico, y escribió contra él. Y estos todos contentáronse con tratar de desacreditarle en los corrillos; mas otros delante de todo el pueblo, en las públicas juntas intentaron cubrirle de ignominia, sirviéndoles de pretexto la celebrada ley de la permuta.

Por esta ley estaba mandado, que de entre los ciudadanos mas ricos se escogiesen ciento en cada un año, los de mayor caudal, para equipar á su costa las galeras de la República, y que si alguno de los incluidos en este número, queria exîmirse de aquella obligacion, lo lograse nombrando en su lugar otro mas poderoso que él: porque entónces este debia ó admitir y cumplir aquel cargo, ó permutar sus bienes con los del que le nombró. Así que valiéndose de esta disposicion, y de la fama que de hombre rico habia ganado Isócrates, citóle para la Trierarquia ó este cargo de armar las galeras

a Vidas de los Filósofos, lib. 5. cap. 1. num. 4.

primeramente Megacles, contra quien no pudiendo hablar impedido por no sé que enfermedad, le defendió Afareo su hijo adoptivo, y consiguió que por entónces se le diera por exênto; y despues le volvió á citar Lisimaco á tiempo en que ya no debieron de tener lugar las razones alegadas por Afareo, pues que al punto cedió, y satisfizo á la ley con el zelo de un buen ciudadano y la economía de un Filósofo: y aunque publicó contra Lisimaco una oracion que se intitula *de la permuta*, esta la escribió despues, con solo el fin de disipar las calumnias, con que este habia querido deprimir su mérito y ajar su reputacion. Y estas cosas fueron únicamente las que turbaron algo el sosiego y apacibilidad de su vida, porque siendo como era hombre moderado en todos sus deseos, ya fuese en fuerza de su buen natural, ó ya se debiese al influxo de su sábia institucion, no se vió nunca mezclado en aquellos acontecimientos grandes y ruidosos, que rara vez dexan de provenir de los mayores vicios y las pasiones mas violentas.

Así sus costumbres fueron sumamente sobrias, y atendido el tiempo y lugar, las mas castas y puras, como en estos mis-

mos términos nos lo dice Ateneo *a* : pues que quando no era reputada por vicio en Atenas la disolucion , con tal que en ella se evitaran los grandes excesos , solo se cuenta de él , que primero tuvo una amiga de una extremada hermosura , llamada Madaneira , visitada tambien del Orador Lisias ; que despues trató á una cortesana , llamada Lagisca , la que desde entónces abandonó su infame vida , y de la que tuvo una hija , que murió antes de los doce años ; y que por último siendo ya de mucha edad , se aficionó á una hija del Orador Hipias , llamada Platana , y con ella contraxo matrimonio. Habia esta sido antes casada , y tenia tres hijos del primer marido ; y Isócrates viéndose ya sin esperanza de que le hiciera padre la naturaleza , adoptó al menor de ellos , que era aquel Afareo , que se dixo haberle defendido en la causa de la permuta , Orador tambien , y Autor de varias oraciones suasorias y judiciales , y de un crecido número de tragedias *b*.

Y si este tenor de vida tan ordenado y regular le acreditaba de hombre sen-

a Lib. 13. pag. 586. y 592.

b Plutarco , *Vidas de los diez Oradores* , en la de Isócrates al fin de ella.

sato y de maduro juicio, no dan de ello menor testimonio las sentencias y dichos graves que se le atribuyen, y en las que con un breve rasgo se pinta el hombre todo entero. Dicen pues, que estando un dia comiendo en casa de Nicocreón, tirano de la Isla de Chipre, y rogándole los convidados que digese algo, les hizo callar con esta juiciosisima respuesta: *lo que yo sé no es aquí del caso, y lo que aquí es del caso yo no lo sé.* Dándole una vez parte un padre de familias de que á su hijo le habia dado por ayo uno de sus esclavos, *muy bien*, le dixo, *con eso en lugar de un esclavo tendrás dos.* A los que le preguntaban, dice Plutarco, como no pudiendo hablar en público formaba Oradores á sus discípulos, *es*, les respondia, *que yo soy como la aguzadera, que sin embargo de que ella no corta, le hace cortar al yerro.* Y de la República de Atenas, viendo su ilustre fama, y considerando por otra parte los partidos y facciones que la destrozaban, solia decir que era como aquellas hermosas cortesanas, á quienes hay gusto en tratar un rato, pero con quienes nadie querria pasar toda su vida, y que así tambien Atenas solo era buena para los extrangeros, que no

la veían sino de paso.

A sus discípulos instruíalos, mas que con recoger y amontonar preceptos sobre preceptos, con sola la observacion y el exemplo: así se cuenta que les hacia ir á las juntas á escuchar á los Oradores, y darle despues razon de sus discursos. Y con este método formó á los hombres mas grandes, que por aquellos tiempos sirvieron á la Grecia de ornamento, siendo su escuela, en sentir de Cicerón *a*, semejante á aquel fabuloso caballo de Troya, del que despues salieron tantos Príncipes, y segun quiere Dionisio de Halicarnaso *b*, un trasunto de la misma ciudad de Atenas, pues parece que de ella salieron para toda la Grecia Colonias de eloqüencia; y aun podria añadirse de la mas sana política: porque en esta y en la moral era en las que principalmente los educaba, así como en toda su vida habian sido entrambas las que mas habian llamado su atencion, segun que sus escritos y sus accio-

a Estas son sus palabras en el II *de Oratore*: *Ecce tibi exortus est Isocrates, cujus é ludo, tanquam ex equo Trojano, innumeri Principes exierunt.*

b En su Obra *de los antiguos Oradores*, en la vida de Isócrates, que se pone aquí inmediatamente despues de esta.

nes testifican. Qué monumentos sino, de los que la antigüedad nos ha transmitido, respiran una moral mas severa, y una política mas juiciosa y acertada, que las que él inculca á cada paso en sus discursos? El no cesa de dar á los Atenienses en rostro, con que deslumbrados con ciertas brillantes idéas de poder y de una aparente grandeza, vivian olvidados de la justicia, sin la que no hay gobierno que pueda subsistir; é indignado de ver que por mantenerse con cierto ayre de superioridad, trataban mal á los aliados, y cuidaban poco del gobierno interior, continuamente clama, que lo que importa es prosperar interiormente, y que de este modo sería como á todos los demas diesen la ley. Enfadado con la funesta inclinacion á la guerra que manifestaban muchos ciudadanos ó ambiciosos, ó avarientos, declarase contra ellos, y trata de hacer ver que solo con la paz florecen los Estados, y con que el ciudadano atento á su trabajo solo en el centro de su familia busque la opulencia. Alguna vez bien es cierto que los incita á la guerra contra el Bárbaro; pero su fin no és otro sin embargo, que reconciliar con este pretexto á los Griegos enredados en contínuas guer-

ras, que á todos los arruinaban, y al Persa le daban oportunidad para subyugarlos. Pues si entra en las reglas y miras propias de cada especie de gobierno, qué sensatéz y juicio no brilla en quanto dice! como nunca pierde de vista la justicia, y como su amor á los hombres, fruto de su estudio y aplicacion á la Filosofia, le hace declararse siempre contra toda especie de violencia y opresion! Qué dulzura no procura inspirar á los Principes, y cómo incita á los particulares al amor de la patria, y á todos les encarga que mutuamente respeten y veneren los derechos de los otros! Dionisio de Halicarnaso en vista de todo esto no duda asegurar, que quien aspire á poseer, no una parte de la facultad política, sino toda ella, no debe dexar nunca las Obras de Isócrates de la mano *a*.

Y este modo de pensar no era en él una mera é inútil especulacion; sino que siempre que pudo procuró acreditar que se hallaba dispuesto á poner en execucion por su parte, lo mismo que exîgia de los demas. Así, de que la injusticia y sinrazon, no solo le repugnaban, sino que ha-

a Dionisio en la obrita antes citada.

cian en él la impresion mas viva, conmoviéndole é inflamándole mucho mas de lo que su natural prometia, no dió dos bien sensibles pruebas con motivo del suplicio de Teramenes y de Sócrates? Gobernaba aquel la ciudad de Atenas en tiempo de los treinta, siendo uno de este número; pero distinguíase mucho de sus compañeros en el modo de exercer su autoridad, y aun se oponia á sus violencias; y por lo mismo bien se dexa conocer que estaba expuesto á la crueldad de aquellos tiranos. Condenáronle con efecto á muerte, y al llevarle al suplicio, quando todos sus amigos llenos de temor le habian abandonado, ó á lo mas le seguian en el silencio ahogando en su corazon su sentimiento y sus suspiros, solo su discípulo Isócrates sin poderse contener se esfuerza quanto puede para levantar la voz, y se pone á defenderle, y no desiste hasta que el mismo Teramenes le ruega encarecidamente que le dexe ir á la muerte con menos dolor, porque este se le aumentaria hasta el último término, si viese que envolvia á sus amigos en su ruina: en lo que maestro y discípulo dieron muestra de un ánimo á qual mas generoso.

Pues quando el gran Sócrates de allí

á breves años fué por el fanatismo condenado á beber la cicuta, cómo no manifestó su dolor é indignacion! Al dia siguiente al del suplicio de este héroe, quando todos los hombres de juicio estaban consternados, se presentó en público vestido de luto para dar así en rostro á los Atenienses con su injusticia. „Toda la facun„dia de Isócrates, exclama aquí un mo„derno *a*, no produxo jamas un rasgo „de una eloqüencia tan sublime: el co„lor negro de su vestido hacia al mismo „tiempo la sátira de la iniquidad legal, el „elogio de la virtud calumniada, y el in„sulto mas noble de la tirania.“ Pero qué? su misma muerte es otro testimonio tambien de la sensibilidad de su corazon.

Tocaba ya Isócrates en los noventa y nueve años de su edad, quando Filipo de Macedonia, con quien luego que conoció su ambicioso caracter, habia procurado entablar amistad, y á quien por apartarle de invadir la Grecia, habia estado por algun tiempo aconsejando que reconciliase á todas las ciudades, y con

a Melchor Cesarotti célebre Profesor de Padua en su *curso razonado de literatura Griega* Parte primera, Tomo primero, *Discurso crítico sobre Isócrates.*

ellas llevase sus armas contra el Persa, vino por fin, despues de otras varias expediciones, á declararse contra Atenas. Y habiéndola vencido en Chêronea, apenas llegó á los oidos de nuestro Orador la triste nueva, se sintió penetrado del mas vivo dolor, y temeroso de que Filipo usase con todo rigor de la victoria, por no sobrevivir á la libertad de su patria, y quizá tambien por acreditar que siempre sus miras en la amistad con este Príncipe habian sido las mas puras, resolvió no probar bocado, hasta que la debilidad y flaqueza, diesen fin á sus dias: lo que con efecto sucedió, y al cabo de quatro segun unos, y de nueve segun otros, murió de la edad que hemos dicho en el año tercero de la Olimpiada CX. ó 338 años antes del nacimiento de Jesu-Christo.

No podemos alabar su muerte; pero en ella se vé quan tiernamente amaba á su patria, y como sus infortunios inundaban de pena y amargura aquel sensible corazon. Filóstrato *a* asegura que por este hecho se le reputaba como muerto en la guerra, y no puede dudarse que en gran parte serviria tambien de motivo para los honores que

a Vidas de los Sofistas, en la de Isócrates.

se le decretaron. Sepultósele con sus Gentiles, sin duda en sepulcro familiar, y en su tumulo se erigió una elevadísima columna, sobre la que se colocó una Sirena de diez pies y medio de altura, para símbolo de su deliciosa y encantadora eloqüencia, y al lado habia una mesa en la que con los Poétas estaban representados sus maestros, y entre ellos Gorgias, puesta la vista en una esfera astrológica, como se explica Plutarco, y junto á él Isócrates prestándole atencion. Tambien Afareo en prueba de su amor y agradecimiento le dedicó una estatua de bronce en el templo de Júpiter Olimpio; y el gran Timoteo, hijo de Conon, y su discípulo, le consagró en Eleusine otra que fué obra del célebre Escultor Leochâres, uno de los que trabajaron en el famoso sepulcro de Mauseolo: tal era entónces el amor que se tenia á los maestros, y el aprecio que se hacia de los hombres sábios!

Mas todos estos monumentos han perecido, y quizá con ellos hubiera perecido la memoria de Isócrates, sino hubieran quedado sus escritos para transmitirla á las edades mas remotas. En ellos sobre la grandeza y elevacion de sus asuntos brilla una elegancia de estilo tan de-

licada y graciosa, que deben en su género ser mirados como dechado y modelo de eloqüencia: lo que mas copiosamente tratariamos aquí, si tanto nuestro Prólogo, como el Discurso de Dionisio que inmediatamente sigue á esta vida, no nos hubieran ahorrado este trabajo.

DIONISIO DE HALICARNASO

EN SU TRATADO

DE LOS ORADORES ANTIGUOS.

ISÓCRATES ATENIENSE.

Isócrates Ateniense nació en la octogésima sexta Olimpiada, siendo Arconte de Atenas Lisimaco, cinco años antes de la guerra del Peloponeso, y veinte y dos despues que Lisias. Fué su padre Teodoro, hombre de mediana condicion, que tenia esclavos que sabian hacer flautas, y con lo que á esto ganaban pasaba su vida. Habiendo tenido una buena crianza y una educacion en nada inferior á la de qualquiera otro Ateniense, luego que entró en la edad varonil se aficionó á la Filosofia. Y habiendo sido discípulo de Prodico Kio, de Gorgias Leontino, de Tisias Siracusano que eran los que entónces tenian mayor nombre de Filósofos entre los Griegos, (y segun algunos refieren de Teramenes el Orador, á quien los treinta tiranos quitaron la vida por parecerles demasiado popular) dirigió su estudio á en-

terarse, y hablar de los negocios públicos. Mas siéndole contraria la naturaleza por haberle negado las primeras y mas esenciales dotes de un Orador, á saber el desembarazo, y lleno de la voz, sin las quales no es facil el hablar en público, tuvo que abandonar este pensamiento. Pero agitado no obstante del deseo de gloria, y de ser tenido entre los Griegos, como él se explica, por hombre sabio, recurrió á la escritura para manifestar por medio de ella su modo de pensar, no tratando de cosas triviales, ó de sus propios negocios, ni de lo que acostumbran á tratar los demas Sofistas; sino de las cosas de la Grecia, y de los negocios propios de los Reyes: por estar persuadido á que así se gobernarian mejor las ciudades, y los particulares se inclinarian mas al cultivo de la virtud; porque esto es justamente lo que en el Panatenaico dice de sí mismo. Mas como el exercicio de decir, ó la eloqüencia en todo se hubiese mezclado, siendo los Autores de ello otros Sofistas semejantes á Gorgias y Protágoras, él fué el primero, que dexando los asuntos lógicos y fisicos la convirtió á solos los políticos, y se ocupó constantemente en aquella ciencia que, como él dice, acarrea á los que la saben el

aconsejar, decir, y hacer siempre aquello que conviene. Y así habiendo adquirido nombre sobre quantos en su tiempo florecieron, y educado los jóvenes mas principales, ya de entre los Atenienses, y ya de toda la Grecia, de los quales unos fueron excelentes en la parte judicial, otros se distinguieron en el gobierno y administracion de los negocios públicos, y otros escribieron lo recíprocamente ocurrido entre Bárbaros y Griegos, hecha su escuela una imagen de la ciudad de Atenas enviando, digámoslo así, colonias de eloqüencia, y puesto él en un grado de opulencia á que no llegó jamas ninguno de quantos debieron su riqueza á la Filosofia, murió siendo Arconte Carónides, pocos dias despues de la batalla de Chêronea, á los noventa y ocho años de su edad, habiendo resuelto perder la vida con la flor de su patria; y mas no sabiendo cómo usaria de su fortuna Filipo, que acababa de sojuzgar la Grecia. Esto es pues, lo que en general se refiere de Isócrates. Mas por lo que hace á su diccion este es su caracter: es pura y no inferior en esta parte á la de Lisias, y no hay en ella voz ninguna puesta sin exâmen. Es correcta usando el dialecto mas freqüente y comun, y huyendo la extra-

vagancia de voces antiquadas y obscuras. Usa siempre de un estilo templado, al que distinguen, igualmente que al de Lisias, la perspicuidad y claridad acompañadas de costumbres y persuasion. Mas en el uso de los tropos le es algo inferior: porque su frasis no es numerosa como la de aquel, ni llena, ni á propósito para las contiendas forenses; sino llana, sin viveza y demasiado cargada; ni es tan breve, sino antes lenta, y mas tarda que lo justo (qual sea de esto la causa lo dirémos luego); ni guarda una composicion natural, sencilla y viva como la de Lisias, sino que se inclina mas á una brillantéz pomposa y varia, que algunas veces es mas graciosa; pero otras muestra demasiado el estudio y afectacion. Porque este Orador anda siempre en busca de los adornos, y pone mayor estudio en ser elegante que sencillo, como que huye con cuidado el concurso de las vocales por parecerle que destruye la armonía de las voces, y hace desabrida la pronunciacion. Procura ademas cerrar, digámoslo así, los pensamientos en cierto rodeo tan numeroso, que no dista mucho del metro poético, y así es mejor para leido, que para dicho en público. Porque sus oraciones se acomodan,

sí, bien á la pompa de los públicos juegos y á una leccion ostentosa; pero no son capaces del calor y vehemencia que piden las oraciones hechas al público y las contiendas de los tribunales: y la razon es, porque aquí debe reynar la conmocion de afectos, y para esto no sirven los periodos numerosos. Ahora, en él los finales semejantes, las comparaciones, las antítesis y todos los demas adornos, que se deben al uso de figuras, son bastante freqüentes, y aun muchas veces turba el órden de la oracion por atender demasiado al regalo de los oidos. En fin, siendo tres las cosas, que en sentir de Teofrasto hacen la frasis grande, ilustre y sublíme, que son la eleccion de las voces, su armoniosa colocacion y las figuras con que se dispongan: él tiene una excelente eleccion, buscando siempre las voces mas propias, y las coloca con mucho artificio, haciendo que resulte una armonía música; mas en las figuras es algo nimio; y así es bastantes veces frio, ó por tomarlas de muy lejos, ó por no venir bien con los asuntos, ó por no saber contenerse en justos límites. Muchas veces hacen tambien sobradamente difusa su diccion las cosas que voy á decir: el expresar siempre con numero-

sos periodos las sentencias, el usar siempre en las clausulas de una misma especie de figuras, y el buscar con mucho estudio el número y armonía: porque no todos los asuntos piden una misma grandeza, ni igual uso de figuras, ni un mismo número, y así es indispensable que cargue la oracion de voces que no hacian ninguna falta, y la dilate y alargue mucho mas de lo que convendria. No es esto decir que lo haga siempre, no llega á tanto mi preocupacion, porque hay ocasiones en que coloca sencillamente las voces, y disuelve noblemente el periodo, y evita las figuras exquisitas é hinchadas, principalmente en las oraciones suasorias y judiciales; pero he hablado así en general de él, porque regularmente todo lo sacrifica al número, armonia y redondéz de los periodos, y hace consistir la hermosura de la diccion en el exceso, y redundancia. Y en esto digo que cede la frasis de Isócrates á la de Lisias, como tambien en la dulzura y suavidad. Porque Isócrates bien es florido, como el que mas, y halaga, y recrea á los oyentes; pero no tiene igual gracia que el otro. En la qual virtud le es tan inferior como á los cuerpos naturalmente hermosos, aquellos que

deben su belleza á los adornos sobrepuestos. Porque la diccion de Lisias tiene naturalmente gracia ; pero la de Isócrates anda en busca de ella. Y estas son las virtudes en que cede á Lisias , á lo que yo entiendo ; pero le hace ventaja en las que voy á decir : es mas elevado en su expresion , y mucho mas grave y sentencioso. Porque es grande y admirable la sublimidad de Isócrates , y mas propia de una naturaleza heroica , que de una naturaleza humana , y me parece que no iria descaminado el que comparase la eloqüencia de Isócrates á la habilidad de Policleto y Fidias , atendida su brillantéz , grandeza y gravedad ; y la de Lisias á la destreza de Calámides y Calímaco, mirando á su delicadeza y gracia ; porque así como entre estos los dos últimos exceden á los demas en las obras pequeñas y humanas , y los dos primeros son mas diestros en las grandes y divinas , así tambien entre nuestros Oradores el uno es mas feliz en las cosas ligeras, y el otro es mas excelente en las cosas grandes , quizá por ser naturalmente de ánimo mas excelso , ó quando no , porque de intento aspira siempre á lo grande y maravilloso. Esto es pues , quanto se puede decir á cerca de la diccion de nuestro

Orador. En quanto á la parte práctica y oficios de ella, en unas cosas es igual á Lisias, y en otras superior: porque la invencion de argumentos acomodados á cada asunto es en él abundante, y copiosa sin ceder en nada á la de aquel; y el juicio acredita que es obra de un gran entendimiento. Mas la disposicion y distribucion de cada cosa, y la exposicion de los argumentos, y la habilidad de presentar un mismo pensamiento baxo varios aspectos, y siempre de un modo nuevo y peregrino, y todas las demas gracias y prendas que recomiendan la disposicion práctica, son en Isócrates mucho mayores y mejores. Pero sobre todo, el fin de sus oraciones y la excelencia de los asuntos que supo para ellas escoger, y en que siempre se ocupó: pues no solo podrán con ellas hacerse excelentes en la Oratoria, los que las lean con atencion; sino aun tambien arreglados en su conducta, y útiles á su casa, á la ciudad y á toda la Grecia, porque en las oraciones de Isócrates hallará qualquiera instrucciones muy provechosas para adelantar en la virtud. Y por lo que hace á mí, yo aconsejaria á qualquiera que aspirase á poseer, no una parte de la facultad política, sino toda ella, que nunca dexase de la mano á este Ora-

dor. Y si alguno se afana por la sólida Filosofia, no apeteciendo solamente la parte teórica de ella, sino tambien la práctica, y no trabajando únicamente por buscar como pasar tranquilamente la vida, sino por ver como ser útil y de provecho á muchos, yo le excitaria á que se propusiese á este hombre eloqüente por modelo. Porque quien sería el que no se moviese á amar á su pueblo y á sus conciudadanos ? ó quién no se aficionaria á las virtudes políticas leyendo su Panegírico ? En el qual refiriendo las virtudes de los antiguos, dice : que los que libraron á la Grecia del poder de los Bárbaros, no solo eran excelentes en el arte de la guerra, sino tambien nobles en sus costumbres, y amantes de la gloria, y moderados ; que mas cuidado ponian en las cosas públicas que en las propias, y aun codiciaban menos lo ageno, que lo imposible ; que no median la felicidad por el dinero, sino por la buena opinion, estando persuadidos á que dexaban á sus hijos una gran hacienda, y no sujeta á los reveses de la fortuna en el amor de los pueblos, y teniendo por mejor una muerte honrosa, que una vida obscura : que miraban, no como tener unas excelentes y bien dispuestas leyes, sino co-

mo ordenar su vida de modo que en nada saliesen de las moderadas costumbres de sus padres, mirándose con tanto amor y union los unos á los otros, que habia entre ellos competencias sobre quien seria el que hiciese mas bien á la ciudad, no sobre quienes habian de ser los que destruyendo una parte de sus conciudadanos tiranizasen á los demas: que portándose con igual afecto con toda la Grecia, ganaban con beneficios las ciudades, y procuraban mantenerlas en la obediencia mas con la persuasion del favor, que con la violencia de las armas: y que era para con ellos de mas fuerza su palabra que son hoy los juramentos, guardando voluntariamente sus contratos aun con mas exâctitud, que si á ello fuesen precisados; portándose con los mas débiles, como hubieran deseado que se portasen con ellos los mas fuertes; y acomodándose todos á este modo de pensar: que aunque habia una ciudad que les era propia, habitaban sin embargo en la Grecia como en una patria comun. Y qué hombre grande que tenga tropas á su mando, no se complacerá con lo que dexó escrito en su oracion á Filipo? En ella dice que á un General tan grande y de tanto poder, lo que le está bien es reconciliar las

ciudades discordes, y no fomentar sus disensiones; amplificar y aumentar la Grecia haciéndola de pequeña grande; y apartando su atencion de las cosas tenues y pequeñas, emprender aquellas obras, que si saliese bien con ellas, le harian brillar sobre todos los Generales; y aun quando tuviese contraria la fortuna, le acarrearian por lo menos la estimacion de toda la Grecia; cosa mas estimable, si algunos la alcanzan, que el talar y arrasar muchas ciudades y provincias. Exhórtale ademas á que imite el modo de pensar de Hércules, y de todos los demas Capitanes que con los Griegos militaron contra los Bárbaros. Y añade que los que son superiores á los demas, estan en obligacion de proponerse acciones grandes, y de llevarlas con un ánimo esforzado á su debido fin y perfeccion, reflexîonando que aunque tenemos un cuerpo mortal, nos hacemos inmortales por la virtud; que si vemos alguno que tiene demasiado apego á qualquiera otro de los que llamamos bienes, nos enfada; quando nunca dexamos de tributar alabanzas á los que aspiran siempre á conseguir mas honra y estimacion; y finalmente que las demas cosas en que el comun de los hombres se complace, suele suceder que vayan

á poder de los enemigos ; mas la virtud y benevolencia del pueblo pasan por herencia á los domésticos de cada uno. Porque es indispensable que los Príncipes que esto lean tomen mayor aliento, y se aficionen mas á la virtud. Y quién podrá mejor llevar á la justicia y religion, ya á cada uno en particular, y ya en comun á las ciudades enteras, que su oracion Social ó por la paz ? Porque en ella persuade á los Atenienses que no codicien lo ageno, y se contenten con lo que les ha cabido; que tengan la misma consideracion por las ciudades pequeñas, que por sus propias posesiones, y procuren mantener adictos á sus aliados con el amor y beneficios, no por necesidad y con violencia ; y que imiten de sus antepasados, no á los que fueron al tiempo de la guerra Decélica, que por poco no perdieron la ciudad ; sino á los que fueron por el tiempo de la guerra Pérsica, que acreditaron su amor ó inclinacion á la virtud. Demuestra tambien que no son las muchas naves, ni el dominar por fuerza á los Griegos las cosas que han de engrandecer la ciudad ; sino solo las acciones justas, y el socorrer á los que se ven injustamente maltratados. Muévelos ademas, á que grangeen á su patria

el amor y benevolencia de los Griegos, que cree ser del mayor momento para hacerla feliz, y á que sean guerreros en la prevencion y cuidado ; pero pacíficos en el no injuriar á nadie : haciéndoles ver, que ni para la riqueza, ni para la gloria, ni generalmente para la felicidad hay cosa que tanto pueda contribuir como la virtud y sus diversas especies, y reprendiendo á los que así no sienten, por estar creidos de que la injusticia es de provecho y utilidad para la vida y las cosas de ella; mas la justicia inútil, y de mayor fruto para qualquiera otro, que para aquellos que la poseen. Todo lo qual me hace dudar que haya quien pueda escribir otras oraciones, ó mejores que estas, ó mas ciertas, ó mas arregladas á una buena Filosofia. Y quién no se hará mas modesto con leer la oracion Areopagítica ? quién no admirará la empresa de este ilustre Orador ? El qual se atrevió á hablar á los Atenienses de la forma de gobierno, y les propuso que convenia mudar la democracia en que vivian por ser muy perjudicial á la ciudad, cosa que no se habia atrevido á tocar ninguno de los Magistrados. Viendo pues, que habia llegado á tanto el desórden, que ya no podian los Jueces contener á

los particulares, sino que cada uno hacia y decia lo que mas gusto le daba, y que todos comunmente confundian la autoridad democrática con una licencia necia y desenfrenada, creyó que convendria renovar la forma de gobierno introducida por Solon y Clístenes: y refiriendo su intento y disposicion dice, que los hombres de aquel tiempo tuvieron por mas reprensible el oponerse al dictamen de los ancianos, que el perder su puesto en el exército: que tuvieron por democracia, ó gobierno popular, no el desarreglo, sino la modestia, y por libertad no el despreciar á los Magistrados; sino el hacer lo que les estaba prevenido: que no confirieron empleo ninguno público á ningun hombre malo, sino que antes elevaron á las magistraturas á los varones excelentes, fundados en que serían tales los demas ciudadanos, quales fuesen los que gobernasen la ciudad: que estuvieron tan lejos de aumentar sus rentas con las del público, que antes hicieron comunes y públicos sus bienes. Fuera de esto, que aun tenian los padres mayor cuidado de sus hijos quando eran ya hombres hechos, que quando eran pequeños, por creer que mas que la buena educacion habia de contribuir su modestia al bien de

la República, y tener por cierto que la buena inclinacion es mucho mejor que una legislacion escrupulosa: que no pensaban con qué penas habian de contener á los delinqüentes, sino como harian que ninguno cometiese cosa que fuese digna de castigo: y por último que tuvieron por conveniente que la patria gozase, sí, de una gran autoridad y poder, pero que al mismo tiempo á los particulares no les fuese lícito hacer nada de quanto estuviese vedado por las leyes, debiendo vencer los peligros, y no acobardarse en los trabajos. Y quién podrá persuadir, tanto á los pueblos, como á cada uno en particular, mejor que este Orador, ya en otras muchas partes, y ya principalmente en la oracion escrita á los Lacedemonios, que se intitula Archîdamo; pero tiene por asunto el que no se entregue la ciudad de Mesena á los Beocios, ni se haga lo mandado por los enemigos? Porque habian tenido contraria la fortuna los Lacedemonios en la batalla de Leuctras, y en muchas otras despues de ella; florecian los Tebanos, habiendo llegado á obtener un gran imperio; y la República de Esparta habia de tal suerte decaido que no parecia ya digna de su antigua autoridad. Deliberaba pues, por úl-

timo esta ciudad para alcanzar la paz, si deberia ceder á Mesena, porque esta condicion le imponian los Beocios: y así viendo que iba Esparta á hacer una cosa que habia de desdecir de la gloria que sus antepasados le adquirieron, dirigio esta oracion á Archîdamo, que era todavía joven, y no habia entrado aun á reynar; pero tenia esperanzas de que vendria tiempo en que ascendiese al trono. En ella refiere en primer lugar, que los Lacedemonios poseían justamente á Mesena, ya por haberla cedido los hijos de Cresfonte quando fueron desposeidos del imperio, y habérseles mandado por Apolo que la recibiesen, y vengasen á aquellos miserables; y ya porque tambien la guerra les habia dado la posesion de ella, y el largo transcurso del tiempo se la habia enteramente asegurado. Muéstrales pues, que deben entregarla como refugio y asilo, no á los Mesenios que ya no exîstian, sino á los esclavos y cautivos. Luego les enumera los peligros en que se vieron sus mayores por aspirar al Principado, les recuerda la gran estimacion de que gozan entre los Griegos, y los exhorta á que no se rindan á la fortuna, ni se olviden de sus mudanzas, teniendo presente, que muchos con mayor

poder que el que entónces tenian los Tebanos, habian sido vencidos por otros mas débiles, y que muchos, no obstante haber sido sitiados, y haberse visto en peor estado que los Lacedemonios, habian sin embargo deshecho y derrotado á sus sitiadores; y les saca por exemplar la ciudad de Atenas, que no obstante haber decaido de la mayor felicidad, sufrió los últimos males por no sujetarse á la voluntad de los Bárbaros. Exhortalos pues, á mostrarse esforzados en los males presentes, y esperar bien para lo por venir, teniendo por cierto que las ciudades pueden corregir los malos sucesos con buen gobierno y pericia militar, cosas en que se aventajó siempre Esparta á las demas ciudades, y juzga que no son los que se hallan en mal estado, los que deben apetecer la paz, pudiendo tener esperanza de que acaso con nuevas empresas mejorarán de suerte; sino los que han tenido de su parte á la fortuna, porque se les añade un nuevo peligro con la custodia y conservacion de lo adquirido. Recorriendo despues de esto otras muchas cosas, las ilustres hazañas que los principales de ellos hicieron en la guerra, ya por sí, ya por toda la Grecia; recapitulando la vergüenza en que caerian, lo censurados

que serian de todos los Griegos, como de todas partes les vendrian socorros si se animaban á la guerra, de los Dioses, de sus confederados, y de todos los hombres á quienes habia de causar envidia el sumo poder de los Tebanos; y haciéndoles ver la turbacion y desórden que amenazaria á todas las ciudades, si los Beocios se apoderaban de la Grecia, concluye, para el caso en que nada sucediese de quanto llevaba dicho y no les quedase ninguna otra esperanza de mejor suerte, con proponerles que abandonen la ciudad, previniéndoles que lo que les convenia era enviar los muchachos, las mugeres y toda la muchedumbre á la Sicilia, y á la Italia y demas pueblos amigos; y escogiendo ellos el lugar que les pareciese mas fuerte y mas proporcionado para la guerra, perseguir por tierra y por mar á los enemigos: porque no era facil hubiese exército que se atreviese á presentarse ante unos hombres los mas guerreros de entre los Griegos, desesperados ya con su vida, que eran movidos de una justa ira, y á quienes la causa mas honesta habia puesto en semejante necesidad. Yo ciertamente diria que en lo que va expuesto, no solo da consejo á los Lacedemonios, ó á los demas Grie-

gos, sino á todos los hombres, y aun mucho mejor que todos los Filósofos, que hacen consistir el fin de esta vida en la virtud y la honestidad. Podria muy bien hablar de otras oraciones escritas á las ciudades, á los Principes y á los particulares, de las quales unas exhortan al pueblo á llevar una vida modesta y templada, otras inclinan á los Príncipes á un gobierno moderado y justo; y otras tratan de hacer mas arreglada la vida de los particulares; pero temiendo que el discurso exceda sus justos límites, habré de dar de mano á esto: y para que se entienda mejor lo que llevo dicho, y pueda mas claramente verse la diferencia que hay entre este Orador y Lisias, epilogando con la mayor brevedad las dotes de entrambos, pasaré á dar algunos exemplos. Dige pues, que la primera dote del estílo era la pureza de la expresion, y en esta no hallo ninguna diferencia entre los dos. La otra es el uso exâcto del lenguage recibido, lo qual veo que sobresale en entrambos igualmente. Y despues de todo esto, manifesté que uno y otro se sirven de voces propias, usadas y comunmente recibidas; que la diccion de Isócrates, si tomaba algun tropo, solia seguir en el

demasiado lejos, y quanto no cansaba; pero que entrambos á dos tenian claridad y exâctitud. En el expresar con brevedad las sentencias, advertí ser Lisias mas feliz, y juzgué que en las amplificaciones le era Isócrates superior. Alabé en Lisias la gracia de reducir á las precisas palabras las sentencias, dándoles un ayre propio para las verdaderas disputas, y tuve á los dos por diestros en las etopeyas, ó descripciones de las costumbres; mas en quanto á la suavidad y dulzura le dí, sin la menor duda, á Lisias la primacía. Fallé que Isócrates era superior en la magnificencia heroyca; pero que en la persuasion y observancia del decoro no se hacian ventaja el uno al otro. En la colocacion de las palabras tuve á Lisias por mas sencillo, y á Isócrates por mas afectado, de modo, que el uno parece un Pintor que quiere expresar lo verdadero con el mayor artificio, y el otro un Atleta que hasta en los adornos indica su mayor robustéz. Esto dige de la diccion de entrambos, y viniendo á la parte práctica y exposicion de los asuntos, en uno y otro me parecieron admirables la invencion y el juicio; pero en la disposicion de los argumentos, distribucion de los epichêremas, exposicion de

cada cosa, y demas prendas que brillan en la práctica, juzgué que Isócrates era muy superior á Lisias: y en quanto á la belleza de los asuntos y eleccion de materias filosóficas, creo que va tanto de aquel á este, como de un hombre á un muchacho, segun la frase de Platon, y lo mismo digo de todos los demas Oradores, que con la mayor erudicion exercieron esta facultad; pero nunca pude aprobar el rodeo y círculo de los periodos, y la puerilidad que muestra en el uso de las figuras de diccion. Porque muchas veces mas que del pensamiento cuida del número del periodo, y hace que á la elegancia ceda la verdad: y para mí lo principal en el lenguage civil y propio para las disputas es el aproxîmarse á la naturaleza. Ahora, la naturaleza pide que la diccion se acomode á los pensamientos, y no los pensamientos á la diccion. Y á la verdad, que á un Consejero, que delibera sobre la paz y la guerra, ó á un particular que defiende en un Tribunal una causa de muerte, no sé de qué utilidad puedan servirle esta pompa y aparato teatral, y esta pueril afectacion; antes tengo por cierto que podrian servirle de bastante perjuicio: porque toda agudeza y gracia, quando se tratan cosas gra-

ves, aun quando tenga belleza, es intempestiva y muy contraria á la conmiseracion. Y á fé mia que no soy yo el primero que ha pensado así; porque muchos de los antiguos sintieron del mismo modo de él. Así Filónico el Dialéctico, no obstante que lo alaba por el demas adorno y pompa de la diccion, lo reprende sin embargo por la novedad y exceso, y dice de él, que es parecido á un Pintor que adorna todos sus quadros con un mismo ropage. He observado, dice, que en todas sus oraciones usa de unas mismas figuras de diccion, tanto, que sin embargo de estar muchas veces expresada con arte cada cosa, no resulta un todo agradable, por no explicarse como la materia propuesta lo pedia. Y Gerónimo el Filósofo dice que podrá muy bien qualquiera leer sus oraciones; pero no tan facilmente pronunciarlas en público, alzando la voz y el tono, ó decirlas con aquella accion que corresponda al asunto. Porque lo mejor y mas á propósito para mover la muchedumbre es la expresion patética y animada; y él solo va en busca de la suavidad en todas ocasiones, sin atender á la moderacion y variedad que resulta de baxar y elevar á tiempo el es-

tilo, ni cuidar de mover las pasiones y afectos convenientes. Ultimamente dice de él que se le representa la voz de un muchacho que está leyendo, el qual no puede tomar el debido tono, ni es capaz de afectos ó de accion. Lo mismo y aun mas han dicho otros muchos que no necesito nombrar; porque con dar algunos exemplos de la diccion de Isócrates, se verá claramente el número de los periodos en que afecta cierta elegancia, y la puerilidad con que coloca las figuras, andando siempre en busca de antítesis y comparaciones, y procurando que los finales sean semejantes. No es esto que yo reprenda las figuras; porque muchos, tanto Historiadores, como Oradores para hermosear la diccion han usado de ellas; sino el exceso: y así el no usarlas en tiempo y sazon, es lo que digo que causa cierto fastidio á los oidos. En el Panegírico mismo, en aquella oracion tan celebrada, se vé este excesivo uso de que hablamos: *Creemos que fueron autores de inumerables bienes, y acreedores á imponderables alabanzas*: porque aquí, no solo el un miembro corresponde al otro miembro; sino tambien unos nombres á otros: á *inúmerables, imponderables*, á *bienes, alaban-*

zas, y á *autores*, *acreedores*. Y luego: *ni las disfrutaban como propias, y abandonaban como agenas*. Porque el segundo miembro es igual al que le precede, y de las voces *abandonaban* esta contrapuesta á *disfrutaban*, y á *propias*, *agenas*. A lo que añade: *sino que las miraban como suyas; y se abstenian de ellas como conviene abstenerse de las que son en un todo agenas*. Porque aquí otra vez se opone á *miraban*, *se abstenian*, y á *suyas*, *las que son en un todo agenas*. Ni le bastó esto; sino que en el siguiente periodo volvió á usar de la contraposicion, oponiendo á *logrará ser estimado*, lo que se sigue, *y dexar á sus hijos una perpetua gloria*; y á *ni los unos atendian al atrevimiento de los otros*, lo que inmediatamente añade, *ni exercitaban contra sí mismos su osadia*. Y sin dexarlo pone al instante: *sino que tenian por mucho peor el que hablasen mal de ellos sus ciudadanos, que el morir honradamente por la patria*, en el qual periodo de nuevo á *mal* corresponde *honradamente*, y ἀποθνήσκειν, que es morir, al otro infinitivo ἀκούειν, de que usa para significar *el que hablasen de ellos*. Y si con esto se hubiera contentado, seria llevadero; pero no pue-

de dexarlo. Así en el siguiente periodo dice otra vez : *que los hombres de bien no tendrán necesidad de muchos escritos ; sino de pocos signos , pensando con uniformidad , tanto en las cosas púbicas , como en las privadas* ; en el qual corresponde tambien *signos* , á *escritos* , y *pocos* esta contrapuesto á *muchos* , como *privadas* á *públicas*. Y despues , como si nada de esto hubiera habido , nos molerá con finales semejantes , diciendo inmediatamente: *Administraban las cosas agenas , sirviendo ; pero no injuriando á los Griegos , estando persuadidos á que debian regirlos; pero no tiranizarlos : queriendo mas ser reconocidos por Gefes ; que por señores absolutos, y ser antes llamados salvadores , que destruidores : grangeándose el aprecio de las ciudades con hacerles bien , y no tratando de sujetarlas con violencia : siendo mas fieles en guardar su palabra , que ahora los juramentos : creyendo que debian ceder á sus pactos , del mismo modo que á la necesidad.* Pero para qué nos hemos de detener en referir cada una de estas cosas , quando casi toda la oracion está sembrada de esta especie de figuras ? Bien es cierto que las que escribió al fin de su vida son menos pueriles ; sin duda por-

que participaron mas de la prudencia que consigo trae la edad. Pero de esto baste lo dicho: siendo ya hora de tocar algunos exemplos, para que en ellos se vea qual es la habilidad de este Orador. Mas no es facil el dar idéa en pocas palabras de todas las especies de asuntos, y de todas las oraciones: bastará pues, una oracion sola de las suasorias, y otra de las judiciales. La suasoria pues, es aquella, en que exhorta á los Atenienses á que den fin á la guerra llamada Social que contra ellos habian movido los de Chîo y Rodas con sus aliados, y se dexen de empresas ambiciosas, y del deseo de dominar por tierra y por mar: haciéndoles ver que la justicia no solo es mejor que la injusticia, sino aun tambien mas útil y provechosa. Pues aun aquí tienen lugar la debilidad y difusion del estilo, y el estudiado número de los periodos; mas por lo que hace á las figuras de pura ostentacion, no hay duda que usó de ellas con mas comedimiento. De esto pues, deben hacer muy poco caso los lectores, como que no merece el menor cuidado, como dige al principio, y poner en otras cosas su atencion. La oracion, de que hablamos, empieza así:

„Suelen todos los que aquí se pre-

sentan ensalzar como las cosas mas grandes y dignas de atencion aquellas de que van á hablar ; mas si esto puede con razon decirse de los demas asuntos , creo que en los que ahora voy á tratar debo usar con mayor motivo de este exôrdio : pues que nos hemos congregado á tratar de la paz y de la guerra , cosas que tienen un gran influxo en la vida de los hombres , y que no pueden menos de hacer mas felices que los otros , á los que acerca de ellas deliberan con acierto. De tanta consideracion son pues , las cosas que aquí nos han traido : y sin embargo veo que no oís de un mismo modo á todos los que os hablan; sino que á unos los escuchais con la mayor atencion , y de otros ni aun siquiera la voz podeis sufrir : lo que ciertamente no es de admirar , porque ya antes de ahora soliais desechar á todos los demas Oradores , excepto aquellos que sabian lisongear vuestros deseos : cosa que con razon os afeará qualquiera. Porque constándoos que muchas y muy opulentas casas han sido arruinadas por los aduladores , y aborreciendo , como aborreceis , á los que en vuestras cosas usan de esta abominable arte , en tratándose de las cosas públicas , no los mirais del mismo modo ; sino que cen-

surando á los que les dan oidos y gustan de su trato, les dais con todo mas crédito que á los demas ciudadanos: con lo que habeis dado lugar á que los Oradores se ocupen, no en las cosas que han de ser útiles á la ciudad; sino en ver como formar unas oraciones, que lisongeen vuestro gusto: y de esta clase son los muchos que aquí ahora han concurrido. Porque todos saben que mas placer os dan los que os exhortan á la guerra, que los que tratan de aconsejaros la paz; por darnos aquellos esperanzas de que recobraremos las posesiones que en las ciudades teniamos, y volverémos al poder de que antes gozabamos; quando estos ninguna de estas cosas proponen, y solo dicen que conviene tener quietud, y no aspirar, contra lo que es justo, á cosas grandes; sino antes venerar la igualdad, lo que es para los mas de los hombres sumamente dificultoso. Porque de tal manera nos seducen las esperanzas, y miramos con tanta ansia las ganancias que nos hemos propuesto, que ni aun los que tienen una gran hacienda, quieren con ella contentarse; sino que deseando cada vez mas, se ponen á pique de perder aun aquello que poseen. Por tanto es de temer no sea que nosotros

demos tambien en esta necedad. Porque me parece que muchos estan demasiado inclinados á la guerra, como si los mismos Dioses, y no unos hombres vulgares, les hubieran asegurado que tendremos fortuna en todo, y vencerémos con gran facilidad á nuestros enemigos. Y yo creo que los hombres de juicio deben no detenerse á deliberar de lo que saben (porque es fuera del caso) sino executar lo que resolvieron; pero quando deliberan no creer que ya saben que será lo que convenga; sino pensar á cerca de ello como que está sujeto á la opinion, y pende en parte del arbitrio de la fortuna. Pero vosotros nada de esto haceis, sino que os hallais en la mayor perturbacion; porque os habeis aquí congregado con la mira de escoger lo mas útil de quanto se proponga; y como si ya supieseis lo que se debe hacer, no quereis escuchar sino á los que os hablan á vuestro gusto; quando si quereis acertar con lo mas provechoso á la ciudad, debiais oir con mas atencion á los que se oponen á vuestro dictamen, que á los que os hablan segun él: teniendo por cierto, que de los que aquí concurren, pueden facilmente engañaros los que dicen aquello que quereis, por quanto pa-

rece que las palabras acomodadas á nuestro dictamen ofuscan é impiden ver lo que es mas conveniente. Mas nada de esto puede sucederos con los que no os aconsejan aquello que apeteceis : porque no podrán haceros mudar de opinion , mientras no os hagan ver claramente qué es lo que conviene. Y ademas de esto , cómo puede ser que los hombres ó juzguen bien de lo pasado , ó aconsejen con acierto de lo por venir , sino hacen cotejo de lo que se dice por una y otra parte , y oyen con igual atencion á todos? Y yo me admiro cómo los viejos no se acuerdan , ó los jóvenes no han oido , que los que nos han advertido que mantuviesemos la paz , nunca nos han acarreado mal ninguno ; y por el contrario los que facilmente se han inclinado á la guerra , han sido causa de que nos sobreviniesen infinitos males. De los quales ya no hacemos memoria , sino que sin atender á nada de lo que puede importarnos para adelante , estamos dispuestos á armar galeras , pagar contribuciones , prestar socorros , y tener guerra con los que se nos presenten , como si fuese una ciudad agena , la que exponíamos al peligro. Y la causa de esto es que debiendo vosotros mirar las cosas del pú-

blico con el mismo cuidado que las vuestras, no lo haceis sin embargo de este modo; sino que quando deliberais en los negocios propios, echais mano para que os aconsejen de los que os aventajan en prudencia; mas quando os congregais á tratar los negocios del público, no dais crédito á estos, á quienes mirais con envidia; y á los mas perversos de quantos suben á este lugar los colmais de elogios y alabanzas: teniendo por mas populares á los desarreglados, que á los sóbrios; á los que no tienen nada de juicio, que á los prudentes; y á los que se comen los caudales públicos, que á los que son con vosotros liberales de su propia hacienda. Y así es de admirar que haya quien imagine que podrá mejorar de condicion una ciudad que se vale de semejantes consejeros. Ni ignoro quan expuesto es el oponerse á vuestro dictamen, y que con ser popular nuestro gobierno, no tienen libertad sino, aquí, los mas imprudentes, y en el teatro los representantes; y lo que es lo peor de todo, que con los que revelan á los demas Griegos los defectos de nuestra ciudad os mostrais tanto, ó mas agradecidos que con los que la hacen algun servicio; y á los que os reprenden y aconsejan

los mirais con el mismo tédio que á los que han hecho á la ciudad un grave daño. Mas sin embargo de ser todo esto así, yo no he de apartarme de mi intento: porque no he venido á adularos, ó á solicitar algun empleo; sino á manifestaros como siento, lo primero acerca de lo que los Prefectos propusieron, y despues acerca de los demas intereses de la ciudad. Porque de nada servirá acertar en decretar la paz, si no acertamos tambien en todo lo restante. Digo pues, que nos conviene hacer la paz, no solo con los de Chîo y Rodas, los de Bizancio y Coo, sino con todos los hombres, y que debemos guardar, no los pactos que ahora han formado algunos; sino los que hicimos con el Rey y con los Lacedemonios, y en los que se manda, que todos los Griegos sean libres; que se quiten las guarniciones de las ciudades que no son nuestras; y que cada pueblo se contenga dentro de la suya. Porque no podremos pensar en otros, ó mejores, ó que sean á la ciudad mas provechosos." Habiendo dicho esto en el exôrdio, y preparado los ánimos de los oyentes para lo que habia de decir; y habiendo ademas hecho un gran elogio de la justicia, y vituperado el estado de las cosas, forma des-

pues así un cotejo entre los hombres de su edad, y sus progenitores. „Os he hablado así, porque acerca de lo demas que propuse, pienso no usar de ningun disimulo; sino antes hablaros con la mayor franqueza y claridad. Porque quién será el que viniendo de fuera, y no estando preocupado con nosotros, sino antes enterandose de pronto de nuestras cosas, no piense que estamos locos y fuera de juicio al ver, que pagándonos mucho de las hazañas de nuestros mayores, y creyendo que por ellas es digna nuestra ciudad de las mas altas alabanzas, no solo no hacemos nada de lo que ellos hicieron; sino que seguimos un rumbo enteramente opuesto? Porque ellos, por defender á los demas Griegos, tuvieron largas y sangrientas guerras con los Bárbaros; y nosotros trayendo del Asia á los que allí buscaban su vida, les hemos hecho pelear contra los Griegos. Ellos sacando de la esclavitud, y socorriendo á las ciudades Griegas se hicieron acreedores al mando; y esclavizándolas nosotros, y haciendo lo contrario que ellos, podemos enfadarnos de que no se nos tributen iguales honras á nosotros? A nosotros, que tanto en las obras, como en el modo de pensar, estamos muy

distantes de aquellos progenitores nuestros que florecieron en aquella edad? Como que ellos por la salud de la Grecia se atrevieron hasta á abandonar su patria, y tanto por mar, como por tierra vencieron á los Bárbaros; y nosotros ni aun por nuestra propia codicia podemos sufrir el menor peligro; sino que queremos dominar á todos; pero de ningun modo entrar en la milicia: y aunque casi queremos guerra con todos los hombres, no pensamos, sin embargo, en exercitarnos para ella; sino que exercitamos á unos hombres parte desterrados, parte fugitivos, parte manchados con varios crímenes, y tales todos, que si hubiera quien les diese mayor sueldo, no dudarian venir con él contra nosotros mismos. Y no obstante esto, los amamos con tal exceso, que aun quando injuriasen ó hiciesen algun mal á nuestros propios hijos, no habiamos de tener valor para castigarlos; y estamos tan lejos de enfadarnos por sus robos, sus latrocinios y su desmesurada codicia, que sin embargo de que se nos han de imputar á nosotros, tenemos un gran placer quando se nos dice que han cometido alguno de estos excesos. En fin ha llegado á tanto nuestra locura, que no teniendo para nosotros lo

necesario para la vida, nos hemos empeñado en mantener á estos extrangeros, y no nos detenemos en vejar á nuestros propios aliados, para poder pagar su sueldo á estos comunes enemigos de la Grecia. Y somos tanto peores, no digo que los celebrados entre nuestros mayores, pero aun que los mas aborrecidos, quanto ellos, si decretaban alguna guerra, no obstante estar el erario lleno de oro y plata, exponian al peligro sus propios cuerpos; y nosotros, habiendo venido á tanta pobreza y siendo en tan gran número, nos valemos, como el gran Rey, de tropas asalariadas. Y entónces, si armaban galeras, ponian á los extrangeros y esclavos por marineros en ellas, y confiaban las armas á los ciudadanos; pero ahora armamos á los extrangeros, y hacemos á los ciudadanos manejar el remo. De modo que quando penetran en tierra de los enemigos, estos que aspiran al Principado entre los Griegos se presentan con la insignia de marineros; y aquellos, siendo tales, quales poco ha diximos, entran armados en las peleas. Y si en lo interior se viese que estaba bien regida la ciudad, podria por lo demas vivirse con alguna confianza; pero ahora quién no se irritará mas en vista de

esto? Porque siendo así que por creernos hijos del pais, y jactarnos de que nuestra ciudad fué fundada antes que las demas, debiamos dar exemplo á todos con nuestro buen gobierno, gobernamos mucho peor, y con mayor desórden que los que acaban de fundar las ciudades en que habitan. Pues con nuestra nobleza que ufanos estamos, y como nos creemos superiores á todos! y sin embargo con mayor facilidad la comunicamos á qualquiera, que podrian los Tribalios y Lucanos comunicar su obscuridad y su baxeza. En quanto á leyes hemos establecido una infinidad; pero hacemos tan poco caso de ellas (con hablaros de una, formareis idea acerca de todas las demas), que habiendo impuesto pena capital á los que sobornan con regalos, conferimos el mando á los soldados que mas al descubierto lo practícan, y quantos mas ciudadanos haya corrompido qualquiera, á mas altos empleos lo elevamos. Mas: mirando por nuestra especie de gobierno con mas cuidado que por la salud de toda la ciudad, y constándonos por otra parte que la Democracia ha permanecido, y aun tomado vigor en el tiempo de quietud y seguridad, y que en tiempo de guerra ha sido disuelta por dos ve-

ces : sin embargo á los que nos exhortan á la paz , como si promoviesen la Oligarchîa los miramos con mal semblante; y como si se declararan por la Democracia tenemos por benévolos á los que se muestran aficionados á la guerra. Y estando muy versados en discursos y negocios, obramos con todo tan sin juicio , que ni aun siquiera por un dia permanecemos en el mismo dictamen ; sino que lo que reprobamos antes de asistir á la junta , en ella lo aprobamos , y sin pasar mucho tiempo , luego que de ella salimos , volvemos á reprobar aquello mismo que acabamos de resolver. Ademas de esto, vendiéndonos por los mas sábios de los Griegos , tomamos por nuestros consejeros á hombres , que ningunos otros dexarian de despreciar ; y confiamos enteramente los negocios de la República , á quienes nadie confiaria ni la mas mínima parte de los suyos propios.“ Tal es nuestro Orador en las oraciones suasarias : en todo lo demas correcto y sencillo , y que se acerca bastante al caracter de Lisias ; pero dado siempre á aquella elegancia y delicadeza : menos , sí , que en otras oraciones ; mas con todo dado siempre. No quisiera que hubiese quien pensára que ignoro lo que Afareo , alnado y

despues hijo adoptivo de Isócrates, escribió en la oracion sobre la permuta contra Megáclides, que Isócrates no compuso oracion ninguna para los tribunales; ó lo que dice Aristóteles, que habia en las Librerías muchos legajos de oraciones judiciales escritas por Isócrates: porque sé muy bien lo que digeron uno y otro. Pero ni creo á Aristóteles, que no tiraba mas que á desacreditar á nuestro Orador, ni menos á Afareo que tampoco pensó mas que en fingir una oracion muy decente y llena de elogios: y juzgando que tengo un testigo muy fidedigno que compruebe la verdad en Cefisódoro el Ateniense, que trató con familiaridad á Isócrates, fué uno de sus principales discípulos, y escribió aquella apologia admirable contra las calumnias de Aristóteles, me persuado que Isócrates escribió algunas oraciones para los tribunales, aunque no muchas. Voy á dar de ellas un exemplo solo (no hay lugar para mas): y para ello me valdré de la oracion, que se llama Trapecítica, y que él escribió á un extrangero discípulo suyo, contra Pasion el Cambista. Y la oracion es esta:

„De mucha consideracion es, ó ilustres Jueces, la presente causa: no precisamente porque me veo expuesto á perder muchos

intereses; sino porque estoy tambien en peligro de pasar plaza de un hombre ansioso, que codicia lo ageno, que es lo que principalmente llama mi atencion: porque aun quando perdiese el pleito, me quedaba todavía bastante hacienda; mas si se llegase á creer que sin derecho alguno pedia esta cantidad, sería ya por toda mi vida despreciado. Mas ah! que es cosa dura, ó ilustres Jueces, haber de disputar con tales contrarios; porque en los tratos que se hacen con los numularios ó cambistas nunca intervienen testigos, y es preciso que los agraviados queden muy expuestos con unos hombres que tienen muchos amigos, manejan dinero, y parecen por su arte dignos de toda fé: pero sin embargo de ser todo esto así, me prometo hacer ver claramente á todos que estoy por Pasíon agraviado en esta cantidad; y así segun pueda, os contaré desde el principio quanto ha pasado. Mi padre, ilustres Jueces, es Sopeo, hombre que, siendo tan estimado de Sátiro, como saben todos los que navegan por el Ponto, gobierna una dilatada Provincia, y tiene todas las tropas del Rey baxo su potestad. Informado de lo que era esta ciudad y toda la Grecia, concebí el deseo de viajar por ella. Cargando pues, mi padre

dos naves de víveres, y dándome dinero, me envió á un tiempo á ver y á comerciar; y habiéndome el Fenicio Putodoro recomendado á Pasíon, me valí para mis negocios de su mesa. Mas habiendo de allí á poco calumniado á mi padre ante Sátiro, como que queria apoderarse del Reyno, y á mí porque decian que me habia unido con los desterrados, puso Sátiro en prision á mi padre, y escribió á los comerciantes que habia aquí del Ponto, dándoles órden, de que se apoderasen de mi caudal, me hiciesen volver quanto antes á mi casa, y os lo suplicasen á vosotros, si acaso nada de esto hiciese. Viéndome pues, ó ilustres Jueces, cercado de tantos males, doy parte á Pasíon de mis desgracias: porque le trataba con tanta familiaridad, que no solo en quanto al dinero; sino en todo tenia de él una entera confianza. Así que pensaba yo, que si entregaba todo mi caudal, me exponia en caso que mi padre no saliese bien, á quedar en la mayor miseria, privado tanto de los bienes que habia en mi poder, como de los que allá tenia; y que si confesaba tener dinero, y en vista de la órden de Sátiro no lo entregaba, acaso daria á este motivo de nuevas sospechas contra mí, y

contra mi padre: por lo que despues de haber meditado sobre lo que me estaria mejor, resolvimos entregarles, sí, lo que todos sabian que era mio; mas en quanto al dinero que en poder de este habia, no solo negar; sino aun decir que de él y de otros habia tomado á usura mayor cantidad, y hacer de modo que ellos llegasen á creer que yo no tenia caudal ninguno. Y entónces creía yo, ó ilustres Jueces, que Pasíon me aconsejaba todo esto por amor que me tenia; pero despues que salimos de con los diputados de Sátiro, conocí que solo tiraba á apoderarse del dinero que le habia confiado. Porque habiendo resuelto yo tomarlo, y marchar á Bizancio, pensando él que se le ofrecia una buena ocasion, porque el dinero que tenia mio era bastante, y digno de que por él se hiciese una ruindad; yo en presencia de muchos habia negado tener caudal alguno, y aun preguntado habia dicho que debia á varios; y ademas de esto juzgaba él, ó ilustres Jueces, si me quedaba, que la ciudad me pondria en manos de Sátiro; si me retiraba á qualquiera otra parte, que ninguna fuerza podrian hacerle mis reconvenciones; y si me tornaba al Ponto, que allí perderia la vida juntamente con mi pa-

dre : así que pensando estas cosas vino en querer privarme de mi caudal , y conmigo empezó á fingir que entónces no tenia con que poderme pagar ; pero habiendo enviado á Filomelo y Menexêno á que se lo pidiesen , negó ya que en su poder hubiese nada mio. Rodeado pues , de tantos males , quál pensais que fué mi resolucion ? Porque si callaba , se salia este con privarme de mi caudal ; si hablaba , ademas de no adelantar nada por esta parte , nos exponia á mí y á mi padre á nuevas calumnias con el Rey ; y así tuve por mejor el estarme quieto. De allí á poco quiso mi fortuna , ó ilustres Jueces , que me viniesen correos trayéndome la noticia de que mi padre estaba ya libre , y de que Sátiro estaba tan olvidado de lo pasado, que aun hacia de él mas confianza , le habia conferido mayor autoridad que la que antes tenia , y habia tomado á mi hermana para muger de su hijo. Supo todo esto Pasíon , y conociendo que entónces abiertamente pediria lo que era mio , oculta á Cito , que era un muchacho sabedor de todo el hecho ; y quando yo me llegué á preguntar por él , creyendo que este era el medio mas seguro para probar lo que se disputaba , me dió la respuesta mas in-

solente que puede imaginarse ; porque me dixo que yo y Menexêno , habiéndole corrompido y dado de golpes un dia que estaba sentado en el puesto , tomamos de la mesa seis talentos ; y que para que no hubiera prueba ninguna , ni se nos pudiera dar tormento , habíamos ocultado el muchacho, y se lo queríamos imputar , preguntando por el mismo que teníamos escondido. Y dicho esto , ayrándose y llorando me llevó ante el Polemarcho , pidiendo fianzas , y no me dexó hasta que tuve quienes saliesen fiadores por los seis talentos. Compareced los que de todo esto me sois testigos.“ Yo creo que no ha de haber quien al instante no diga que esto se diferencia mucho en el caracter de la diccion de las oraciones de los dos géneros demostrativo y deliberativo. Mas sin embargo no niega del todo el genio de Isócrates , y conserva siempre una leve muestra de su estudio y su grandeza ; teniendo mas de poético , que de natural ; como quando dice: *Pensé que si no entregaba mi caudal , me ponia á peligro.* Porque lo natural y sencillo era esto : *pensé que no entregando el dinero peligraria.* Y lo mismo sucede con lo que voy á decir : *y ademas de esto , juzgaba él , ó ilustres Jueces , si me queda-*

ba, que la ciudad me pondria en manos de Sátiro; si me retiraba á qualquiera otra parte, que ninguna fuerza podrian hacerle mis reconvenciones; y si me tornaba al Ponto, que allí perderia la vida con mi padre. Porque este periodo sale del estilo y órden judicial; la composicion de él tiene algo de poética; y la frasis participa de los incisos iguales del órden demostrativo, y de los finales semejantes. Porque *me quedaba, me retiraba, me tornaba*, puestos en un mismo lugar, y el haber tres incisos de una misma extension son claras señales de la elegancia de Isócrates. Y lo que se sigue: *vino en querer privarme de mi caudal; y conmigo empezó á fingir que no tenia con que poderme pagar*, que son incisos muy parecidos y semejantes entre sí. Y lo que de allí á poco dice: *que aun hacia de él mas confianza; le habia conferido mayor autoridad de la que antes tenia; y habia tomado á mi hermana para muger de su hïjo.* Porque aquí tambien *hacia*, *tenia* y *habia*, son semejantes; como asimismo *confianza*, y *hermana*. No faltaria quien á esto tuviese que añadir para dar mejor á conocer á este Orador; pero acaso es ya preciso echar cuenta con el tiempo.

BREVE RAZON

DE LAS OBRAS DE ISÓCRATES.

Divídense por lo comun las Obras de Isócrates en cinco clases, de las quales la primera comprende las oraciones morales ó admonitorias; la segunda las suasorias y políticas; la tercera los elogios y reprensiones; la quarta las oraciones judiciales; y la quinta las cartas.

La primera clase contiene estas tres oraciones.

I. La parenesis ó admonicion á Demónico, en que le da excelentes consejos para el gobierno de la vida. Creese escrita á los 33 años de su edad.

II. La oracion sobre el modo de reynar á Nicocles, Rey de Salamina en Chipre, que se cree escrita á los 63 años.

III. La que se intitula Nicocles, y trata de como los súbditos deben haberse con el Rey, escrita un año despues.

La segunda clase comprende estos cinco discursos.

I. El Panegírico, que es una de las composiciones mas celebradas de este Orador, y trata de hacer la guerra al Rey de los Persas, y de que el mando en esta expedicion sea de Atenas, escrito á los 50 años de edad segun puede colegirse.

II. La oracion á Filipo, en la que exhorta á este Monarca á que reconcilie las ciudades Griegas, y con ellas dirija sus armas contra el Persa. Escribióla ya muy anciano de edad segun se cree de 90 años.

III. La oracion dicha Archîdamo, por haberse dirigido á este Príncipe, que era hijo de Agesilao, Rey de Esparta, con el fin de exhortarle á que no consienta que los Mesenios sean restituidos á su

ciudad, ni desespere de la salud de su República, escrita mucho antes que la anterior á los 66 años.

IV. La Areopagitica que trata de mejorar el gobierno de Atenas, restituyendo el introducido por Solon y Clistenes, y la escribió de 68 años.

V. La Social ó de la paz en que exhorta á los Atenienses á que hagan la paz con las ciudades de Chîo, Rodas y Bizancio, y en general se dexen de pretensiones ambiciosas, persuadiéndose á que solo con la justicia florecen los Estados: escribiola de edad de 79 años.

La tercera clase comprende otras cinco oraciones.

I. El elogio de Evágoras, Rey de Salámina en Chipre, y padre de Nicocles, lleno de las mas sabias máxîmas de moral y política, y escrito á los 62 años.

II. El elegio de Helena, en que celebra con la mayor gracia á esta belleza, precisamente con el fin de mostrar como deben tratarse tales asuntos: escribiólo de edad de 43 años.

III. El elogio de Busiris, escrito con el mismo fin, y de la misma edad.

IV. El Panatenaico, que es el elogio mas completo de la ciudad de Atenas, aun en contraposicion de Esparta, concluido quando ya era de 97 años.

V. La oracion contra los Sofistas, que no es mas que como un exôrdio de otra, y en la que da una buena idéa de estos falsos sabios: nada hay de cierto acerca de la edad en que se compuso.

La quarta clase contiene estos ocho discursos.

I. La oracion Plataica, en que con la mayor vehemencia perora á favor de los Plateenses, arrojados de su patria, contra los Tebanos. Tendria quando la compuso 65 años.

II. La oracion de la permuta, en que se defiende de las calumnias con que Lisimaco habia inten-

tado denigrarle con motivo de la ley *de la permuta*: tenia entónces 82 años.

III. La del par de caballos, por el hijo de Alcibiades, con el fin precisamente de elogiar á su padre: escribióla á los 53 años.

IV. La Trapecítica, contra Pasíon el Cambista que negaba una cantidad de dinero que se habia depositado en su mesa, escrita como á los 86 años.

V. La oracion contra Calímaco que habia entablado pleito sobre la reparacion de una injuria que se le habia hecho durante el gobierno de los treinta. A esta ni á las que se siguen no se les señala época fixa.

VI. La Eginética en defensa de un testamento hecho en la Isla de Egina.

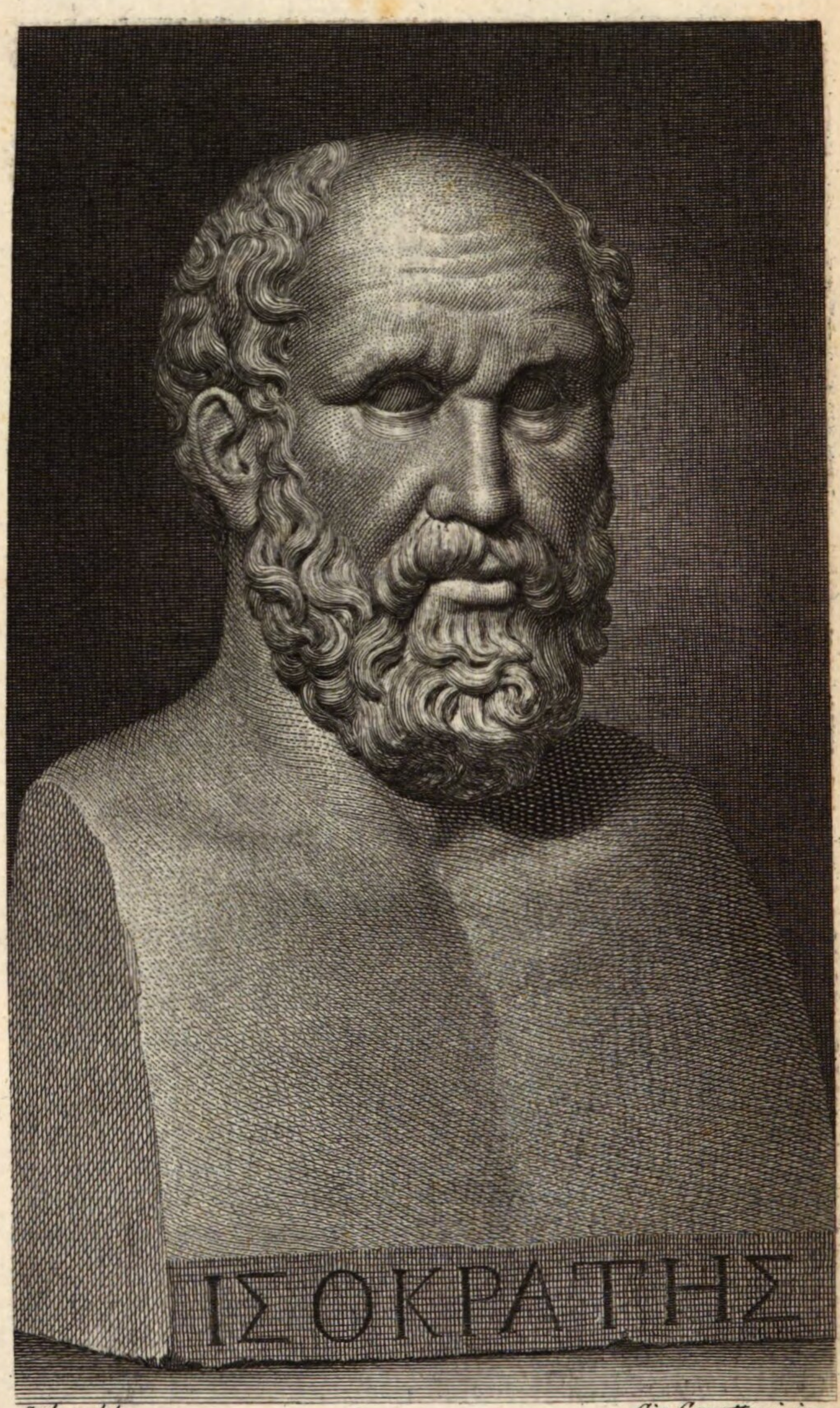
VII. La oracion contra Lochîtes, en que se acusa á este hombre de haber dado de golpes á un ciudadano, y se demuestra la atrocidad de este delito.

VIII. La oracion dicha *sin testigos* en favor de Nicias, sobre la verdad de un deposito á que nadie se habia hallado presente.

La quinta clase comprende diez cartas con este órden:

Quatro á Filipo, Rey de Macedonia; una á su hijo Alexandro; otra á los hijos de Jason, Tirano de Fere ó Feras en la Tesalia; otra á Timoteo, hijo de Clearco Tirano del Ponto; otra á los Magistrados de Mitilene; otra á Archîdamo, Rey de Esparta, incluida nuevamente por M. Auger entre las obras de Isócrates; y finalmente otra á Dionisio el Tirano, supuesta sin duda, é indigna de nuestro Orador.

Este es el catálogo de las obras que han quedado de Isócrates: porque de haberse perdido algunas son testigos Dionisio de Halicarnaso, Cecilio Romano, Suidas y Focio en su Biblioteca. Especificaríanse aquí, á no ser ya razon apresurarnos por dar principio á la Obra.



Salesa del *Gir. Carattoni inc.*

ORACIONES DE ISOCRATES.

PARTE PRIMERA,

QUE COMPRENDE

LAS ORACIONES ADMONITORIAS.

ORACION PRIMERA,

Ó ADMONICION Á DEMÓNICO.

ARGUMENTO.

El intento y fin de esta Oracion, como el mismo título lo significa, es el dirigir y exhortar los ánimos de los jóvenes al bien obrar, para que así, no solo tengan una vida cómoda y tranquila, sino que logren además ser estimados y aplaudidos. Será por tanto sumamente útil, que todos los jóvenes bien educados aprendan estas suavísimas y provechosísimas admoniciones, sin que pueda temerse que ninguno de ellos se arrepienta de haber empleado en esto su trabajo. Y aun convendrá, si los quehaceres y la edad lo permitieren, exercitarse en investigar la razon de cada uno de los preceptos, y en ilustrarlos con otras semejantes sentencias, y con exemplos tomados de los Poétas, de los Historiadores, y de la vida comun. Pero lo que convendrá sobre todo será el reflexîonar cada uno, quán caro le ha

BAYERISCHE STAATS- BIBLIOTHEK MUENCHEN

costado, siempre que ó por ignorancia ó por malicia se ha desviado de tan santa y provechosa doctrina. Con esto conseguirá, no solo el juzgar con mas acierto de los hechos y dichos agenos, y el entender mejor las mismas admoniciones; sino tambien el cuidar por toda su vida de unir la sabiduría con la probidad, y exêcrar la ignorancia á par del vicio. En estas Oraciones no se ha de buscar con escrupulosidad el órden (antes, parece, que de intento lo turbó su autor, para variar el discurso, haciendo que de él no cuidaba) como ni tampoco el número de preceptos; sino que en alguna manera se amontonan, no con confusion, pero siempre con menos estudio, que en los Oficios de Cicerón, y en los morales de Aristóteles. Ni siempre se da razon de los preceptos (porque su método mas es exêgemático, que demostrativo) sino que Isócrates los fué proponiendo, segun se le ofrecieron, quando los meditó, bien que dándoles la ilustracion y ornato, que le pareció necesitaban. Tambien es de observar, que estas admoniciones dan mucha materia para persuadir y alabar, y por el contrario para disuadir y vituperar. Las partes de esta Oracion son tres: proemio, admonicion y epílogo; porque entre las exhortaciones están colocados con mucha maestría aquellos preceptos, á que hemos de arreglar toda nuestra vida, y referir todos los hechos y dichos de los Poétas, y demas Escritores, y de todos los hombres de nuestra edad.

BIBLIOTHEK
STAATS
MÜNCHEN

ORACION.

Vemos, ó Demónico, que se distinguen en muchas cosas los pensamientos de los buenos, de los cuidados, é intenciones de los malos: pero en lo que mas principalmente se diferencian los unos de los otros es en la recíproca correspondencia. Porque los unos solo hacen caso de sus amigos, quando los tienen presentes, y los otros los estiman y aman, aun quando están de ellos muy distantes. Y además de esto, las amistades de los malos con un tiempo muy corto están desechas, quando no hay tiempo que baste á disolver las amistades de los buenos. Pensando pues, que á los que aspiran á la gloria, y desean una liberal educacion les conviene sobre todo ser imitadores de los buenos, y no de los malos: resolví regalarte este librito en señal de nuestra amistad, y en testimonio de mi buena correspondencia para con Ipónico; puesto que es justo, que los hijos, como heredan la hacienda, hereden tambien las amistades de sus padres. Además, el tiempo y la fortuna son tambien en esto de nuestra parte, porque tú deseas instruirte, y yo me ocupo en instruir á otros; tú buscas aun la sabidu-

ría (1), y yo me empleo en dirigir á los que la buscan. Los que escriben pues, exhortaciones á sus amigos no dexan de emplearse en una buena obra; mas no se exercitan todavía en lo mas acendrado y perfecto de la Filosofia; pero los que exponen á los jóvenes, no precisamente aquellos preceptos, á que hayan de deber el ser excelentes en la Oratoria; sino tambien aquellos, que les dén reputacion de hombres de probidad y virtud, son sin duda mas útiles á los que los escuchan: por quanto aquellos solo los excitan á la eloqüencia, y estos corrigen y mejoran sus costumbres. Así que dexando las exhortaciones, y escribiendo esta admonicion ó aviso, he querido aconsejarte qué cosas son las que deben apetecer los jóvenes; de quales deben guardarse; qué hombres han de tratar; y de qué modo han de ordenar su vida. Por quanto solo aquellos que han seguido este camino, han llegado á adquirir la verdadera y sólida virtud, que es de todas, la mas excelente y segura posesion. Porque la hermosura, ó el tiempo la consu-

(1) Para expresar esto se vale Isócrates del verbo φιλοσοφεω y de la voz ἀνμήν, tomada adverbialmente por *ellipsis*: lo que se advierte para que se note, que en su tiempo filosofar no era todavía otra cosa que buscar la sabiduría, y trabajar por adquirirla.

me, ó una enfermedad la marchita: la riqueza mas es ministra del vicio, que de la virtud, como que proporciona la inaccion, y ociosidad, y sirve á los jóvenes de incitativo para los placeres, y deleites: el valor acompañado de la prudencia es provechoso, mas sin ella ha sido por lo comun la perdicion de los que lo han tenido; y exercitado es cierto que da gracia á los cuerpos; pero sirve de impedimento y niebla para el cuidado de las almas: sola la virtud es la que si crece con alguno en la juventud, envejece tambien con él, siendo mas excelente que todos los haberes, y mas útil que la nobleza, como que hace para el que la tiene posible lo que es imposible para los demás, y sufre con intrepidéz lo que intimida y acobarda al resto de los hombres, y tiene por reprensible la desidia y pereza, y el trabajo, y la ocupacion por dignos de alabanza. De todo esto son bien manifiesta prueba los trabajos de Hércules y las hazañas de Téseo, pues que la virtud, que fué la pauta de quanto hicieron, los elevó á tan ilustre gloria, que nunca ha podido el tiempo sepultar en el olvido sus grandes hechos. ¿Pero qué? Solo con acordarte del tenor de vida que observó tu padre, de quanto he dicho tendrás dentro de casa un buen exemplo: porque no vivió olvidado de la virtud, y entregado á la ociosidad; sino que

exercitó su cuerpo con el trabajo, y su alma se expuso con esfuerzo á los peligros. Ni amó desordenadamente las riquezas; sino que disfrutó de sus bienes, como que era mortal, y al mismo tiempo cuidó de su hacienda, como si nunca hubiera de morir (1). Ni llevó tampoco una vida obscura; antes era garboso y magnífico, y amigo de sus amigos, teniendo en mas á los que en algo le servian, que á sus propios parientes: porque decia, que para la amistad mas habia de valer la naturaleza, que la ley; las costumbres que la sangre; y la eleccion, que la necesidad. Me faltaria tiempo, si hubiera de referirte una por una sus acciones: tiempo habrá en que te manifieste quan ordenadas fueron: ahora bástame haberte dado esta muestra del caracter de Ipóga duda en que es suyo; y así extraño que M. Auger confiese que nunca pudo saber de quien era. Dice así:

Ως τεθνειξόμενος των σων ἀγαθων ἀπολαυε·
Ως δε βιωσόμενος, φειδεο σων πτεχνων·
Εξὶ δ' ἀνηρ σοφος ουτος, ος ἀμφω ταυτα νοήσας,
Φείδοι καὶ δαπάνη μέτρον ἐφαρμόσατο.

A la letra: *goza de tus bienes como si dentro de poco hubieras de morir, y sé en tus gastos moderado, como si supieras que habias de tener una larga vida: que el que es sabio, teniendo presentes estas dos cosas, en el economizar y en el gastar guarda cierta medida.*

(1) Sobre estas palabras se formó sin duda un sentencioso epigrama, que se halla entre los de Luciano, sin que nadie pon-

nico, que quiero te sirva de exemplo para dirigir tu vida, teniendo por ley sus costumbres, y procurando ser un zeloso imitador de las virtudes de tu padre. Porque sería vergonzoso, que procurando los Pintores imitar en sus paises los animales mas perfectos, no procurasen tambien los hijos imitar á los mas perfectos de sus progenitores. Persuádete pues, que no hay Atleta que así deba estudiar en vencer á su contrario, como tú en igualar si puedes las virtuosas acciones de tu padre. Mas el llegar á esto es enteramente imposible, á quien no ha recibido muchos y saludables preceptos. Porque así como los cuerpos con el moderado trabajo crecen: así tambien acontece que las almas se robustecen con la buena doctrina. Por tanto haré lo posible por proponerte brevemente aquellas cosas, que han de acarrearte, á lo que yo entiendo, la sólida virtud, y la general estimacion de todos.

En primer lugar sé religioso para con los Dioses, no solo ofreciéndoles sacrificios, sino siendo tambien fiel en tus juramentos: porque aquello solo da á entender una gran abundancia de bienes; quando esto es señal de unas costumbres puras. Adora siempre á Dios; pero principalmente quando se le tributa el público culto, porque así manifestarás á un mismo tiempo que eres religio-

so, y que veneras las leyes.

Sé tal para con tus padres, quales desearás que sean para contigo tus hijos.

De los exercicios corporales toma no los que acrecientan las fuerzas, sino los que aprovechan para la salud: y esto lo alcanzarás, si te retiras del trabajo pudiendo todavía trabajar mas.

No apruebes la risa descompuesta, ni sea de tu gusto la plática libre, porque lo primero es de necios, y lo segundo de locos.

Ten por indignas de pronunciarse aquellas cosas, que no pueden hacerse sin vergüenza.

Acostúmbrate á componer tu semblante de modo que no sea ceñudo, pero sí sério; porque aquello te haría pasar plaza de vano, y esto te acreditará de juicioso.

Ten entendido, que á tí ahora te están principalmente bien la modestia, la vergüenza, la justicia y la templanza, porque estas son las virtudes que han de sobresalir en los jóvenes.

No hagas nada creyendo, que ha de quedar oculto: porque aun quando lo ocultes á los demas, no lo ocultarás á tu conciencia.

Teme á Dios, y honra á tus padres.

Venera á tus amigos, y obedece á las leyes.

Busca aquellos recreos, que te hayan de adquirir gloria: porque la diversion acompañada de la honestidad es excelente cosa; mas sin ella la peor de todas.

Guárdate de que te achaquen delitos aun quando sean falsos: porque los mas ignoran la verdad, y solo atienden á lo que se dice.

En qualquiera cosa que hagas, piensa que nadie ha de ignorarla, porque aun quando logres ocultarla al principio, al fin se vendrá á descubrir.

Lograrás ser grandemente estimado de todos si haces constar que no caes en aquellos defectos, que tú reprenderias en los demas.

Si tienes gusto en aprender, vendrás por fin á ser sabio.

Procura retener con el exercicio lo que ya sabes, y trabaja por saber lo que todavía ignoras: porque es igualmente vergonzoso el no aprender la sana doctrina que se oye, que el no recibir un beneficio, quando brinda con él algun amigo.

Dedica al estudio todo el tiempo libre que tengas: con eso aprenderás muy facilmente quanto con su trabajo han inventado los demas. Persuádete que los muchos preceptos y la mucha doctrina son muchísimo mejores, que la mucha hacienda; porque entre todos los bienes no hay otro que sea inmortal, sino la sabiduría.

No dificultes hacer un largo viage en busca de aquellos que prometen enseñar alguna cosa útil. Porque sería vergonzoso, que los mercaderes corriesen tantos mares por aumentar su hacienda, y los jóvenes dificultasen viajar por tierra, por exercitar y cultivar su ingenio.

Sé afable en tus modales, y urbano en tus palabras. La afabilidad se muestra en saludar á todos, y la urbanidad en hablarles con suavidad y dulzura. Pórtate benignamente con todos; pero trata solo con los mejores, porque de este modo evitarás las enemistades de los unos, y tendrás á los otros por amigos. No seas pesado en tus conversaciones con unos mismos sugetos, ó sobre unas mismas cosas, porque todo cansa.

Exercítate por tu gusto en el trabajo, para que puedas llevarle quando tengas que trabajar por fuerza.

Trabaja por dominar sobre aquellas cosas, de que sería vergüenza fueses dominado, como el interés, la ira, el deleite y el dolor. Esto lo conseguirás en quanto al interés, si solo cuentas por ganancia aquello que te da estimacion, y no aquello que aumenta tu caudal: en quanto á la ira, si eres tal para con los que te ofenden, quales deseas que sean para contigo aquellos á quienes has ofendido: en quanto á los placeres, si llegas á entender quan fuera de razon es,

que el mismo que domina á sus esclavos, sea esclavo de los deleites : y en quanto al dolor, si miras á los infortunios y desgracias de los demas, y te acuerdas de que naciste hombre.

Guarda aun con mas cuidado el secreto que te confiaren, que los bienes que te dieren en depósito : porque los hombres de bien han de dar á entender que su porte es de mas entereza y fé que el juramento.

Ten por cierto que tanto importa desconfiar del malo, como confiar en el bueno. Mas lo que es de callar nunca lo digas á nadie ; á nó que aquellos á quienes lo confias, tengan en callarlo tanto interés como tú mismo.

Presta el juramento, que te defirieren por estos dos motivos : por librarte á tí mismo de la nota de algun delito, ó sacar de peligro á tus amigos. Mas por intereses nunca jures el nombre de Dios, aun quando jures con verdad ; porque para unos pasarás plaza de perjuro, y para otros de avariento (1).

No admitas á nadie en tu amistad, sin que antes veas como se porta con sus primeros amigos : porque es de esperar que

(1) Excelente sentencia! y que nunca podrá inculcarse bastante en un tiempo en que los juramentos han caido en tanto vilipendio.

sea para contigo, qual fuere para con ellos.

Vete con tiento en contraer amistades; pero una vez contraidas, procura conservarlas: porque tan malo es no tener amigos, como andarlos mudando cada dia.

No quieras probar con perjuicio propio los amigos, ni te quedes tampoco sin experimentarlos. Esto lo conseguirás si no necesitándolos, fingieres que los necesitas; y si les comunicares, como secretas, cosas que no importará nada que se digan: porque aunque no te suceda como quieres, nada perderás, y si te saliere bien, habrás logrado conocerlos.

Probarás que tales son tus amigos, ya en las desgracias que trae esta vida, y ya tambien dándoles parte de los peligros en que te vieres: porque en el fuego probamos el oro; mas en las adversidades conocemos los amigos.

Entónces te portarás bien con tus amigos, quando no esperares á que te rueguen, y en la necesidad voluntariamente los sirvieres.

Ten por igualmente vergonzoso el que en las injurias te venzan tus enemigos (1),

(1) Para los Gentiles la venganza era una virtud: á nosotros otra Filosofia mas sublime nos ha enseñado que debemos amar á nuestros enemigos, y que lo que nos conviene es volver bien por mal.

que el ser de tus amigos vencido en los beneficios.

Recibe en tu amistad á aquellos que se duelan de tu desgracia, y no tengan envidia de tu fortuna: porque hay muchos que sienten, sí, los males de sus amigos, pero en la prosperidad les tienen envidia.

Haz memoria con aquellos amigos que tratares, de los amigos que tienes ausentes, para que así juzguen, que tampoco te olvidarás de ellos, quando se ausentaren.

Procura vestir con aseo, mas no con luxo: porque el aseo dará á entender, que eres magnífico, y el luxo que eres amigo de superfluidades.

No te complazcas en poseer gran copia de riquezas; sino en disfrutar de ellas con moderacion.

Mira con desprecio á los que se afanan en allegar bienes, y no tienen valor para usar de ellos. Porque á estos les sucede lo mismo, que al que tiene un arrogante caballo, y no sabe montarlo.

Procura que las riquezas te sean de utilidad y provecho. De utilidad son á quien sabe disfrutarlas, y de provecho á quien sabe hacer uso de ellas (1).

(1) Esta sentencia ha dado mucho que hacer á todos los traductores de Isócrates. En el original está así: Πειρῶ τὸν πλούτου χρήματα καὶ κτήματα κατασκευάζειν. ἔστι δὲ χρήματα μὲν, τοῖς απο-

Alégrate de tener hacienda por estas dos causas : por estar en estado de sufrir aunque sea una gran pérdida, y de ayudar á algun amigo, si se viere necesitado. Por lo demas, ámala moderadamente, y no con demasiada aficion. Conténtate pues, con lo que tuvieres, y aspira á otras cosas mejores.

No des á nadie en rostro con su miseria, porque en todos domina la fortuna, y nadie sabe lo que le puede suceder.

Haz bien á los buenos : porque es un apreciable tesoro el beneficio que se hace á un hombre de bien. Mas si haces bien á los malos, te sucederá lo que al que da pan á perros agenos : pues así como estos igualmente ladran á los que les echan, que á

λαύειν ἐπιζαμένοις· πτή-
ματα δὲ τοῖς χρῆσθαι δυνα-
μένοις. A la letra en romance : *Intenta conseguir que la riqueza te sea bienes y posesiones: bienes es para los que saben disfrutarla, y posesiones para los que pueden usar de ella.* Todos los anotadores recurren para su inteligencia á la distincion que hacen los Jurisconsultos entre usar y gozar, *uti et frui*, y con alusion á ella traduce así M. Auger: *Haz que las riquezas te sirvan no solo para las necesidades, sino tambien para las comodidades de la vida, y usa de ellas, no solo para vivir, sino para vivir con el esplendor conveniente.* Muy léjos están de esto las palabras de Isócrates ; pero no puedo menos de confesar que se fixa mas con ello el sentido de esta máxîma, que con qualquiera otra traduccion.

qualquiera otro ; así tambien los malos del mismo modo injurian á sus bienhechores, que á los que los tratan mal.

Debes aborrecer á los aduladores lo mismo que á los impostores : porque los unos y los otros causan igual perjuicio á quien los cree.

Si dieres lugar entre tus amigos á aquellos que sean para lo malo condescendientes contigo, no tendrás en tu vida quien quiera oponértese para conducirte á lo bueno.

Sé para con los que te tratan afable, y no arrrogante : porque la soberbia hinchazon apenas pueden sufrirla los esclavos; quando no hay quien no tenga mucho gusto en el trato benigno y afable. Mas para que tengas esta afabilidad y buen trato, deberás no ser amigo de disputas, ni terco, ni de los que á todo contradicen, ni oponerte con aspereza á la ira de los que te hablan, aun quando se enfaden sin razon : sino que has de ceder mientras les dura el enojo, y reprehenderlos quando ya se hayan calmado. Ni has de ser serio y grave quando se trate de risas y diversiones, ni tampoco ridículo y juglar en las cosas serias : porque siempre lo intempestivo enfada. No has de ser tampoco ingratamente agradecido (1), como lo

(1) Quise traducir así por acomodarme mas á la letra, y conservar del modo posible la parono-

hacen muchos, que sirven, sí, á sus amigos, pero manifiestan hacerlo de mala gana: nó de los que á todo se quejan, porque es molesto; ni de los que todo lo censuran, porque causa enfado.

Guárdate sobre todo de los convites y comilonas; mas si te fuere preciso el hallarte en alguna, levántate antes que te venza el vino; pues si el vino llega á turbar la razon, serás como aquel carro de que ha caido el carretero. Porque este por no tener quien lo rija, es ciega y temerariamente arrastrado, y el ánimo, trastornada la razon, es llevado á mil excesos.

Ten presente que has de ser inmortal, para que seas magnífico, y que eres mortal, para que seas magnífico, y que eres mortal, para que seas magnífico, y que eres m

tal, para que uses moderadamente de tu hacienda (1).

Para que conozcas quanto se aventaja la instruccion á la ignorancia, no tienes mas que atender á que todos, de las demas cosas malas que hacen, sacan alguna utilidad, quando de la ignorancia solo pueden sacar daño sobre daño los que en ella viven. Porque muchas veces les sucede que si han agraviado á alguno de palabra, le pagan bien cara en obras la injuria que le han hecho.

Si quieres grangearte la amistad de algunos, habla bien de ellos con los que conozcas que han de ir á decírselo: porque por la alabanza empieza la amistad, como el ódio y enemistad por la detraccion.

Quando consultes sobre alguna cosa, séate lo pasado exemplo de lo por venir. Porque de lo que nos es manifiesto, es facil inferir lo que nos es desconocido. Sé, sí, en el deliberar tardo; pero pon prontamente por obra lo que ya has resuelto. Ten por cierto que de Dios no podemos esperar co-

(1) Debe aclararse un poco esta sentencia. El que piense en la inmortalidad del nombre, de que aquí habla Isócrates, cómo no emprenderá cosas grandes, teniendo en poco los bienes perecederos? pero tambien si se vuelve alguna vez á mirar la condicion de los mortales, se humillará un poco, y tendrá á raya aquellos altos deseos, temiendo verse en la miseria.

sa mejor que la buena dicha, ni mejor beneficio de nosotros mismos que el acertado consejo. Si tienes vergüenza en descubrir alguna cosa, y quieres sin embargo comunicarla con algun amigo, trátala como si hablaras de otra muy diferente: porque así sabrás su modo de pensar, y quedarás siempre encubierto.

Quando en tus cosas quieras aconsejarte de alguno, mira antes como se porta en las suyas: porque quien en las cosas propias no tiene acierto, mal podrá aconsejar bien en las agenas.

No podrás menos de ser inclinado á tomar consejo, si miras á los males que la falta de él y la temeridad acarrean. Porque de la salud entónces cuidamos más, quando nos acordamos de los dolores que consigo trae la enfermedad.

Imita las costumbres de los Reyes, y sigue sus inclinaciones, porque parecerá que merecen tu aprobacion, y que te los propones por exemplo: y así lograrás ser tenido en mas del pueblo, y acrecentar y confirmar la gracia en que estés con ellos.

Obedece, sí, las leyes establecidas por el Soberano; mas ten sus costumbres por la ley mas valedera: pues así como al que vive baxo el gobierno popular le importa congraciarse con la muchedumbre, del mismo modo le conviene admirar y venerar al

Rey al que vive en una Monarquía.

Si lograres algun puesto, no te valgas para su desempeño de ningun hombre ruin, porque quanto malo él hiciere, á tí te se ha de imputar.

Sal de los cargos públicos mas honrado; pero no mas rico: que la alabanza del pueblo vale mas que todos los haberes.

No te mezcles ni tomes parte en ningun negocio malo: porque han de pensar que estás acostumbrado á hacer aquello mismo, á que con tu favor y ayuda contribuyes quando lo hacen otros.

Haz por ponerte en estado de poder mas que los otros, y vive sin embargo en igualdad con ellos, y así creerán que eres inclinado á la justicia, nó por debilidad, sino por la equidad misma.

Prefiere una pobreza acompañada de justicia á todas las riquezas iniquamente habidas: porque la justicia es tanto mejor que la hacienda, quanto esta solo aprovecha al hombre mientras vive, y aquella aun despues de muerto le acarrea gloria: de la una sucede que participan aun los malos, y la otra de ningun modo pueden alcanzarla.

No quieras nunca seguir el exemplo de aquellos que injustamente han hecho caudal; antes ten en mas á los que han sufrido por la justicia algunos infortunios, porque aun quando los justos no sean en ninguna otra

cosa superiores á los injustos, por lo menos les hacen mucha ventaja en las buenas esperanzas que alimentan.

Ten, sí, cuidado de todas las cosas que son útiles para la vida; pero cuida principalmente de exercitar el ingenio: porque lo máxîmo en lo mínimo es la recta razon en el cuerpo del hombre.

Trata de ser en quanto al cuerpo amigo del trabajo, y amante de la sabiduría en quanto al alma: así podrás con el uno executar lo que te pareciere, y con la otra conocer qué es lo que te conviene.

Si has de decir alguna cosa, considérala primero en tu mente, porque en muchos la lengua se adelanta á la reflexîon.

Solo en estas dos ocasiones has de hablar: quando sepas de fijo lo que vas á decir, y quando no lo puedas excusar; porque en solas ellas es mejor la plática que el silencio; pero en todas las demas mejor es el callar que no el hablar (1).

Ten presente, que en las cosas humanas nada hay estable y duradero; con eso ni en las prosperidades te alegrarás inmoderadamente, ni te afligirás con exceso en las desgracias.

Alégrate quando te favorezca la fortu-

(1) Esta sentencia que comunmente se pone despues de la que se sigue, dice M. Auger que debe estar en este lugar, en lo que convengo con él.

na, y siente moderadamente tus desgracias; pero no manifiestes á los demas ni lo uno ni lo otro: porque es muy extraño que procuremos con la mayor diligencia ocultar en nuestras casas nuestra hacienda, y al mismo tiempo llevemos al descubierto el pensamiento.

Guárdate con mas cuidado de una mala nota que de qualquier peligro: porque los malos deberán temer la muerte; pero los buenos el vivir en la deshonra.

Pon el mayor cuidado en vivir en seguridad; mas si te sucediere verte en peligro, procura salir de la guerra con honra y con gloria, y no con afrenta é ignominia: porque la suerte á todos nos ha condenado á morir; mas el morir con honor ha querido la naturaleza que solo sea de los varones excelentes.

Ni te maravilles de que muchas de las cosas que llevo dichas no puedan ahora serte de provecho por razon de tu edad: que á mí tampoco se me oculta; sino que me propuse, ya manifestarte lo que al presente puede serte útil, y ya tambien anunciarte qué es lo que deberás hacer quando estés en la edad mas adelantado. Porque el conocer qué uso deberás hacer de estos preceptos, te ha de ser muy facil; quando no sin gran dificultad hallarás quien con cariño te aconseje. Así para que no andubieses buscando

en otra parte los avisos que echases menos; sino que recurrieses aquí por ellos como á un comun fondo, creí que nada debia omitir de quanto tenia que prevenirte. Y daré á Dios muchas gracias, si veo que no me he engañado en la opinion y esperanza que de tí tengo. Porque vemos que la mayor parte de los hombres, así como en los manjares gustan mas de los que son mas sabrosos, que no de los que son mas saludables; así tambien de entre los amigos tratan mas con los que los llevan al mal, que no con los que los amonestan y aconsejan. Pero yo creo que contigo sucederá muy al revés: lo que colijo de la aficion que has mostrado al trabajo en los demas ramos de tu educacion. Porque es muy regular que quien de suyo se ha propuesto siempre lo mejor, estime á aquellos que le exhorten á la virtud. Pero con mas ardor te excitarás á obrar bien y noblemente, si advirtieres que son los mas generosos y nobles los placeres que de ello nos resultan. Porque los que se divierten y entregan al regalo perciben ya el deleite mezclado con dolor; mas los que trabajan por alcanzar la virtud, y ordenan sabiamente su vida, gustan un deleite mucho mas puro y duradero: que allí aunque al principio hay algun gusto, despues todo es amargura, quando aquí desaparece luego el trabajo, y quedan el deleite y el regalo.

Y en todas las cosas no dura tanto la memoria del principio como la del gusto ó disgusto que causan en el fin. Porque las mas de las obras en que entendemos en la vida, no las emprendemos por ellas mismas; sino por aquello que á ellas se ha de seguir. Reflexîona tambien, que á los hombres vulgares qualquiera cosa les está bien, (porque esta es la especie de vida que desde luego se proponen) pero que los nobles y principales, ó no han de abandonar la virtud, ó han de tener infinitos que los censuren y reprendan. Porque todos aborrecen no tanto á los que delinquen, como á aquellos, que queriendo ser tenidos por virtuosos, en nada se distinguen del comun de los hombres: y con razon; pues si abominamos de los que mienten solo de palabra, cómo no tendremos con mas motivo por abominables á los que no se portan en toda su vida como quien son? Y así podremos decir que los tales no solo pecan contra sí mismos, sino que hacen tambien traicion á la fortuna; pues habiéndoles esta puesto en las manos hacienda, honra y amigos, se muestran indignos de tanta felicidad. Y si puede un mortal ponerse á investigar los decretos de los Dioses, creo que estos han dado á entender, con los suyos mismos principalmente, de quan distinto modo miran á los malos que á los buenos. Porque Júpiter siendo

padre de Hércules y de Tántalo (como lo aseguran las fábulas, y todos creen) al uno por su virtud le hizo inmortal, y al otro por su maldad lo atormentó con gravísimos suplicios. Conviene pues, teniendo presentes estos exemplos anhelar por la virtud, y no contentándose con estas admoniciones aprender los mejores preceptos de los Poétas, y leer quanto de útil y provechoso han escrito los demas sabios. Pues así como vemos que las avejas, asentándose sobre todas las flores, de cada una sacan lo que hallan útil en ella; así tambien conviene, que los que apetecen ser bien educados nada dexen por registrar, y vayan recogiendo por todas partes quanto encuentren útil; porque aun con todo este cuidado apenas podremos vencer la mala inclinacion de nuestra naturaleza.

ORACION SEGUNDA

DE LAS ADMONITORIAS DE ISÓCRATES:

SOBRE EL MODO DE REYNAR,

Á NICOCLES.

ARGUMENTO.

Como la primera Oracion comprendió aquellos preceptos que son útiles en general á todos los jóvenes, así comprende tambien la presente algunas generales advertencias sobre el mejor modo de regir y gobernar la muchedumbre. Porque se reduce á enseñar, por medio de provechosísimas admoniciones, á Nicocles, hijo de Evágoras, que reynaba en Salamina de Chipre, de que modo había de gobernar humana y felizmente su Reyno. Algunos preceptos se verá que son tomados de la antecedente admonicion, bien que concebidos de diversa manera, y con otras palabras. Y tambien aquí se encuentran otros que con mudar una ú otra expresion podrian igualmente servir para los particulares. Pero acaso será mejor tomar el argumento de este mismo Maestro de la Oratoria en su oracion de la permuta. *Las palabras que de ella aquí pertenecen son estas:*

De las otras dos Oraciones ya habeis oido alguna parte: ahora quiero referiros tambien un poco de la tercera, para que así conozcais mejor que todas mis oraciones tienen por blanco la virtud y la justicia. Esta, *de que voy á hablaros, se reduce à aconsejar á* Nicocles, *que á la sazon reynaba en* Chipre, *como habia de gobernar su pueblo. Y no está escrita como las antecedentes, en que siempre tiene relacion lo que se dice con lo que se ha propuesto antes, y está enlazado con ello; sino que aquí es muy al revés: porque separando y desuniendo los preceptos unos de otros, y haciendo de ellos como diversos capítulos, procuro explicar en pocas palabras lo que quiero prevenir.* El *motivo que tuve para tratar este argumento, fué el creer que con mis amonestaciones podria dirigir útilmente su razon, y hacer patente mi modo de pensar. Y aun por esta misma causa me he propuesto el hablaros ahora de ella, no porque de mis oraciones sea la que está mejor escrita; sino para que os dé mejor á entender como he acostumbrado yo á portarme en el trato con los particulares y con los poderosos. Así vereis que le hablo con libertad, y como corresponde á un ciudadano de Atenas, y que no me mueven su riqueza, ó su poder; sino que hago la causa de los vasallos, y fijo, en quanto puedo, la mas benigna especie de gobierno. Y si hablando con un Rey me pongo de parte del pueblo, quánto mas exhortaria á los que viviesen baxo*

un gobierno popular, á mirar con respeto la muchedumbre? En el proemio pues, y primera parte de la Oracion reprendo á los Reyes, porque debiendo exercitar y cultivar su ingenio mas que ninguno de los particulares, son sin embargo los que estan peor educados. Despues de tratado esto advierto y prevengo á Nicocles, que no se dé al regalo, y que no viva descuidado, como si hubiera entrado á ser un Sacerdote, y no un Rey; sino que antes bien dando de mano á las diversiones y deleites se aplique y entregue á los negocios. Y tambien me propongo persuadirle, que debe tenerse por cosa impropia y vergonzosa el que suceda que los peores dominen sobre los mejores, y que los ignorantes gobiernen á los sabios, haciéndole presente, que quanto con mayor desprecio mirase la ignorancia de los demas, tanto mas se excitaria á cultivar su ingenio.

Así Isócrates. Ahora, en quanto al método y division de esta Oracion sucede lo mismo que con la anterior y la que se sigue. Porque se divide en proemio, explicacion de los preceptos y epílogo, teniendo varias exhortaciones mezcladas entre las mismas advertencias. La primera pues, trató de la vida privada, y esta y la que se sigue del Reyno ó Monarquía: mas con la diferencia de que esta muestra al Rey que es lo que le toca, y la siguiente que es lo que toca á los vasallos.

ORACION.

Los que acostumbran, ó Nicocles, á regalaros á los Reyes ó vestidos, ó muebles de metal y oro, ó algunas otras alhajas de esta especie, que ellos han menester, y os sobran á vosotros: me parece que dan bien claramente á entender, que no regalan, sino que venden, y esto con mucha mas astucia y maña que aquellos que publica y expresamente comercian. Mas yo he creido que te haria el mejor presente, el mas útil, y el que mejor nos estuviese á mí el darlo, y á tí el recibirlo, si acertase á señalarte las cosas que debes apetecer, y las obras de que has de abstenerte, para que tu ciudad y reyno estén bien gobernados. Porque á los particulares hay muchas cosas que los instruyan y dirijan; y en primer lugar el no poderse entregar al regalo, sino antes bien verse precisados á ganar de comer con sudor y afan todos los dias (1): despues

(1) Un Filósofo tan juicioso como Isócrates no podia menos de ver en la ocupacion y trabajo diarios uno de los mas poderosos motivos para tener una vida arreglada y exênta de delitos. Lo que ha corrompido nuestras costumbres ha sido el haber entre nosotros una porcion tan grande de ciudadanos que, sin la precision de emplearse en algun honesto y moderado trabajo, tiene con que mantenerse y con que satisfacer un in-

de esto las leyes á que cada uno tiene que acomodarse en su pueblo: ademas la libertad en que estan los amigos de afearse mútuamente sus faltas, y los enemigos de hablar públicamente de ellas y exâgerarlas: y últimamente algunos Poétas antiguos que han dexado saludables preceptos acerca del modo de ordenar la vida; todas las quales cosas pueden servirles de un poderoso motivo para mejorar sus costumbres; pero los Reyes nada de esto tienen: antes aquellos cuya educacion es de mayor importancia, luego que ascienden al Imperio, carecen de quien los instruya. Porque la mayor parte de sus súbditos no los tratan; y aquellos pocos que se les acercan, en quanto les hablan se acomodan á su gusto. Y así con poseer tantos bienes, y estar á la frente de tantos negocios, por no saber valerse de tan buenas proporciones, han dado motivo á que muchos duden de qual es mas apetecible, la vida de un particular, pero que sabe ordenarla bien (1), ó la de un Monar-

menso número de deseos que produce la misma ociosidad. De aquí el funesto error de tener por viles y despreciables á los trabajadores y á todos quantos no pueden vivir en las mismas delicias; y de aquí luego quantos delitos pueden imaginarse. Pero este no es lugar oportuno para filosofar sobre este desarreglo.

(1) Puede traducirse así este inciso, y puede decirse tambien: *Pero que goza de una medianía,*

ca. Porque quando miran á las honras, á la opulencia y al poder, tienen á los que ocupan el trono por semejantes á los Dioses: mas despues que consideran sus temores y peligros, y recorriendo su memoria ven á unos muertos á manos de quienes menos debia esperarse, á otros precisados á delinquir contra los suyos propios, y que á algunos les ha sucedido lo uno y lo otro, vuelven de nuevo á tener por cierto que vale mas vivir de qualquier modo, que entre tantos afanes dominar á toda el Asia. Y la causa de esta confusion y desórden es el que comunmente se piensa que el gobierno de un reyno, así como el Sacerdocio (1), es obra de qualquiera; quando es el mayor de todos los negocios humanos, y el que pide mayor inteligencia. El aconsejar pues, particularmente en cada uno de los casos que ocurrieren, de qué modo se gobernará mejor el reyno, cómo se procurarán los bienes, y se evitarán los males, es privativo de los que continuamente pisan el palacio: mas

porque πράττω significa, ademas de hacer ú obrar, el gozar de buena ó mala suerte, segun el adverbio que se le junte.

(1) Nadie podrá dudar que aquí habla Isócrates de los Sacerdotes de los ridículos Dioses de la Gentilidad, cuyo ministerio no requeria mas que un brazo robusto para degollar las víctimas. El de los nuestros, si han de desempeñarle como corresponde, quántas buenas calidades no apetece?

quales deben ser en general los cuidados de un Monarca, y qué es á lo que principalmente ha de atender, esto es lo que yo voy ahora á declarar. Mas si este don despues de llevado á su fin corresponderá á la grandeza del asunto, es cosa que desde tan á los principios no puede facilmente conocerse. Porque muchas obras en verso y prosa, que quando exîstian en la mente de sus Autores dieron motivo á grandes esperanzas, despues de trabajadas y dadas á la luz pública vinieron á tener una estimacion muy inferior á la que antes se les atribuía. Mas sin embargo el mismo intento de investigar lo que hasta ahora no se ha observado, y dar leyes para el gobierno de los reynos, me parece que es digno de sumo aprecio: porque los que instruyen á los particulares, solo son útiles á estos; mas si alguno llevase por el camino de la virtud á los que rigen los pueblos, haria un importante servicio á los unos y á los otros, á los que exercen autoridad, y á los que á ella estan sujetos: á aquellos, porque su imperio sería mas seguro y duradero; y á estos, porque les procuraria el vivir baxo un gobierno mas benigno.

Lo primero pues, que se ha de considerar, es qual viene á ser el oficio y cargo de los Reyes: porque conocido esto, que es lo principal y como fundamento, nos

será despues facil, teniéndolo presente, el tratar de quanto pertenezca al mismo asunto. Y yo creo que no ha de haber quien no convenga, en que lo que les incumbe es librar de males á su pueblo, conservarlo en el bien, y hacerlo grande de pequeño. Porque quanto exîjan despues cada dia las particulares circunstancias precisamente ha de hacerse con relacion á alguna de estas cosas. Y así es bien claro, que los que para esto tengan autoridad, y los que hayan de darles consejo, no deben de ningun modo vivir en ócio y regalo; sino antes bien trabajar por exceder y aventajarse en prudencia á los demas: pues es indubitable que ha de ser tal su gobierno, qual fuere su modo de pensar: y por lo mismo no hay Atleta que así deba exercitar su cuerpo, como deben exercitar su ingenio aquellos que gobiernan. Pues entre todos los públicos juegos (1) no proponen ni aun una pequeña parte de aquellos premios por que todos los dias contendeis vosotros. Teniéndolos pues presentes, será bien que cuides de aventajarte tanto á los demas en las virtudes, quanto en la autoridad y honra les eres superior. Y nunca creas que la industria y cuidado

(1) Alude aquí Isócrates á los solemnes juegos de la Grecia, y á los premios con que eran en ellos honrados los vencedores. Quales fuesen estos juegos, apenas habrá quien lo ignore.

pueden, sí, ser útiles en otras cosas, mas que de nada pueden servir para hacernos mas virtuosos y prudentes: ni quieras reducir á tanta infelicidad el género humano, que hayamos de haber inventado artes para mitigar y amansar los ánimos de las fieras, y no hayamos de poder servirnos unos á otros para alcanzar la virtud (1): persuádete por el contrario á que pueden el cuidado y el estudio servir de mucho bien á nuestras almas. Así este sea tu modo de pensar: De los tuyos procura tratar á los de mayor prudencia, y de los extraños atrae y llama á quantos puedas: y cree que no debes quedarte sin conocer á los Poétas de algun nombre y á los demas sabios; antes escucha á aquellos, y sé discípulo de estos: y ordena tu conducta de modo que seas juez de los pequeños, y emulador de los mayores, y así serás tal dentro de poco, qual hemos sentado que debe ser el que ha de reynar bien y gobernar su pueblo como conviene. A todo lo qual te animarás mas á tí

(1) No parece sino que tomó de aquí Cicerón la expresion arrogante, con que sienta, no poder menos de ser una Arte aquella que enseña á vivir bien y felizmente, y muestra el camino de la constancia y la virtud. Estas son sus palabras: *Nullam vero dicere maximarum rerum artem esse, quum minimarum sine arte nulla sit, hominum est parum considerate loquentium et in maximis rebus errantium.* Lib. 2. de Off. c. 2.

mismo, si reflexîonares quan extraño ha de parecer que los peores dominen á los mejores, y los mas necios den la ley á los mas sabios. Porque con quanto mayor desprecio mirares en los otros la ignorancia, tanto mas trabajarás por exercitar tu ingenio; que es por donde han de empezar los que quieran cumplir con lo que es de su obligacion. Pero ademas de esto deberá el que ha de reynar tener mucho amor á los hombres, y á su pueblo; porque nadie podrá regir bien ni caballos, ni perros, ni hombres, ni ninguna otra especie, si no se complace en aquellas cosas que han de ponerse á su cuidado. Cuida pues, de la muchedumbre, y haz quanto puedas, porque viva gustosa en tu dominacion: teniendo entendido que de las oligarchîas, y de todas las demas especies de gobierno, aquellas son mas duraderas, que mas se acomodan con el gusto del pueblo. Y así entónces imperarás bien, quando refrenares á la muchedumbre, para que no cometa excesos, y cuidares al mismo tíempo de que nadie la ultraje; y antes pusieres la mira en que á los empleos asciendan los mejores, y los demas queden á cubierto de toda injuria (1). Porque estos son

(1) No pueden darse mejores principios de Legislacion! ¡Asi hubieran mirado siempre los Legisladores á los hombres con la veneracion que los miraba Isócrates!

los primeros y mas ciertos elementos de un buen gobierno. Revoca y corrige los edictos y establecimientos viciosos, y haz por inventar otros mejores: y si esto no pudieres, imita los que halles útiles en los otros pueblos. Las leyes que dieres sean generalmente equitativas y útiles, y conformes entre sí; y tales ademas que dén lugar á pocos pleitos, y aun en estos procuren en lo posible entre los ciudadanos una pronta composicion: calidades todas que deben concurrir en las leyes bien establecidas. Cuida de que los ciudadanos tengan utilidad en los negocios, y de que los pleitos á nadie traigan sino daño (1), para que así todos hu-

(1) Aquí indica sin duda la pena de los temerarios litigantes que rara ó ninguna vez debia dexarse de imponer; y mira ademas á que no haya en una República bien ordenada ninguna especie de gentes que se mantenga á costa de los miserables litigantes. Wolfio llama en este lugar con mucha sal á los pleitos la cosecha de los Causídicos quando dice: πραγματικὴ *hic promesse Caussidicorum, et rabularum aucupiis forensibus accipiuntur*. Quántos no se mantienen entre nosotros de esta cosecha! Y no será esta una de las causas de tantos y tan interminables litigios? Tácito por lo menos en el libro undécimo de sus Anales pone en boca de Silio estas palabras, dignas por cierto de toda atencion: „Creyeron, dice, los antiguos que el mejor premio de la eloqüencia „era el nombre y fama „en las edades venideras: porque de otro mo-

yan de litigar, y miren el trabajo con inclinacion. Quando juzgares las causas de tus súbditos, guárdate de querer gratificar á nadie con tus sentencias, y de que estas sean contrarias entre sí; sino que siempre, en siendo las causas las mismas, has de determinar del mismo modo. Porque conviene y es razon que sea tambien inmutable el modo de pensar de los Reyes acerca de lo justo, de la misma suerte que las leyes bien establecidas. Gobierna tu ciudad, como podrias la casa de tu padre, teniendo un aparato

„do la Reyna de las „buenas Artes se contaminaria confundiéndose con los oficios mas „humildes y vergonzosos: ni sería de esperar que quedase incorrupta la fidelidad, si se „bubiera de atender á „la cantidad de la ganancia: y ademas, si „los Abogados defendiesen las causas sin interés ninguno, sin duda „serian muchas menos: „ahora vemos que se fomentan las enemistades, las acusaciones, „los ódios y las injurias, „para que como la abundancia de las enfermedades da que ganar á „los Médicos; así tambien la peste del foro „dé su rédito á los Abogados.“ *Veteres, ait, famam in posteros praemia eloquentiae cogitavisse pulcherrima: alioquin et bonarum artium, principem sordidis ministeriis foedari: nec fidem integram manere ubi magnitudo quaestuum spectetur: quod si in nullius mercedem negotia tueantur, paciora fore: nunc inimicitias, accusationes, odia et injurias foveri, ut quomodo vis morborum pretia medentibus, sic fori tabes pecuniam advocatis ferat.*

brillante, y propiamente regio, y viviendo en lo demas con mucha cuenta y razon, para que así logres ser tenido en mucho, y estar sobrado al mismo tiempo. No ostentes tu magnificencia en ninguna de aquellas cosas ricas que luego desaparecen; sino en lo que va dicho, y en poseer preciosas alhajas, y en hacer bien á los amigos. Porque lo que en todo esto se gasta, queda todavía en tu poder, y en ello mismo dexas á tus sucesores mejor herencia, que si les dexaras aquello que te costó. En quanto á la religion para con los Dioses haz como tus padres te enseñaron: pero ten por cierto que será para ellos el mas grato sacrificio y el mejor culto, el que te muestres amante de lo recto y de lo justo. Porque es mas de esperar, que los que son tales alcancen de los Dioses algunos bienes, que no los que les sacrifican muchas víctimas. Da los primeros empleos á los tuyos; pero los mejores y que son verdaderamente tales, á los que mas te estimen. Cree que la mas segura guarda de tu cuerpo será la virtud de tus amigos, el amor del pueblo, y tu propia prudencia. Porque estas son las cosas con que principalmente podrá qualquiera adquirir el imperio y conservarlo. Vela sobre el modo que tiene cada uno de regir su casa, y haz cuenta que los que desperdician, gastan de tuyo, y que los que trabajan, au-

mentan tu patrimonio. Porque todo quanto poseen los que habitan la ciudad, es propio de los que la gobiernan con acierto. Da toda tu vida á entender que tienes en tanto la verdad, que en tí la palabra sola es de mas peso, que en los otros el juramento. Haz que en tu pueblo gocen de seguridad todos los extrangeros, y que hallen equidad en los contratos: y de los que á él viajaren recibe con mas gusto, no á los que te traxeren presentes, sino á los que vengan á pedirte favor: porque recibiendo bien á estos, lograrás ser bien quisto para con todos los demas. No permitas que vivan en el temor tus ciudadanos, ni quieras hacerte formidable á los que en nada han delinquido. Porque del mismo modo que tú mirares al pueblo, de ese mismo el pueblo te habrá de mirar á tí. Nunca hagas nada airado; pero da á entender que lo estás, quando lo pidieren las circunstancias. Acredítate de terrible con poner el mayor cuidado en no ignorar nada de quanto pasa: y de benigno con mitigar las penas de los que han delinquido. Haz de Rey, no con la severidad, ni con los crueles castigos, sino con aventajarte á todos en prudencia, y hacerles creer que cuidas mas de su bien, que ellos mismos. Acredítente de guerrero la ciencia militar, y las prevenciones bélicas: mas de pacífico el no apetecer nunca mas

que lo justo. Mira á las pequeñas Repúblicas como tú querrías que te mirasen las mayores. No por qualquiera cosa muevas guerra ; sino por solas aquellas que saliendo vencedor, te hayan de acarrear utilidad. Ten por despreciables , no á los que se dexan sojuzgar por su provecho ; sino á los que aspiran á ser superiores aun con su propio daño. Reputa por magnánimos no á los que emprenden cosas mayores que aquellas á que sus fuerzas alcanzan ; sino á los que se contentan con cosas mediocres , y pueden salir con quanto emprenden (1). Ten envidia , no á los que tienen un gran imperio ; sino á los que gobiernan bien el que les ha cabido : y persuádete á que serás absolutamente feliz , no si dominares á todos los hombres entre recelos y peligros; mas si siendo el que debes , y portándote como al presente , aspirares solo á una mediania , y esta nunca te faltare. Admite á tu amistad no á todos los que quieran ; sino á los que congenien contigo : ni tampoco á aquellos con quienes hayas de vivir

(1) Con razon se quejarian de la naturaleza los humildes, si hubiera algunas virtudes en que, por serlo , no pudieran tener parte. Mas no: todas las virtudes son de todos , y cada uno puede y debe practicarlas segun sus fuerzas. En estando pronto y apareja-do para hacer esto, tan magnánimo es el pobre como el rico , y el humilde como el magnate.

divertido ; sino á los que te hayan de servir para gobernar bien tu reyno. Exâmina y prueba con la mayor diligencia á los que quieran andar á tu lado ; porque los que no logren tratarte , te juzgarán tal , quales, fueren aquellos que vieren contigo. Para ver quales has de destinar á los negocios que no puedes evaquar por tí , ten presente que tú has de ser la causa de quanto hicieren. Cree que te son fieles , no los que alaban quanto dices y haces ; sino los que si cometes alguna falta , te la reprenden. Permite que te hablen libremente los hombres de juicio, y con eso si en algun asunto dudas , tendrás quien contigo delibere. Cuida de distinguir los que te adulan con arte , de los que por inclinacion y cariño te sirven : no sea que los malos se vean mas premiados que los buenos. Presta oidos á lo que hablen unos de otros , y procura informarte de quales y quienes son , tanto aquellos que hablan , como aquellos de quienes hablan. Da á los calumniadores el mismo castigo, que darias al calumniado , si hubiera delinquido. No domines menos sobre tí mismo , que sobre los demas , y cree que no hay cosa mas digna de un Rey , que el no ser esclavo de ningun deleite , y tener mas á raya sus deseos , que sus súbditos. No trabes amistad ninguna sin reparo y sin exâmen : antes acostúmbrate á no tener gusto

sino en aquellas conversaciones, de que tú hayas de salir aprovechado, y hayan de creerlo así tambien los demas. No quieras vanagloriarte de aquellas cosas que pueden practicar tambien los malos; y de nada estés satisfecho sino de sola la virtud, en la que no pueden nunca los malos tener parte. Persuádete á que las verdaderas honras no son las que por miedo se tributan en público; sino quando los súbditos unos con otros admiraren mas tu prudencia, que tu dignidad y fortuna. Escóndete, si alguna vez te sucede el complacerte en lo malo; pero ponte á la vista de todos, quando pienses en cosas grandes. No creas que deben los demas vivir arregladamente, y que les es á los Reyes lícito el desórden: por el contrario haz que sirva á los demas de exemplo tu prudencia, teniendo por cierto que las costumbres de los que dominan son la norma de todo el pueblo. Ten esta por la mas cierta señal de que gobiernas bien, si vieres que tus súbditos prosperan, y son mas prudentes por tu disposicion y cuidado. Cree que vale mas dexar estimacion y honra á tus hijos, que dexarles mucha hacienda: porque esta es perecedera; y aquella inmortal: con la buena opinion pueden adquirirse las riquezas; pero nunca con las riquezas puede comprarse la buena opinion: aquellas las disfrutan tambien los malos; y esta nunca

pueden adquirirla sino los varones excelentes. Sé delicado en el vestir y en todo el adorno de tu persona ; pero varonil en las demas cosas , como conviene que lo sean los Reyes : para que los que solo te vean, por la presencia te tengan por digno del imperio ; y los que te traten , convengan con ellos, conociendo tu virtud y talento. Reflexîona siempre quanto hayas de decir ó hacer , para que caigas en los menos defectos que puedas. Lo mejor es en todas las cosas dar en el punto de perfeccion ; pero como esto con dificultad se conoce , mas valdrá que peques por falta , que no por demasía ; porque la medianía mas parece que consiste en defecto , que en exceso (1). Procura ser urbano y grave ; que esto está bien á los Reyes , y aquello conduce para el trato. Pero el unir estas cosas es la obra mas ardua de todas ; porque verás por lo comun que los que afectan gravedad , son tibios é insípidos ; y que no suelen hacerse respetar los que quieren parecer urbanos. Convendrá pues , que tengas de lo uno y de lo otro , y que evites lo malo que acarrea de por sí cada una de estas cosas. Si quieres saber bien qualquiera de aquellas cosas cuyo conocimiento es de importancia á los Reyes,

(1) En Política debe tenerse por un infalible axîoma , que mas se peca por mandar mucho, que no por mandar poco.

sírvete para ello de la experiencia y de la Filosofia : porque el filosofar te mostrará el camino , y el exercitarte en los negocios te facilitará la buena expedicion de ellos. Considera qué es lo que suelen hacer los Reyes y los particulares , y qué es lo que suele acontecer á los unos y á los otros ; porque si tuvieres presente lo pasado, con mas acierto juzgaras de lo por venir. Ten por vergonzoso , que haya particulares que se expongan á la muerte por ser alabados despues de ella , y que no tengan valor los Reyes para emprender aquellas cosas que durante su vida les han de adquirir estimacion. Dexa para memoria , no la imagen de tu cuerpo ; sino la imagen de tu virtud (1). Procura principalmente el vivir en seguridad tú y tu pueblo, mas si no has podido evitar el verte en peligro , prefiere el morir con gloria , al vivir con ignominia. En todas tus acciones ten presente que eres Rey , y cuida de no hacer nada, que pueda desdecir de esta dignidad. No permitas que toda tu natura-

(1) Ni las estatuas , ni los retratos, aunque sean de la mejor mano que es á lo que se debe por lo comun su conservacion, pueden durar mas que un corto tiempo ; pero la memoria de las acciones que acarrean á los súbditos verdaderos y sólidos bienes, no hay que hacer , en los escritos y en los elogios que les tributarán las almas agradecidas y sensibles , se conservará para siempre.

leza se disuelva á un tiempo ; antes habiéndotese dado un cuerpo caduco y una alma inmortal , trabaja por dexar de tu alma una memoria perpetua y sempiterna. Pon cuidado en hablar siempre de acciones grandes , para que te acostumbres á proponerte en tu ánimo otras semejantes. Pon por obra al punto aquellas cosas , que al corsiderarlas te parecieren excelentes. Imita las acciones de aquellos , cuya gloria envidias. Lo que aconsejes á tus hijos no tengas dificultad en observarlo tú mismo. Aprovéchate de estos avisos , ó busca otros mejores. Ten por sabios , no á los que disputan facilmente sobre las cosas mas pequeñas ; sino á los que hablan con acierto de las cosas grandes : ni á los que andan prometiendo á los demas que los harán felices , viviendo ellos en la mayor miseria ; sino á los que hablan moderadamente de sí mismos, pudiendo tomar parte en los negocios y presentarse entre los hombres , y no se alteran en las vicisitudes que trae la vida ; sino que saben llevar con moderacion y con igualdad de ánimo tanto la adversa como la próspera fortuna.

Y no te admires porque tú ya sepas muchos de los preceptos que he propuesto, lo que á mí tampoco se me oculta : antes sé muy bien que , siendo tan crecido el número ya de los particulares y ya de los

destinados al gobierno, es indispensable que unos hayan tocado parte de estas admoniciones, otros las hayan oido, muchos las hayan visto practicar, y aun algunos las hayan practicado por sí mismos. Pero en estas oraciones en que se dan avisos acerca del modo de gobernarse, no se ha de buscar la novedad, ni es de esperar el hallar en ellas cosa ó extraña, ó nueva, ó que se aparte del comun modo de pensar. Y así debe ser sumamente estimado aquel que tenga talento para recoger lo que se halla esparcido en las obras de los demas, y explicarlo con belleza y elegancia. Tambien conozco que todos tienen por muy saludables los avisos, que nos han dexado los Poétas y demas Escritores, y que sin embargo no gustan de escucharlos: antes les sucede con ellos lo que comunmente sucede con los que acostumbran á dar consejos: porque á estos tambien los alaban todos; pero se van no obstante huyendo de ellos, y mas quieren tratar con los que los pervierten, que no con los que habian de exhortarlos á lo bueno. De lo qual pueden ser prueba los Poémas de Hesiodo, de Teógnides y de Focílides, porque de estos tambien dicen que son para ordenar bien la vida los mas excelentes consejeros (1); y no obstante que esto di-

(1) Asi fueran entre nosotros mas conocidos!

cen mas quieren pasar el tiempo en leer las necedades de otros, que en aprender los útiles preceptos que estos nos dexaron. Mas: si alguno entresacase de los mejores Poétas las que llamamos sentencias, que es en lo que estos mas trabajaron, no se portarian con ellas de otro modo: porque mas gusto tendrian en asistir á una mala comedia, que en oir unas obras con tanto primor trabajadas. Pero para qué me canso en hablar de cada una de estas cosas de por sí? Si queremos generalmente exâminar la naturaleza de los hombres, hallaremos que los mas de ellos ni de los manjares apetecen los mas saludables, ni de las ocupaciones las mas honestas, ni de los negocios los mas justos, ni de las ciencias las mas provechosas; sino que siempre buscan unas diversiones del todo contrarias á lo que les conviene; y que aun aquellos que son tenidos por moderados, y dados al trabajo, nada absolutamente hacen de lo que les importa. Así que, quién será el que ó amonestando, ó enseñando, ó proponiendo alguna cosa útil, pueda complacer á unos hombres, que ademas de lo dicho, se muestran envidiosos de los que tienen juicio, y tratan de necios é insensatos á los que son ingenuos y sencillos? Llega á tanto la oposicion que tienen á las cosas verdaderamente útiles, que aun de sus mismos negocios nada saben: antes

en pensando en qualquiera cosa propia, se melancolizan, y solo tienen gusto en hablar de las agenas; y mas querrian tener una enfermedad, que tener que trabajar un poco con la mente, y reflexîonar sobre qualquiera de las cosas que les son necesarias (1). Y así en sus juntas y conversaciones verá qualquiera que mútuamente se ofenden con dicterios, hora diciéndolos, hora escuchándolos; y que quando están solos siempre desean, y nunca deliberan. Mas esto no lo digo contra todos; sino contra los que padecen los vicios de que he hablado. Lo que no tiene duda es, que el que quiera escribir en verso ó prosa una obra que haya de ser recibida generalmente con gusto, no se ha de afanar en buscar las cosas mas útiles; sino las mas fabulosas. Porque al oir estas se divierten; mas al ver las verdaderas peleas y contiendas se contristan. Así con razon admiramos la poesía de Homero, y los primeros inventores de la Tragedia: pues conociendo la naturaleza de los hombres, se valieron de lo fabuloso y útil para la composicion de sus Poémas (2). Porque aquel

(1) Dicen los Filósofos que los hombres no han inventado las diversiones y los juegos; sino para no tener tiempo de pensar en sí mismos y en sus cosas.

(2) Luego esto es bueno y provechoso por su naturaleza, y solo será malo por estar mal dirigido y peor executado.

mezcló de fábulas las contiendas y guerras de los héroes : y estos convirtieron las fábulas en verdaderas peleas y verdaderos hechos , hasta hacer no solo que las oyesemos ; sino que tambien fuésemos espectadores de ellas. Teniendo pues, estos exemplos, debe ser indubitable para los que quieran divertir á sus oyentes, que se han de guardar de exhortar y aconsejar , y solo han de escribir y decir lo que haya de ser grato á la muchedumbre. Si me he detenido en estas cosas ha sido por creer , que no siendo tú uno de muchos , sino antes Rey de un numeroso pueblo , no debes pensar como los demas , ni medir ó las cosas grandes , ó los hombres sabios por razon del deleite y el placer ; sino que te conviene juzgar de estos principalmente por las acciones provechosas y útiles : y mas quando hasta los maestros de la Filosofia no pueden entre sí convenir acerca de los exercicios del alma : diciendo unos que para que sean mas prudentes los que los oigan , servirán sobre todo los tratados lógicos , otros que los oratorios , y otros finalmente que otros diversos. Mas en lo que todos convienen es en que el hombre bien educado necesita de cada una de estas cosas para formarse y ponerse en estado de deliberar con acierto. Conviene pues , dexando lo que está en duda , atenerse á lo que todos confiesan , y

por ello juzgar de los consejeros: aunque en éstos principalísimamente se ha de mirar al modo de deliberar en las particulares circunstancias; reprobando, si esto no los recomendase, á los que hablan en general de los negocios, y en particular enteramente ignoran qué es lo que conviene. Porque es claro que el que para sí mismo no sabe, de ningun modo podrá hacer á otro mas prudente. Tú pues, respeta, y ten en mucho á los hombres juiciosos, y que tienen mayor penetracion y acierto que los demas; estando persuadido de que un buen consejero es la mas útil posesion, y la mas digna de un Rey. Así ten por cierto que los que son capaces de extender tu imperio, son aquellos que pueden ilustrar y dar vigor á tu entendimiento. En fin yo te he advertido aquello que he alcanzado, y te he hecho aquel presente que puedo hacerte: desea pues, que los demas, como dixe al principio, te regalen, no las cosas que suelen comunmente haciéndooslas comprar mas caras de los que os las dan, que de los que os las venden; sino aquellas que, por mas que uses de ellas todos los dias, no se deterioran, y antes adquieren mayor lustre y estimacion.

ORACION TERCERA

DE LAS ADMONITORIAS DE ISÓCRATES:

NICOCLES,

QUE TAMBIEN SE INSCRIBE SUASORIA.

ARGUMENTO.

En la Oracion anterior se trató del oficio del Rey; y en esta se explica qué es lo que toca á los súbditos, poniendo el discurso en boca del mismo Nicocles, á quien se supone amonestando ya à sus domésticos, ya á los Grandes, y ya á todo el resto de su pueblo. Y lo primero con que empieza es, con hacer la apología de la eloqüencia, acaso por algunos de los magnates, que neciamente se declaraban enemigos de ella, y cuyas groseras y perversas costumbres notó y describió ya con arte en el fin de la Oracion precedente; (porque sino, este exôrdio mas hubiera parecido digno de un Sofista, que de un Rey); luego hace patente, que la Monarquía es de todas la mejor especie de gobierno: despues manifiesta, que habiendo él sucedido legítimamente en el Reyno, lo gobierna con prudencia, con juicio y con humanidad. Y estos dos

capítulos, si se atiende á Nicocles, á lo que van es á no dexar á los súbditos ni el mas leve pretexto de infidelidad y rebelion: y si á Isócrates, qué otra cosa son que un disimulado elogio de Nicocles, hecho con tal arte, que de ningun modo pueda conocerse esta intencion? Ultimamente ordena qué es lo que han de hacer sus súbditos, y de qué se han de abstener, añadiendo un breve epílogo.

ORACION.

Hay algunos , que estan mal con la eloqüencia , y abominan de los que se aficionan á la sabiduría , diciendo que no es la virtud , sino la propia utilidad la que los inclina á estos exercicios. Mas á los que así discurren podríamos preguntarles , por qué aborrecen á los que trabajan por adquirir el arte de bien decir , y alaban á los que ponen cuidado en obrar bien ? Porque si lo que aborrecen es la utilidad y provecho , es claro , que mucho mayor resulta de las obras , que de las palabras. Despues de esto , es muy de extrañar que ignoren , que si somos religiosos para con los Dioses , si amamos la justicia , y si cultivamos las demas virtudes , no es para ser mas pobres que los demas ; sino para abundar de mas bienes en esta vida. Así que no son reprensibles aquellas ocupaciones , que nos acarrean provecho , sin desviarnos de la virtud ; sino que los que son reprensibles son aquellos , que con sus acciones faltan, y con sus discursos tratan de engañar , no haciendo de la eloqüencia el uso que debieran. Por tanto es de maravillar , que los que así piensan no abominen igualmente de la riqueza , del valor y de la fortaleza : porque si con la eloqüencia estan mal por los

que, abusando de ella, engañan y mienten: parece consiguiente, que en las demas cosas buenas hallen tambien que reprender, pues que vemos, que algunos de los que las poseen caen tambien en delitos, y que muchos valiéndose de ellas molestan y afligen á los demas. Pero quién no vé, que no es justo culpar al valor, porque haya algunos que hieran á quantos encuentran; ó acusar á la fortaleza porque haya algunos homicidas; y generalmente que no es razon achacar á las cosas la maldad de solos los hombres? Los que son pues, de culpar son aquellos, que hacen un perverso uso de las cosas buenas, y se valen para hacer mal á sus conciudadanos de aquello mismo, con que pudieran serles de utilidad y provecho. Mas ahora, sin entrar en estas distinciones, ni exâminar de por sí cada una de estas cosas, abominan en general de la eloqüencia, y llega á tanto su error, que no reflexîonan que miran mal precisamente aquella prenda, que de quantas consigo trae la naturaleza de los hombres, nos es origen de mayores bienes. Porque en todas las demas, que nos adornan, no nos diferenciamos de los otros animales, y aun en la ligereza, en la fuerza y en otras facultades somos á muchos de ellos inferiores; mas habiéndonos sido por la naturaleza dada la facultad de persuadir, y de conferenciar entre noso-

tros mismos aquello que nos parece , no solo logramos mudar la vida de fieras que llevábamos ; sino que uniéndonos , formamos ciudades , establecimos leyes , inventamos artes ; y en fin apenas hay descubrimiento útil alguno , que no nos lo haya proporcionado el don de la habla. Porque esta hizo leyes sobre lo justo y lo injusto , lo torpe y lo honesto , y sin ellas no hubiera sido facil que hubiéramos habitado los unos con los otros : por esta vituperamos á los malos , y alabamos á los buenos : de esta nos valemos para enseñar á los ignorantes, y probar á los sabios , porque el decir lo que conviene es para nosotros el mejor indicio de la prudencia , y la plática arreglada á la verdad , á lo justo y á las leyes , es imagen de un ánimo recto : y ayudados de esta disputamos de las cosas dudosas, é investigamos las que nos son desconocidas ; porque de los mismos argumentos que nos sirven para persuadir á los otros , nos valemos para deliberar en los negocios propios, y aunque llamamos eloqüentes á los que pueden hablar en público : tenemos sin embargo por prudentes en sus consejos á los que en las conferencias y deliberaciones discurren bien sobre los negocios que se les proponen. Y si hemos de decir en suma quantos son los bienes que á este don debemos , no podremos encontrar cosa ninguna hecha con

juicio, en que la facultad de la palabra no intervenga; sino que antes bien constará, que en todas las obras y pensamientos tiene la principal parte, y que los que tienen mayor juicio son los que mas se valen de ella; y así los que se atreven á maldecir de los que se dedican á la Eloqüencia y á la Filosofia, deben ser mirados con igual horror, que los que se desacatan á los templos de los Dioses. Yo pues, apruebo en general todos los públicos discursos que pueden sernos útiles aun en la cosa mas mínima, y despues juzgo, que los mas excelentes, mas dignos de un Rey, y mas propios de mi condicion son aquellos, que dan instrucciones, ya sobre el modo de ordenar bien la vida, y ya sobre la recta administracion de la República; y aun de estos aquellos que enseñan á los Príncipes, cómo han de tratar á la muchedumbre, y á los particulares, cómo deben mirar á los que gobiernan: porque veo ser esto lo que hace felices, y aumenta sobre manera las ciudades.

Y cómo se ha de gobernar el Reyno, que es la una parte, ya lo habeis de la boca de Isócrates oido: mas como deben haberse los súbditos, que es la otra, procuraré yo ahora declararlo, y no con ánimo de exceder á aquel ilustre orador; sino por parecerme que son estas las cosas que debo

tratar principalmente con vosotros. Porque si, no habiéndoos antes declarado qué es lo que quiero que practiqueis, acaso os apartais de mi dictamen, no tendré justo motivo para quejarme de vuestro proceder; pero si despues de habéroslo declarado, nada de ello se hiciese, entónces justamente me indignaré con los que hayan sido desobedientes. Mas pienso que como principalmente os he de mover á que os acordeis de quanto dixere, y á que despues lo obedezcais, ha de ser, nó si solo tratare de aconsejaros, y me contentare con enumerar algunos preceptos; sino si os demostrare, en primer lugar, que debeis amar nuestra actual especie de gobierno, no por necesidad, ni porque hemos vivido siempre baxo de ella, sino por ser la mejor de todas; y despues, que yo he entrado en el Reyno no contra las leyes, ú abrogándome lo que no me toca, sino santa y justamente, y teniéndole desde el principio por mis progenitores, por mi padre y por mí mismo. Porque demostrado esto una vez, no habrá quien no se condene á sí mismo á sufrir un gran castigo, si no se mostrare obediente á quanto yo aconsejare ó prescribiere.

Acerca pues, de las especies de gobierno (porque esto fué lo primero que propuse) creo que han de convenir todos en

que no puede haber cosa mas iniqua, que el que buenos y malos participen de unos mismos bienes; ni mas justa, que el rectificar esto, y hacer que no disfruten iguales bienes los que en sí son desiguales ; sino que todos vivan , y sean premiados segun el mérito que tuvieren. Pues las Oligarchîas y Democracias lo que principalmente se proponen es la igualdad entre los que tienen parte en el mando : y lo que mas en ellas se aprueba es , que no haya uno , que pueda mas que otro ; lo que es muy ventajoso para los malos ; mas las Monarquías dan el primer lugar al que es tenido por el mejor de todos : el segundo al que es reputado despues de este , y el tercero y el quarto á los que se les siguen en esta razon. Y si no siempre así se verifica , por lo menos este es el intento de esta especie de gobierno. Y ademas , si hemos de mirar á la naturaleza y acciones de los hombres , todos sin duda estarán por la Monarquía. Porque , qué hombre de juicio no deseará mas vivir baxo aquella especie de gobierno , en qué , si es bueno , será conocido , que no baxo aquella , en que será confundido con la muchedumbre , sin que pueda dar á entender quién es ? Ademas de esto , es preciso juzgarla tanto mas suave y mas justa , quanto es mas facil acomodarse al modo de pensar de uno , que haber de andar investigando

como dar gusto á muchos, que es preciso sean de muchas y muy varias inclinaciones. Así aunque hay otras muchas razones, con las que podrá qualquiera demostrar, que la Monarquía es la especie de gobierno mas benigna y mas justa: es tambien muy facil conocerlo por lo que acabamos de decir. Mas aun respeto á otras calidades, quanto mejores sean las Monarquías, ya para deliberar, ya para poner por obra lo una vez resuelto, como lo notaremos mejor, será si cotejaremos entre sí los mas graves negocios, y nos pararemos á discurrir acerca de ellos. Ahora pues, los que por un año ascienden á las magistraturas, antes vuelven á entrar en la clase de particulares, que hayan podido enterarse de las cosas de la República, ó adquirir práctica en su expedicion: mas los que siempre estan en el manejo de ellas, aunque sean de menos talento que los demas, en la práctica por decontado les hacen gran ventaja. Ademas de esto, aquellos pasan muchas cosas por alto, descansando los unos sobre los otros; quando estos de nada se olvidan, sabiendo que todo corre de su cuenta. Despues, los que en las Oligarchîas y Democracias exercen autoridad, suelen con sus disensiones causar á la República mucho daño; quando los Monarcas, no teniendo á quien tener envidia, del modo posible ordenan lo mejor en todas las

cosas. Mas, aquellos atrasan los negocios, porque lo mas del tiempo gastan en los suyos propios; y quando asisten á las juntas, por lo comun es mas á disputar y altercar entre sí, que á deliberar sobre el público interés; pero estos, como que no estan atenidos á ciertos y determinados lugares, ni á ciertas y determinadas horas, sino que de dia y de noche estan atareados al despacho, no pierden la ocasion, y cada cosa la hacen en su tiempo propio. Fuera de esto, aquellos estan siempre mal unos con otros, y querrian que tanto los que les preceden, como los que les suceden en el mando, en nada acertasen en su gobierno, para adquirir ellos de este modo mayor crédito; mas estos, como toda su vida estan á la frente de los negocios, miran perpetuamente al pueblo con igual benevolencia. Y lo que es mas que todo: los unos miran las cosas del público como propias, y los otros para atender á ellas las reputan por agenas: para consejeros los unos se valen de los ciudadanos mas audaces, y los otros escogen entre todos los mas prudentes. A los honores elevan aquellos á los que saben hablar en público, y estos á los que saben dar vado á los negocios. Y no solo para las cosas comunes, y de todos los dias es mejor el gobierno monárquico; sino que lo es tambien para el hecho de valerse en la

guerra de toda comodidad y ventaja. Porque ya para levantar tropas, ya para usar de ellas, ú abierta, ú ocultamente, y ya para persuadir á unos, obligar á otros, sobornar á estos con dádivas, y ganar á aquellos con otros beneficios, es mas á proposito la Monarquía, que todas las demas especies de gobierno. Todo lo qual no solo puede probarse con razones, sino tambien con hechos. Porque todos sabemos, que si ha llegado á tan alto grado el poder de los Persas, no tanto ha sido por la prudencia de aquellos ciudadanos, como porque son sumamente adictos al gobierno de un Rey. Pueden asimismo servir de exemplo Dionisio el Tirano, que habiendo entrado en el mando á tiempo, que no solo estaba arrasado todo lo demas de la Sicilia, sino que hasta su misma patria estaba bloqueada, no tan solamente la sacó de tantos riesgos; sino que la hizo la mas floreciente de todas las ciudades Griegas: y tambien los Cartagineses y Lacedemonios que, siendo los que estan mejor gobernados en toda la Grecia, viven en oligarchîa en su casa, y son monarquicamente regidos en la guerra. Y aun la misma ciudad de Atenas, que mira con tanto horror la Monarquía, puede muy bien hacer patente, que ha solido salir muy mal librada, quando ha enviado muchos Generales; y que por el contrario ha logra-

do comunmente la victoria, quando se ha valido de uno solo. Quién podrá pues, hallar pruebas mas fuertes que estos exemplos, para hacer ver la excelencia y ventaja del monárquico gobierno? Pues vemos, que los que estan siempre sujetos á un Rey prosperan y florecen; que de los que viven en la oligarchîa para las cosas de mayor consideracion unos nombran solo un General, y otros confieren al Rey el mando de las tropas; y finalmente, que los que aborrecen la Monarquía, nada han podido hacer de lo que se habian propuesto, quando han enviado á muchos con el mando. Y si nos es lícito recurrir á la antigüedad, aun se nos dice que es Júpiter el Rey de todos los demas Dioses. Lo qual si es cierto, es claro que tambien los Dioses prefieren esta constitucion. Mas si nadie sabe lo que hay en realidad, y nosotros hemos pensado así de ellos por conjeturas, esto mismo es señal de que el gobierno monárquico es de todos tenido por el mas excelente (1). Y pues que acerca de las especies de

(1) Muy ingenioso es este argumento y está propuesto con mucha gracia: así puede muy bien ser el complemento de quanto dexa dicho nuestro Isócrates á favor de la Monarquía, y acerca de su excelencia y superioridad sobre las demas especies de gobierno; que ciertamente es admirable y capaz de producir la inclinacion

gobierno, y quanto se aventajen las unas á las otras, ni se puede inventar, ni decir nunca quanto el asunto permite: baste por ahora lo que acabo de decir para mi intento.

Mas juzgo, que la otra parte, que es sobre lo justamente que ocupo el trono, exîge todavía mayor brevedad, por parecerme que no ha de haber quien no convenga en ello. Porque, quién no sabe que Teucro, que es el tronco de mi linage, habiéndose unido con los Gefes de las demas familias y aportado aquí, edificó esta ciudad, y repartió sus campos? Qué mi padre Evagoras recobró á costa de muchos peligros la autoridad real de que otros habian decaido, y puso las cosas en tal estado, que ya no dominan hoy los Fenicios á los de Salámina; sino que exercen ahora el imperio aquellos mismos, de quienes fué desde el principio? Resta pues, solo para acabar con quanto propuse, el hablaros brevemente de mí mismo, para que sepais que

y afecto hácia ella que, como buen Filósofo que era, conoció deber promover y arraigar en los súbditos, para que no viviesen disgustados con una cosa que no habian de poder evitar, y para que, asi contentos con su constitucion, executaran con el mayor zelo las órdenes de su Soberano, que es lo que el mismo Nicocles dixo que se proponia.

teneis un Rey, que no solo por sus mayores, sino aun por sí mismo es justamente digno de mayor autoridad todavía, que la que al presente está gozando. Porque yo creo que todos han de convenir en que la templanza y la justicia son las mas apreciables de todas las virtudes: pues que no solo nos son útiles á nosotros mismos; sino que si queremos atender á la naturaleza, influjo y uso de todos los negocios, hallarémos que los que se han emprendido sin dar en ellos parte á estas virtudes, han sido causa de gravísimos males; y que por el contrario los que han sido administrados con justicia y templanza han acarreado á la vida de los hombres infinitos bienes. Pues si alguno de mis progenitores mereció ser por estas virtudes celebrado, juzgo que no debe á mí negarseme esta gloria. Y por lo que hace á la justicia, juzgo que ha de bastaros lo que voy á decir: porque habiendo entrado en el Reyno á tiempo que estaba exhausto el erario, y consumidas todas las rentas, y á tiempo, en que por reynar en los negocios la confusion y el desórden, pedian mucho cuidado, mucha diligencia y muchos gastos; y sabiendo por otra parte que los demas en tales circunstancias suelen tirar á qualquiera costa á ponerse en buen estado, aunque tengan en ello que violentarse: sin embargo nada de todo esto pu-

do corromperme, y tomé con tanto cuidado los negocios, que nada me quedó que hacer para aumentar y hacer feliz á nuestro pueblo. Y así traté con tanta benignidad á los ciudadanos, que no se han visto ni emigraciones, ni muertes, ni pérdidas de hacienda, ni ningunas otras calamidades durante mi reynado. Y siéndonos impenetrable la Grecia por la guerra en que nos veíamos entónces, y estando por todas partes saqueados, en todo puse remedio, pagando á unos el todo y á otros parte, pidiendo espera á estos y haciendo con aquellos una amigable composicion en quanto me fué posible. Mas, estando enfadados con nosotros los demas habitadores de la Isla, y teniendo en la realidad por enemigo al Rey, no obstante que de palabra se nos habia reconciliado, hice suceder la tranquilidad á ambas turbaciones, manifestándome rendido á este, y siendo justo para con aquellos. Porque estoy tan lejos de codiciar lo ageno, que siendo así que los mas en viéndose un poco mas fuertes que sus vecinos, luego invaden sus tierras, y aspiran á mayor poder: yo por el contrario ni aun quise recibir aquella provincia, que voluntariamente se ponia baxo mi potestad. Porque mas quiero tener solo lo que es mio con justicia, que adquirir por modo injusto un imperio mas vasto, que aquel que ahora

poseo. Pero qué necesito ir recorriendo cada una de estas cosas, quando puedo en muy pocas palabras hacer patente lo que me he propuesto? Porque es bien notorio que no he injuriado á nadie, y que á muchos tanto de mis ciudadanos, como de los demas Griegos he hecho grandes beneficios, habiendo hecho yo solo á unos y á otros mas presentes, que todos quantos en el Reyno me han precedido. Y yo pienso que los que se jactan de justos, y quieren que los tengan por superiores á las riquezas, tienen que alegar cosas iguales á estas para poder vanagloriarse. Pues creed, que yo aun puedo alegarlas mucho mayores, si os he de hablar de mi templanza. Porque sabiendo que todos los hombres aman sobre manera á sus hijos y sus mugeres, y llevan muy á mal el que se atrevan á injuriarlos, y que la afrenta en ellos recibida ha sido causa de gravísimos males, y por ella han pérdido la vida muchos, tanto de los particulares, como de los Potentados: he evitado con tal estudio esta especie de delitos, que desde que subí al trono, no podrá decirse haber yo tocado á otra que á mi muger propia: y eso no obstante que no ignoraba, que entre los mas nada pierden de su reputacion los que, siendo en todo lo demas justos, se van á buscar en otras sus placeres. Mas yo sin embargo he querido siempre, ya estar

muy lejos de tales sospechas, y ya dar en mis costumbres exemplo á mis ciudadanos: como que sé, que el pueblo se entrega con gusto á aquellas cosas, á que vé inclinados á los que le gobiernan. Despues de esto, yo tengo para mí, que deben los Príncipes ser tanto mejores que los particulares, quanto les son en la dignidad y honra superiores; y que por lo tanto se portan indignamente todos aquellos que obligan á los otros á vivir bien, y no acreditan al mismo tiempo ser ellos mas moderados que sus súbditos. Y fuera de esto, yo veo que en las demas cosas muchísimos saben contenerse; pero que de estos deseos torpes aun los mas excelentes suelen ser vencidos. Y así me he propuesto dar á cntender á todos que sé vencerme aun en esto, y acreditarme por lo mismo de superior, no solo al comun de los hombres, sino aun á los que estan muy pagados de su virtud. Ademas, no puedo menos de tener por gran maldad el que los que toman muger y entablan con ella la mas íntima y estrecha sociedad, falten á este trato, y le den que sentir en aquello mismo, en que menos querrian ellos ser ofendidos (1); y que soliendo ser muy

(1) Admirables idéas del matrimonio! Si miraran este estado con igual respeto todos los que toman muger, no puede dudarse que serian muchos menos los que tuvieran que que-

puntuales en el cumplimiento de los demas contratos, solo dexen de serlo en los que con sus mugeres celebráron, quando por ser estos los mayores y de mas estrecha obligacion, debian guardarlos con mayor cuidado: sin advertir por otra parte, que de este modo dan motivo á que hiervan sus Palacios en disensiones y rencillas. Y yo creo que los que han de reynar bien, no solo deben mantener en buen órden y armonia las ciudades que les estan sujetas; sino tambien sus propias casas, y aquellos determinados lugares en que habitan: porque todo esto es propio da le templanza y la justicia. Ni acerca de la procreacion de los hijos he pensado, como acostumbran á pensar los mas de los Reyes, ni he creido conveniente tener unos en mugeres humildes, y otros en mugeres ilustres, dexar unos bastardos, y otros legítimos; sino que me ha parecido justo, que todos sean de una misma condicion respecto al padre y á la madre, refiriendo su origen entre los mortales á Evágoras mi padre, entre los Semidioses á los Eacidas, y entre los Dioses al mismo Jupiter, sin que carezca ninguno de tan noble nacimiento. Y aunque

jarse de faltas é infidelidades. El que no respeta un pacto que con otro ha hecho y tiene por ligera falta el violarlo, no debe esperar que el consorte lo mire con una supersticiosa veneracion.

ha habido muchas cosas que me han hecho pensar así: no ha sido lo que menos á ello me ha movido el ver que la fortaleza, la astucia y otras prendas dignas de estimacion suelen recaer en muchos de los malos; quando la templanza y la justicia solo son propias de los hombres de bien. Así que tuve por lo mas acertado el adquirir y cultivar principalmente aquellas virtudes que ademas de no tener en ellas parte alguna los malos, fuesen las mas nobles de todas, las mas estables, las mas útiles y las mas acreedoras á los elogios y alabanzas. Llevado pues, de estas cosas me entregué principalmente al exercicio de la templanza y la justicia, y preferí, no aquellos deleites que no traen consigo honra ninguna; sino aquellos que resultan de la satisfaccion de haber procedido con hombria de bien. Y mas, que para juzgar de la excelencia de todas las virtudes no hemos de mirar precisamente á unas mismas reglas; sino que la justicia será excelente en la pobreza, la templanza en el poder, y la continencia en la juventud. Pues yo en todos estos casos creo que he dado de quien soy suficiente muestra. Porque aun habiéndome quedado pobre y falto de bienes, jamas contristé á ninguno de mis ciudadanos: y estando en estado de hacer quanto se me antojase, fuí sin embargo mas moderado que los mismos particulares; y

en ambas cosas supe de este modo dominarme, siendo todavía de una edad en que suelen los mas proceder con poca cordura en casi todas sus acciones. De todas las quales cosas quiza no me hubiera atrevido á hablar ante otros qualesquiera: no porque no me sirvan de satisfaccion, sino porque hubiera recelado no ser creido; pero á fé que vosotros sois testigos de la certeza de todo quanto he dicho. Y si merecen ser admirados y aplaudidos los que son modestos por naturaleza, precisamente han de merecerlo más los que han llegado á ser tales á beneficio de su razon. Porque los que son moderados precisamente por casualidad, y no por estudio é inclinacion, podran ser acaso seducidos; mas los que lo son, ya por naturaleza, y ya tambien por estar persuadidos á que la virtud es el mayor de todos los bienes, es evidente que han de observar por toda su vida este órden que una vez en ella establecieron.

Si he hablado tan largamente, ya de mí mismo, y ya de las demas cosas que propuse, ha sido para no dexaros el menor pretexto de no executar gustosos y contentos todo quanto os prescriba, ó aconseje. Prescribo pues, que cada uno de vosotros desempeñe con cuidado y justicia lo que estuviere particularmente á su cargo, porque si en esto se faltare, ya es preciso

que por esta parte sufran detrimento los públicos negocios. No mireis como de poca monta, ó como digno de desprecio nada de quanto se os ordenare, teniendo por cierto que aquello no se ha de mirar por sí; antes debereis atender á ello en la inteligencia, de que como se administrare cada una de las partes, así el todo estará bien ó mal administrado. No pongais menos atencion en mis cosas, que en las propias vuestras, ni os figureis que son de poca estima los honores que se tributan á los que en mis cosas se portan con honradéz. Absteneos de lo ageno para que poseais lo que fuere propio vuestro, con mayor seguridad. Convendrá que unos para otros seais tales, qual deseais que yo sea para vosotros. No pongais mayor cuidado en ser ricos, que en acreditaros de hombres de bien, teniendo entendido que tanto entre los Bárbaros, como entre los Griegos, aquellos poseen mayores bienes, que son mas celebrados por su virtud. No creais, que el dinero adquirido á fuerza de injusticias os ha de acarrear riqueza, sino peligros: ni tengais por ganancia el recibir, ó por pérdida el gastar: porque ni lo uno ni lo otro guardan siempre un mismo respeto; sino que segun ambas cosas se hacen en tiempo y con virtud, así son á sus autores provechosas. No tengais repugnancia en hacer ni una cosa si-

quiera de quantas os mandare: porque con quanto mayor acierto desempeñare mis cosas qualquiera de vosotros, tanto mayor será la utilidad, que de ello le redunde. Lo que cada uno supiere de sí mismo, imagine que á mí no se me oculta, y aunque no descubra mi cuerpo, figúrese que asiste allí mi pensamiento: porque pensando de este modo no podreis menos de portaros con mayor modestia. Nada oculteis ni de quanto tuviereis, ni de quanto executareis, ni de quanto resolviereis hacer, teniendo por cierto, que los negocios hechos á escondidas no pueden menos de producir muchos sobresaltos. No andeis viendo como desempeñar vuestros empleos ú astuta, ú ocultamente; sino antes con tanta sencilléz, y tan á las claras, que ninguno, aunque quiera, pueda facilmente calumniaros. Sabed discernir las acciones, y tened por malas las que quisierais que no llegaran á mi noticia; y por buenas aquellas, que si llego á saberlas, os han de acreditar para conmigo de hombres de bien. No querais guardar silencio, si viereis que algunos delinquen contra mi autoridad; antes debereis delatarmelos; teniendo entendido, que encubridores y delinqüentes merecen pena igual. Tened por dichosos, no á los que logran no ser notados, quando hacen algo malo; sino á los que en nada faltan: por-

que es muy regular que los unos por fin no queden sin el castigo conveniente (1), y que los otros tengan el premio que les corresponde. No formeis partidos ni juntas sin mi consentimiento; porque tales facciones pueden traer utilidad en las demas especies de gobierno; pero en las Monarquías siempre son peligrosas. No solo habeis de abstenerros de los delitos, sino aun de aquellas cosas que necesariamente hayan de dar sospecha. No tengais ninguna amistad por mas firme y segura que la mia, ni altereis el presente estado, ni deseeis introducir ninguna mutacion: teniendo por cierto, que semejantes turbaciones no pueden menos de acarrear la perdicion de las ciudades, y el desórden de las casas de los particulares. No creais que siempre se debe á su naturaleza la crueldad de los Reyes; sino antes entended, que son tambien causa de ella las costumbres de sus súbditos; porque muchos se han visto precisados á dominar con severidad, mas por la maldad de sus súbditos; que por su propia inclinacion. Vivid confiados, no en mi mansedumbre y clemen-

(1) Es muy graciosa una sentencia de Horacio sobre esto, por las imágenes que emplea. Dice y dice muy bien:

Rarò antecedentem scelestum
Deseruit pede poena claudo.
Lib. 3. Carm. Od. 2.

cia; sinó en vuestra propia virtud. Creed que en mi seguridad teneis vinculado el vivir fuera de temores; porque siendo bueno el estado de mis cosas, es preciso que lo sea tambien el de las de todos vosotros. Conviene que respecto de mi autoridad seais humildes, viviendo segun las costumbres recibidas, y guardando las reales disposiciones; pero esplendidos en las funciones públicas de la ciudad, y quando se trate de cumplir mis mandatos. Inclinad á los jóvenes á la virtud, no solo amonestándolos; sino haciendoles ver en cada una de las acciones, quales deben ser los hombres de bien. Enseñad á vuestros hijos á ser obedientes á su Rey, y haced que se acostumbren á exercitar principalmente esta virtud; porque si aprendiesen á ser gobernados, podrán despues gobernar mucho mejor. Y siendo fieles y justos, participarán de mis bienes; mas si fuesen malos, aún no tendrán seguros los propios. Tened por cierto que dexareis á vuestros hijos la mayor y mas duradera riqueza, si acertareis á dexarles mi benevolencia. Tened por los mas desdichados é infelices á aquellos que fuesen infieles con los que de ellos se fiaren. Porque es indispensable que los tales pasen todo el resto de su vida sin gusto, y cercados de temores, y sin poder fiar mas de amigos, que de enemigos. No admireis á los que po-

seyeren mayor riqueza ; sino á los que no tienen nada malo que afearse : porque con esta conciencia podrá qualquiera tener una vida mas dulce y tranquíla. No os figureis que el vicio ha de poder nunca ser de mas utilidad que la virtud , y que solo en el nombre es mas odioso que ella ; sino antes persuadios á que es tal el caracter de cada una de estas cosas , qual es su nombre. No tengais envidia á los que viereis en los primeros empleos ; mas tratad de haceros útiles , y venir á ser iguales con los mas elevados. Creed que os conviene amar y honrar á los que amare y honrare el Rey : para que así tengais de mí lo uno y lo otro. Pensad en ausencia mia como acostumbrais á hablar estando yo presente. Manifestad mas con obras , que con palabras , la estimacion que de mí haceis. No hagais á los demas aquello que os enfada , si acaso alguno se atreve á hacéroslo á vosotros. Si reprobais alguna cosa con las palabras , estén muy distantes de ella vuestras obras. Tened entendido que yo haré con vosotros como vosotros hicié-reis conmigo. No os contenteis con alabar á los buenos , imitadlos tambien. Tened por leyes mis palabras , y procurad guardarlas , en la inteligencia de que los que mas se acomodaren á hacer lo que yo quisiere , tendrán tambien mayor licencia para vivir segun su gusto. En suma , sed tales para conmigo , qua-

les creeis que deben ser para con vosotros los que estan baxo vuestra potestad. Y en este caso, para que nos hemos de cansar en decir lo que sucederá ? Porque si yo me portare como hasta aquí, y vosotros fuéreis los que habeis sido, vereis bien pronto acrecentados vuestros bienes, aumentado mi Reyno, y constituido nuestro pueblo en la mayor felicidad. Razon será pues, en vista de tales bienes no huir el cuerpo á ningun trabajo ni peligro. Y aun á vosotros á muy poca costa, solo con ser fieles y justos, os es sumamente facil el dar á todo esto cumplimiento.

PARTE SEGUNDA

DE LAS ORACIONES DE ISÓCRATES,

QUE COMPRENDE

LAS ORACIONES SUASORIAS.

ORACION PRIMERA.

EL PANEGÍRICO.

ARGUMENTO.

Esta es aquella Oracion tan celebrada y la primera entre las de Isócrates, á juicio de todos los inteligentes. Y por quanto despues de haberla escrito, debió de tardar mucho en retocarla y corregir aquellos ligeros defectos, que aun el mas exercitado y mas atento no puede evitar al tiempo de la composicion: de aquí sin duda tomaron pretexto para decir, unos que habia gastado en ella diez años, y otros que quince, y para censurarle esta proligidad como cuidado y ocupacion de un hombre ocioso, que solo pensaba en dar un órden gracioso á las palabras. Pero, prescindiendo de que puede mostrarse que lo que es en componerla, solo vino á tardar un año, como lo hace ver con efecto el Anónimo

Francés que empezó á escribir las vidas de los Oradores Griegos, aun dado caso que lo que se le imputa fuese cierto, lo mas que con ello se convenceria es, que en esta Oracion, en que se propuso apurar toda su habilidad, no quiso que sus émulos pudieran encontrar nada que tildarle, aun quando se pusieran á exâminarla con el mayor rigor. Porque de que no atendió solo a dar un gracioso órden á las palabras; sino que tuvo siempre mas altas miras, son buena prueba las demas Oraciones suyas y sus Cartas.

Esta Oracion aunque contiene un gran elogio de la ciudad de Atenas, es no obstante eso del gênero deliberativo: y el argumento de ella nos lo da el mismo Isócrates en su Oracion de la permuta, *donde habla así del Panegírico:*

Porque la primera Oracion de que he de hablaros, se escribió por aquellos tiempos, en que los Lacedemonios dominaban sin duda á los demas Griegos, y nosotros estábamos bastante humillados; y se reduce á exhortar á los Griegos á la guerra contra los Bárbaros, y á disputar á los Lacedemonios el mando y principado. Y siendo este el argumento de ella, demuestro que nuestra ciudad ha sido la causa de quantos bienes han disfrutado todos los Griegos. Mas pasando de la enumeracion de estos bienes á tratar del principado, y queriendo probar con mayor evidencia que debe este ser de nuestra ciudad, procuro principalmente mostrar que es acreedora á mayor respeto por haber vencido los pe-

ligros de la guerra, que por qualesquiera otros beneficios.

Despues les habla de este modo: Considerad ahora si puede pensarse que corrompo á la juventud con mis discursos, y antes no la exhorto á la virtud, y á exponerse por la patria á los peligros; y si merezco con mas razon ser castigado por lo que se me imputa, ó si antes bien debeis estarme muy agradecidos, pues que fué tal el elogio que hizc de esta ciudad, de nuestros mayores, y de los peligros en que por entónces se vieron, que los que antes habian tratado este asunto, hubieron de borrar sus discursos, causándoles vergüenza lo que habian dicho; y los que ahora tienen alguna reputacion, ni siquiera se atreven á hablar de estas cosas, y aun piensan con desconfianza de su habilidad.

Hasta aquí Isócrates: el qual habiendo vuelto á tratar este argumento, ya en la Oracion á Filipo, en que de nuevo trata de hacer la guerra á los Bárbaros, y ya en el Panatenaico, *en que vuelve á hacer mas á la larga el cotejo entre los Atenienses y Lacedemonios, parece que obscureció en algun modo el lustre de esta admirable Oracion, y aun llegó á excederse y aventajarse á sí mismo.*

PANEGÍRICO (1).

Muchas veces he solido maravillarme de que aquellos que instituyeron las solemnes juntas, y fundaron los públicos juegos, hubiesen señalado tan crecidos premios á los que se aventajasen en las fuerzas del cuerpo, y se hubiesen al mismo tiempo olvidado de acordar el menor honor á los que muy á su costa trabajan para el público, y exercitan de tal suerte sus almas que pueden ser á los demas de una suma utilidad y provecho; siendo así que debiera haberse hecho de ellos mucho mayor estimacion. Porque aun quando los Atletas adquiriesen doble robustéz, nada adelantarian los demas; pero con solo un hombre sabio que se forme, podrán adelantar mucho todos aquellos que quieran participar de su prudencia. Mas no pienso por eso desalentarme y entregarme al descanso; antes contemplando que ha de ser para mí bastante premio la gloria que me ha de resultar de la eloqüencia, vengo hoy á determinaros á hacer la guerra á los Bárbaros, y estrechar mas entre

(1) Esta oracion se llamó Panegírico, por haberse recitado en una de las solemnes Juntas de los Griegos, dichas en su lengua πανηγύρις. Dícelo Filostrato en las vidas de los Sofistas, en la que escribió de Isócrates.

vosotros la mútua amistad y confianza. Y aunque no ignoro que muchos de los que se jactan de Sofistas (1), han ocupado ya este argumento: espero sin embargo distinguirme tanto de ellos, que lleguen á pensar que nada han dicho: y ademas, juzgo que aquellas son las mas excelentes y primorosas oraciones que, tratando de cosas grandes, manifiestan mas la habilidad del Orador, y son de mayor utilidad á los que las escuchan: y de esta especie es la que ahora vais á oir. Fuera de esto, no creo que se haya pasado ya el tiempo de volver á tratar de estas cosas, para que parezca que en vano las recuerdo. Porque entónces es intempestivo el hablar de un asunto, quando ó ya se ha llevado á su fin, y es inútil el deliberar acerca de él; ó se ha visto un discurso tan acabado y perfecto, que nada puedan añadirle los demas; pero si las cosas estan en el mismo estado que al principio, y lo que se ha dicho no es de ningun precio: cómo podrá dexar de ser útil el volver á consultar y discurrir sobre una cosa que si se dirige bien, nos libertará de la guerra que unos á otros nos estamos haciendo; nos sacará de la turbacion en que al pre-

(1) Llamábanse Sofistas en tiempo de Isócrates los que se vendian por Filósofos y Retóricos, y sobre qualquier asunto y materia componian sin detenerse una oracion.

sente nos vemos; y nos exîmirá por fin de los graves males que sufrimos ? Y ademas de esto, si unas mismas cosas solo pudiesen explicarse de una misma manera : habria acaso motivo para creer que era excusado molestar á los oyentes con lo mismo que ya antes habian escuchado; pero siendo tal por su naturaleza la eloqüencia que por ella pueden los mismos asuntos explicarse de varios modos, las cosas grandes hacerse pequeñas, las pequeñas adquirir grandeza, las antiguas decirse con novedad, y las nuevas tomar el ayre de antiguas (1), no hay motivo para huir de tratar lo que ya otros trataron; y antes es de animarse á volverlo á tratar mejor que ellos. Porque los acontecimientos pasados á todos se nos han dexado indistintamente; pero el valerse de ellos á tiempo, confirmarlos con oportunos argumentos, y

(1) Reprenden aquí algunos á Isócrates, entre ellos Longino en su célebre tratado de lo sublime cap. 38. n. 2. diciendo que tira piedras á su tejado con describir de este modo la elóqüencia : porque parece que da motivo á que desconfien de él, temiendo no vaya á volverles lo negro en blanco. Pero esto es no hacerse cargo del efecto que esta descripcion habia de producir en el ánimo de los oyentes. Estos, lejos de recelar ningun engaño, no podrian menos de sentir en sí un vivo deseo de ver que diria un hombre que tan magníficas ideas entraba dando de la eloqüencia : que es justamente lo que se pretende con el Exôrdio.

expresarlos con gracia y delicadeza es solamente propio de los hombres sabios. Y yo tengo para mí que adelantarian mucho todas las demas Artes, y con ellas la facultad de bien decir, si cada uno honrase y admirase, no á los que empezaron á tratarlas los primeros; sino á los que mejor hubiesen hablado de ellas: ni tampoco á los que hacen estudio de decir cosas nuevas, y que nadie haya dicho antes; sino á los que saben decir de modo que no sea posible encontrar quien los iguale. Ni falta tampoco quien reprenda las oraciones demasiado trabajadas, y que no pueden ser entendidas de todos; y aun llega á tanto el error de algunos que quieren comparar las que han de ser compuestas con algun esmero, con las que se trabajan para el foro y tienen por objeto los negocios de los particulares: como si fueran semejantes, y no debiera sobresalir en aquellas la vehemencia, y en estas la naturalidad; ó como si ellos solos conociesen la medianía, y el que sabe decir con artificio no fuera tambien capaz de decir con sencilléz. Y así es bien claro que los tales solamente alaban á aquellos á quienes son mas parecidos. Mas yo con estos nada quiero; y solo hablo con aquellos que nada sepan aprobar sin exâmen; sino que antes sean rígidos censores, y quieran en mis oraciones encontrar lo que hasta ahora en las de-

mas no hayan encontrado. Así, despues de haber dicho algo de mí mismo, á estos será á quienes dirija mi discurso. Porque en los exôrdios veo que todos los demas tratan de captar la benevolencia de los oyentes, y procuran excusarse, diciendo unos que tuvieron poco tiempo para prevenirse, y otros que es dificultoso encontrar palabras que igualen la grandeza de los asuntos; pero yo, si mi oracion no fuere digna del asunto que trato, de la opinion que de mí teneis, y del tiempo que he gastado en componerla, y aun del que he vivido, desde ahora os convido á que no me mireis con ninguna indulgencia; y antes me ridiculiceis y despreciceis á vuestro arbitrio. Porque esto y mas merece quien, no distinguiéndose en nada de los demas, entra dando de sí tan grandes esperanzas. Mas acerca de mi mismo baste lo que llevo dicho: vengamos ya á tratar de los negocios públicos. Y en primer lugar: todos los que, sin atender á mas, vienen diciéndonos que olvidando la enemistad en que vivimos unos con otros, debemos volver nuestras fuerzas contra el Bárbaro, y enumeran para ello, ya los males que de esta recíproca guerra nos resultan, y ya tambien los bienes que de volver contra él las armas nos pueden venir: no tiene duda que dicen verdad; pero no empiezan por donde principalmente debieran, para lo-

grar en un todo lo que se proponen. Porque de los Griegos unos estan unidos con nosotros, y otros con los Lacedemonios, segun la especie de gobierno baxo que viven, los ha determinado. Qualquiera pues, que piense que han de poder hacer los demas algo de bueno por el comun de la Grecia, sin vencer antes á los que entre ellos son los principales, va muy descaminado, y está muy lejos de acertar con lo que conviene. Por tanto los que no aspiren precisamente á acreditarse y deseen llevar al cabo sus intentos, deben valerse de aquellos discursos que muevan á estas ciudades á establecer una suma igualdad entre sí; á hacer de modo que una y otra participen del mando, y á procurar sacar de los Bárbaros aquellas utilidades que ahora desean sacar la una de la otra. En todo lo qual no tengo duda de que ha de entrar facilmente nuestra ciudad; pero los Lacedemonios todavía se resisten, llevados de la falsa persuasion de que es en ellos hereditario el mando. Si alguno pues, llegase á demostrarles que este honor es mas nuestro que no suyo: acaso, abandonando estas pretensiones, entrarian sin dificultad en lo que nos es á todos tan importante. Así que por aquí era por donde los demas habian de haber empezado, y no haber tratado de aquello en que todos convienen, antes que concorda-

semos en aquello sobre que todavía disputamos. A esto pues, debo yo principalmente dirigir mi discurso : en primer lugar para tener ya algun fundamento, y hacer que, dexando de altercar entre nosotros, hagamos de mancomun la guerra á los Bárbaros ; y en segundo, si es que con esto no puedo salir, para mostrar quienes son los que sirven de estorvo á la felicidad de la Grecia, y hacer ver á todo el mundo que justamente tuvo antes nuestra ciudad el imperio de la mar, y que no sin razon solicita ahora que se le dé la primacía. Pues si en toda ocasion son acreedores á ser estimados y honrados los que tienen mucha experiencia y gran poder: no cabe duda en que debemos nosotros recobrar aquel mando de que gozamos otro tiempo. Porque seguramente no podrá darse otra ciudad, que en la guerra por tierra se haya señalado tanto, como en las batallas navales se ha distinguido la nuestra. Y si algunos quisiesen objetarnos que este juicio no es arreglado, porque acaecen en los Estados continuas mutaciones, (como que el sumo poder no puede permanecer en uno mismo para siempre) y pensasen que el mando y principado, al modo que qualquiera otro premio, á aquellos principalmente se les debe que ó lo alcanzaron antes, ó fueron causa de que los Griegos gozasen de ma-

yores bienes : aun en esto mismo estarán de nuestra parte. Pues con quanto mayor cuidado se exâminare cada uno de estos dos títulos, tanto menos podrá dudarse de la gran ventaja que á los que se atreven á disputar con nosotros, les llevamos. Porque en primer lugar es indubitable que nuestra ciudad es la mas antigua, mas grande y mas nombrada entre los hombres. Y con ser esto de tanta gloria para nosotros, aun hay otras cosas que nos hacen mas dignos de respeto. Porque para habitar esta tierra, no arrojamos á otros de ella, ni la encontramos yerma, ni vinimos á ocuparla mezclados con otras muchas gentes ; sino que es nuestro origen tan noble y esclarecido que (como indígenas (1) que somos) la misma tierra que nos produxo, esa misma es la que

(1) La voz Griega *αὐτόχθονες* no se explica bien con ninguna de nuestra lengua, ni con *naturales*, ni con *oriundos*, ni con *originarios*; y ni aun la Latina *indigenas*, de que me he valido, da mas que una parte de la idea, pues que no significa mas que el nacido en aquel mismo pais; quando Isócrates, siguiendo la opinion Filosófica que entónces corria, de que los hombres y los animales habian salido de la tierra del mismo modo que las plantas, lo que quiere decir es que los Atenienses habian brotado de la tierra en aquel mismo suelo, como se vé por todo lo demas que dice acerca de su origen. Y como él, por vanidad y falta de otros conocimientos, pensaban todos en aquel tiempo. Tucidi-

en todo tiempo h mos poseido, y á la que podemos dar los mismos nombres que damos á aquellas personas que nos son mas proxîmas y allegadas: siendo nosotros solos entre todos los Griegos los que podemos dar á una misma ciudad los nombres de nutriz, de patria y de madre. Y yo creo que los que presumen tener motivos para preciarse de ilustres, piensan que de justicia se les debe el mando, y nos hablan sin cesar de sus antepasados: deben hacer muestra de un origen tan noble y tan antiguo. Y esta es en nosotros la excelencia y grandeza de lo que debemos á nuestro origen, y hemos recibido de la fortuna.

Pues quantos sean los beneficios que todos los demas nos han debido, como mejor lo demostrarémos será si, tomando desde el principio los tiempos y hazañas de nuestra ciudad, los vamos por su órden recorriendo. Porque hallarémos que no solo se le debió el superar los peligros de la guerra; sino que casi puede decirse haber sido causa de que abundasen en la Grecia todas aquellas cosas con que nos mantenemos, por las que formamos sociedades, y de que la vida principalmente necesita. Para esto será forzoso que, dexando aquellos

des lib. 1. Justino lib. 2. y aun Platon en el Diálogo intitulado Cricias ó Atlántico.

beneficios que por su pequeñéz ó se han olvidado, ó no quiso nadie conservarlos, entresaquemos precisamente los que por su grandeza desde tiempos antiguos hasta el presente en todas partes se leen y se mencionan. Y en primer lugar aquello que mas la humana naturaleza necesita, ciertamente se debió á nuestra ciudad. Y aunque la relacion de este hecho es hoy tenida por fabulosa: conviene sin embargo que yo ahora os la repita. Porque habiendo llegado Ceres á esta region, quando andaba errante en busca de su robada hija, y cobrado afecto á nuestros mayores, por haber recibido de ellos aquellos beneficios de que solo pueden hablar los iniciados, y otorgádoles en premio aquellos dos tan grandes presentes, los frutos que nos proporcionaron el no tener que vivir vida de fieras, y los sagrados misterios que á los que de ellos participan los elevan á mayores esperanzas, ya acerca del fin y término de nuestra vida, y ya tambien acerca de toda la eternidad: fué no solo tan religiosa, sino tambien tan humana nuestra patria que, siendo dueño de tan grandes bienes, no los guardó de los demas, llevada de la envidia; sino que antes les dió parte de todo aquello que habia recibido. Y así aun todavia una vez en el año revelamos los misterios; y de las utilidades de los frutos, de su uso y su culti-

vo á todos les dimos lecciones inmediatamente (1) : cosas todas que, con poco que yo ahora añada, no ha de haber nadie que se niegue á creerlas. Porque en primer lugar, si por ser antiguas las mirase con desprecio, esto mismo habia de moverle á creer que habian sucedido : pues por el mismo hecho de haber muchos que las digan, y estar todos oyéndolas cada dia, es preciso que no parezcan, sino dignas de ser creídas. Y fuera de esto, aun sin recurrir á la tradicion y fama que de tiempos muy remotos corre entre nosotros, podemos va-

(1) Estaban muy pagados los Atenienses de que la Diosa Ceres, agradecida por el buen acogimiento que habia hallado en Eleusis, les habia enseñado á cultivar la tierra y hacer uso del trigo para su mantenimiento, y les habia confiado aquellos sagrados misterios que, como aquí y en Cicerón se lee, elevaban los iniciados á mejores esperanzas acerca de la muerte, y de una vida futura, y que segun esto debian reducirse á la instruccion en los mas sanos principios de Moral. Pero del cultivo de la tierra mas deudores eran á Cecrope que fundó su ciudad unos 1582 años antes de nuestra Era, que á Ceres que vino al Atica mucho despues, hácia el año 1409 antes de Christo : y de la santidad de sus misterios no da la mejor idéa, diga lo que dixere Cicerón en el 2 de las Leyes, el estar prohibido con la mayor severidad á los iniciados el hablar de ellos. Acerca del modo de celebrar estos misterios, y quales eran las fiestas que en ellos se hacian, véase á Herodoto lib. 8. c. 56.

lernos para su confirmacion de mucho mayores argumentos. Porque las mas de las ciudades, en reconocimiento de este antiguo favor, nos envian todos los años las primicias de sus granos: y muchas veces se ha visto que si algunas se han olvidado de hacerlo, el mismo oráculo de Apolo les ha mandado que traigan aquella parte de frutos, y presten á nuestra ciudad el homenage acostumbrado. Y qué cosas merecerán mas ser creídas, que aquellas que un Dios manda, en que los Griegos todos convienen, cuya narracion concuerda con lo que al presente se hace, y en cuya confirmacion, lo que en el dia sucede en nada discrepa de lo que los antiguos nos dixeron? Y aun prescindiendo de esto, solo con volvernos á considerar los primitivos tiempos, hallarémos que aquellos que primero se vieron sobre la tierra, no pasaron la vida con todas las comodidades que en el dia goza; y que antes poco á poco se fueron adquiriendo. Quiénes pues, serán mas acreedores á que se piense de ellos, que ó las recibieron de la liberalidad de los Dioses, ó á fuerza de discurrir las inventaron? No serán aquellos, que, á juicio de todos, son los mas antiguos, los de mayor disposicion para las Artes, y los de mas piedad y religion para con los Dioses? Asi que el manifestar de quanto honor son dignos los que

fueron causa de tan grandes bienes, será sin duda superfluo y excusado: porque nadie habrá que sepa excogitar un premio que pueda corresponder á lo que hicieron. Y esto es lo que me pareció decir sobre el mayor, mas antiguo y mas general de todos nuestros beneficios. Pues por aquel mismo tiempo, como viese nuestra ciudad que los Bárbaros tenian ocupada la mayor parte de esta region, y que los Griegos, estando encerrados en un espacio muy estrecho, y teniendo muy poca tierra, se ponian mutuamente asechanzas, tomaban unos contra otros las armas, y aun perecian miserablemente, unos por falta de sustento, y otros por el rigor de la guerra: no fué insensible á todos estos trabajos; sino que antes envió sus Capitanes á las demas ciudades: y estos, habiendo juntado á los mas necesitados y vencido á la frente de ellos á los Bárbaros, edificaron varias poblaciones en uno y otro continente, y enviaron á todas las Islas Colonias diferentes (1). De modo que así puede decirse que

(1) Los mas de los Historiadores fijan la época de este hecho unos cien años despues de la guerra de Troya, de allí á poco de haber muerto Codro, último Rey de Atenas. Entónces fué quando, segun dicen, se apoderaron las Colonias Griegas de gran parte del Asia menor, y de las Islas vecinas.

dieron la vida á todos, tanto á los que los siguieron, como á los que se quedaron en su pais: porque á estos les dexaron suficiente tierra, y á aquellos les dieron mucha mas de la que tenian, pues ya entónces ocuparon todo el terreno que ahora poseemos. Y aun á los que en adelante quisiesen enviar Colonias é imitar á nuestra ciudad, se les dió permiso para que con la mayor seguridad pudiesen practicarlo: porque ya, para ocupar las posesiones, no tenian que exponerse ni al menor peligro; sino solo ir y fijarse donde nosotros les asignasemos. Pues quién podrá señalar una primacía y superioridad ó mas antigua que esta, que estaba ya de nuestra parte aun antes de fundarse la mayor parte de las ciudades Griegas? ó que haya sido de mayor utilidad que la que echó de sus posesiones á los Bárbaros, y á los Griegos les procuró tantas riquezas? Ni mientras atendia á cosas tan grandes, se olvidaba de otras; sino que antes era siempre el primero de sus beneficios el proveer de sustento á los necesitados: como deben hacerlo todos los que quieran que vaya bien gobernado lo demas. Y aun considerando que la vida que solo esto disfruta, no es todavía digna de movernos á desear vivir, fué tanto el cuidado que puso en todas las demas cosas, que en ninguno de aquellos que los hombres re-

putan por bienes y no los recibimos de mano de los Dioses ; sino que unos á otros nos los procuramos , en ninguno dexó de tener parte nuestra ciudad , y siempre se le debieron del todo los mas de ellos. Porque como hallase que los Griegos vivian todavía en aquel tiempo sin leyes , y andaban esparcidos y separados , y que por lo mismo unos eran oprimidos de los poderosos, y otros con la misma Anarquía se aniquilaban : á todos estos males dió remedio , tomando á unos bajo su potestad , y dando á otros exemplo ; pues ella fué la primera que dió leyes , y supo fijar una especie de gobierno. Y sino , la prueba es esta : que los primeros que se propusieron formalizar un juicio contra los homicidas , y valerse , para decidir sus disputas , de la razon y no de la fuerza , se rigieron por la decision de nuestras leyes (1). Pues las Artes , ya se tra-

(1) Cecrope , el fundador de Atenas , fué tambien su primer Legislador. Hasta su tiempo los del Atica , aquel pueblo despues tan sabio y regido con tan saludables establecimientos, habian vivido en la mayor barbarie y fiereza , sin conocer ni aun siquiera la sociedad conyugal ; pero Cecrope fijó el gobierno , introduxo el matrimonio , arregló otros varios puntos , y sobre todo para conocer de los delitos fundó aquel tribunal tan recto llamado el Areópago : del qual aseguraba Demósthenes que nunca sus sentencias habian sido otras que las de la Justicia. Y á

te de las que nos prestan lo necesario para la vida, ó ya de las que sirven á nuestra comodidad y regalo, ella fue quien, inventando unas, y aprobando otras, las comunicó á todo el resto de los Griegos (1). Y aun fueron tan hospitales y acomodadas á todos las demas disposiciones suyas, que igualmente convenian á los pobres, que á los que siendo ricos querian disfrutar de sus haberes, y no dexaban de ser del mismo modo útiles á los que se hallaban bien en sus ciudades, que á los que en ellas eran infelices; sino que entre nosotros hallaban los unos una habitacion deliciosa, y los

este fué al que se dirigieron Neptuno y Marte para terminar una contienda que se habia suscitado entre ellos, por haber Marte quitado la vida á un hijo de Neptuno llamado Halivrothio que habia violado una hija suya: la sentencia fué, que la venganza de Marte habia sido proporcionada á la injuria que se le habia hecho. Véase á Pausanias lib. 1. Libanio Declam. 22. y Plinio lib. 7. cap. 56.

(1) Las leyes de Solon acreditan que si en su tiempo los Atenienses por vicio de su antigua Legislacion habian caido en una infeliz Anarquía, eran en lo demas un pueblo culto, en el que se conocian las Artes, y se podia tener una vida cómoda. Solon no hizo mas que promover todo esto, ya con las leyes que iban á cortar la ociosidad &c. y ya tambien con el establecimiento del famoso puerto de Pireo, de que va á hablar al instante Isócrates.

otros un seguro asilo. Y aun mas : como ningun pueblo habita una region que lo lleve todo ; sino que todas abundan en unas cosas y les faltan otras , y es dificil el arreglar adonde se ha de conducir lo superfluo , y de donde se ha de tomar lo necesario : tambien supo vencer estos inconvenientes. Porque en medio de la Grecia hizo á su puerto Pireo un emporio tan excelente y abastecido , que aquellas cosas , que aun separadas apenas se encontrarian en cada pueblo , en él pueden comprarse con mucha facilidad. Y si con justa razon son alabados los que instituyeron las solemnes juntas de toda la Grecia , porque con introducir esta costumbre nos facilitaron el que , renovando nuestras alianzas y olvidando nuestras antiguas enemistades , pudiesemos juntarnos en uno , y el que , siendo comunes nuestros votos, nos acordasemos del deudo y parentesco que hay entre nosotros , nos mirasemos despues con mayor aficion , revalidasemos la inclinacion que debiamos á los que nos daban hospedage , y nuevamente nos estrechasemos unos con otros ; haciendo al mismo tiempo que ni los ignorantes ni los de excelentes ingenios estuviesen allí disgustados , por poder estos viendo congregados á todos los Griegos hacer ostentacion de su habilidad , y presenciar aquellos sus con-

tiendas, sin que ni unos ni otros dexasen de tener gusto, y antes teniendo todos de que alegrarse, los unos por considerar que para su diversion combatian los Atletas, y los otros por contemplar que á verlos combatir habia concurrido todo aquel gentío: aun en estos bienes que á las públicas juntas debemos, no hay porque ceda nuestra ciudad á las demas. Porque hay en ella muchos y muy excelentes espectáculos; de los quales unos son magníficos por las grandes sumas que en ellos se gastan, otros son celebrados por lo mucho que en ellos brillan las Artes, y otros en fin reunen ambas circunstancias (1). Y es tanta la gente

(1) Thespis el inventor de la Tragedia vivió en tiempo de Solon: y desde entónces hubo siempre en Atenas espectáculos; á los que se aficionaron tanto, que atrayendo á la ciudad todos los excelentes ingenios con proponerles grandes premios y honores, en breve tiempo lograron tener un teatro el mas delicado que se ha conocido. En él se fueron sucediendo aquellos grandes Trágicos Esquilo, Sofócles y Eurípides que serán siempre nuestros modelos, y que, por las máxîmas de sana moral que de su boca escuchaba el pueblo con la mayor atencion y gusto, serian el mejor elogio que se pudiera hacer de Atenas, si allí mismo no hubieran sido escuchadas con aplauso las sucias bufonadas y crueles sátiras de un Aristófanes y otros de esta laya. Ahora, por lo que hace á la magnificencia y gastos de estos espectáculos, eran tales que fue-

que concurre á nuestro pueblo, que si tiene algo de bueno el congregarse muchos hombres, tampoco habrá ninguno que le lleve el lauro. Despues de esto, el entablar amistades fieles y ajustar toda especie de concordias y contratos entre nosotros es donde puede hacerse principalmente. Y aquí tambien es donde se ven á cada paso combates y juegos, y no de ligereza ó de fuerza solamente, sino tambien de eloqüencia y talento y de todo genero de habilidades; y donde para ellos se proponen grandes premios: porque, sin contar los que ofrece nuestra ciudad, hace que tambien las demas ofrezcan: siendo de tanta autoridad nuestros juicios, que todos los hombres los miran con el mayor aprecio. Y fuera de esto, las demas juntas, no teniéndose sino despues de pasado mucho tiempo, al cabo de muy pocos dias estan disueltas; quando en nuestra ciudad hallan siempre una junta pública los que quieren concurrir á ella (1). A lo menos la Filosofia

ron una de las principales causas de la ruina de la República, porque en ellos se invertia la mayor parte del público caudal. Plutarco en el tratadito *de la gloria de los Atenienses*, dice que si se echára bien la cuenta se hallaria que habia gastado mas este pueblo en tales funciones que en defender la patria contra los Bárbaros.

(1) Ya hemos visto que junto á Atenas se cele-

que inventó y ordenó todas estas cosas, nos formó para los negocios, nos suavizó para el trato, é hizo distincion entre los infortunios en que caemos por nuestra ignorancia, y los que nos sobrevienen por una necesidad inevitable, y nos enseñó á guardarnos de los unos y llevar los otros con resignacion, estuvo siempre en credito en nuestra ciudad: y con ella la eloqüencia (1) que todos desean, y que ven con tanta envidia en los que la poseen. Pues como viese que comparados con los demas animales,

braban todos los años las fiestas de Ceres Eleusina: pues ademas de estas habia otras llamadas Panateneas y Bacanales, en las que como en los juegos Olímpicos habia luchas, carreras, &c. y de mas á mas contiendas de Poesía y Eloqüencia. Y en estas era tambien en las que se daban los espectáculos de que se habló en la nota antecedente.

(1) Sabido es entre los que piensan que la cultura en un pueblo empieza siempre por aquellas Artes que dan cebo á la imaginacion, porque ellas solas son capaces de llamar la atencion de una gente bárbara que no está hecha á meditar. Así la Poesía, tan antigua entre los Griegos, fué sin duda la que dispuso aquellos ánimos para la investigacion de las verdades abstractas; pero excitados una vez por ella al estudio, qué progresos no hicieron en la Filosofia! principalmente en aquella que trata de conocer al hombre, su estado y su relacion á la sociedad: porque esta fué, como tambien era natural, la primera que cultivaron y en la que por mucho tiempo se exercitaron con mucha utili-

solo era esto lo que teniamos de peculiar, y que, validos de ello, en todas las demas dotes les llevabamos mucha ventaja; y considerase que todas las demas acciones estaban de tal modo sujetas á la inconstancia de la fortuna, que las mas veces á los hombres prudentes todo les sucedia mal, y por el contrario los necios en todo salian bien librados; quando la habilidad de hablar bien de ningun modo podia convenir á los hombres de poco talento, y solo era propia de una alma sabia, y aun en ella principalmente se distinguian los doctos de los ignorantes; que los hombres bien criados ni por la fortaleza, ni por la hacienda, ni por los demas bienes de esta especie, sino solo por lo que hablaban se

dad del género humano. El mismo Solon quánto no debia haber meditado, para dar á los Atenienses aquellas leyes tan saludables, que sino fueron mejores, como él respondió á Anacarsis, fué porque no las admitia la constitucion y estado presente de su pueblo? Despues de él, aun ántes de la Era de los Sócrates y Platones siempre en Atenas hubo grandes ingenios que se ocu-

paron en las mismas especulaciones, cómo sería facil hacerlo ver, si de ello se tratase. Pues la eloqüencia qué estimacion no tuvo en esta ciudad? quánto no contribuyó á aquella delicadeza y fino gusto que se advertia hasta en los últimos del pueblo? De esto será excusado hablar mas, no habiendo quien no sepa quanto floreció esta Arte entre los Atenienses.

daban á conocer, y así esta era la mas cierta señal de la educacion de cada uno; y que los que sabian usar bien del don de la habla no solo eran hombres de poder en su pais, sino que eran en todas partes recibidos con mucha estimacion: ha sido tanto lo que en la sabiduría y eloqüencia se ha aventajado á todos los demas pueblos, que los que en ella son discípulos sirven de maestros en otras partes, el nombre de Griegos no se usa ya para significar una gente ó una nacion, sino para denotar el ingenio, y mas se llama Griegos á los que participan de nuestra instruccion, que á los que tienen el mismo origen que nosotros.

Mas para que no se me censure de que en cada una de estas cosas me detengo, habiendo prometido hablar de todas absolutamente, ni se crea que para celebrar á nuestra ciudad he recurrido á las que llevo expuestas, por no haber hazañas bélicas que puedan ceder en su alabanza: voy ya á hablar á los que gustan de oir esta especie de acontecimientos. Juzgo pues, que nuestros mayores no menos se hicieron acreedores á ser venerados por su loable porte en los peligros de la guerra, que por todos los demas beneficios que á la Grecia hicieron. Porque no fueron pequeñas, ó pocas, ú obscuras las contiendas en que se vieron; sino muchas y peligrosas y grandes, ya por

defender su patria, y ya por la libertad de los demas pueblos, haciendo en todo tiempo comun su poder á la Grecia entera, y vengando siempre á los que se veían oprimidos. Y aun por esto nos han censurado algunos de que no nos portabamos con la mayor prudencia, pues que acostumbrábamos á ponernos siempre de parte de los mas débiles: como si los que quisiesen alabarnos no pudieran hacer uso de estas mismas razones. Porque no fué el ignorar, quanto mejores serian para la seguridad las alianzas con los mas poderosos, lo que á ello nos determinó; sino que, aun conociendo mejor que todos lo que esto era, con todo quisimos mas, sin atender á nuestra utilidad, auxîliar á los mas débiles, que por un vil provecho unirnos, para hacer mal, con los mas fuertes. Pero acaso podrá mejor juzgarse de esta costumbre y del poder de nuestra ciudad por los mismos que alguna vez imploraron su socorro. Y para ello no haré mencion de los que ó lo imploraron poco há, ó fué para cosas de poca consideracion. Mucho antes de la guerra de Troya (porque por aquí han de empezar sus historias los que intenten disputarnos nuestros derechos) recurrieron ya á nosotros los hijos de Hércules, y poco antes que ellos Adrasto, hijo de Talao, que reynaba en Argos. Este, como hubiese te-

nido contraria la fortuna en la guerra contra Tebas, y no pudiese por sí mismo levantar los cadáveres de los que baxo el Alcazar Cadmeo habian muerto, juzgó que nuestra ciudad tomaria parte en sus infortunios y le daria ayuda; sin permitir que quedaran sin sepultura los que habian muerto en la guerra, y se quebrantaran ni las costumbres antiguas, ni las leyes de la patria (1). Y los hijos de Hércules, no habiendo querido, quando huían del encono de Euristeo, detenerse en otras muchas ciudades, por creer que no habia en ellas suficiente poder para remediar sus desdichas: solo á la nuestra tuvieron por capaz de pagarles los muchos beneficios que á todo el linage humano habia hecho su padre (2).

(1) Unos 1200 años antes de nuestra era vulgar fué la famosa guerra de Tebas entre los dos hermanos, Etocles que se habia apoderado del Reyno, y Polinices que trataba de hacer valer el derecho que á él tenia. En favor de Polinices vino Adrasto, Rey de Argos, quien tenia sitiada la ciudad al tiempo que en el desafio murieron los dos hermanos. Por lo qual irritados los Tebanos hicieron una salida, y obligaron á Adrasto á levantar el sitio, sin darle lugar para enterrar los muertos. Acogióse entónces este á Teseo, Rey de Atenas, quien precisó al instante á los Tebanos á entregar los cadáveres de los que habian muerto baxo la ciudadela, llamada Cadmea de Cadmo que fundó á Tebas.

(2) Por el mismo tiempo y en el reynado del

De lo qual puede facilmente colegirse que ya en aquel tiempo sobresalia nuestra ciudad, y que no en valde aspira ahora al mando y principado. Porque quién habia de haberse atrevido á recurrir ó á los mas débiles, ó á los que reconocian superior, dexándose á otros que de mayor poder se hallasen adornados? Y mas tratándose, no de negocios privados, sino públicos, y tales, que solo parecia deber tomarlos á su cargo aquellos que aspirasen á ser entre los Griegos los primeros. Y no, no los engañaron las esperanzas que les hicieron acogerse á nuestros padres. Porque habiendo declarado la guerra, por los que en ella habian muerto, á los Tebanos, y por los hijos de Hércules al exército de Euristeo: á aquellos á fuerza de armas los precisaron á entregar los cadáveres, para darles sepultura, á sus parientes; y á los que del Peloponeso habian invadido nuestra region

mismo Teseo vinieron tambien los hijos de Hércules, perseguidos por Euristeo, Rey de Micenas, á establecerse en el Atica baxo la proteccion de aquel héroe, que deshizo al perseguidor, y lo entregó en manos de los mismos Heráclidas. Tuviéronle estos mucho tiempo en cadenas, y por último le quitaron la vida. Sobre este hecho y el de la antecedente nota véase á Plutarco en la vida de Teseo, el elogio de Helena de nuestro Isócrates, y á Petavio en su *Rationarium temporum* lib. 1. cap. 11.

con Euristeo, saliéndoles al encuentro, los vencieron y humillaron su soberbia. Y si ya antes por las otras hazañas suyas eran admirados, con estas adquirieron mucho mayor reputacion: porque no fué de poca monta lo que hicieron; antes de tal modo trocaron la suerte de los unos y los otros, que el que se habia visto precisado á ponerse baxo nuestro amparo, habiendo vencido á viva fuerza á sus enemigos, solo se retiró despues de haber hecho quanto apetecia; y Euristeo, que habia esperado sojuzgarnos, vino por fin á ser cautivo, y á verse en la precision de hacernos ruegos. Así á aquel heroe tan superior á la naturaleza de los hombres (como hijo al fin de Júpiter), y que aun siendo mortal alcanzaba las fuerzas de un Dios, pudo tenerle siempre sujeto y molestarle; pero despues que delinquió contra nosotros le dió tal vuelta la fortuna, que habiendo caido en manos de los hijos de este mismo heroe, vino á acabar sus dias vergonzosamente. Y aunque son muchos los beneficios que á la ciudad de los Lacedemonios hemos dispensado, no es en vano el que solo haya hablado de este: porque, valiéndose de la ocasion de verse ya en cobro por nosotros, los ascendientes de los que hoy reynan en Lacedemonia que traían de Hércules su origen, pasaron al Pelopo-

neso, y apoderándose de Argos, de Lacedemonia y de Mesena, fundaron á Esparta, y fueron los primeros autores de todos los bienes, de que estan aun hoy dia disfrutando. Esto era lo que convenia que tuvieran presente, y así nunca se atreverian ni á invadir aquella region en que puede decirse que empezaron sus padres á labrarse toda esta felicidad, ni á acarrear temores y peligros á aquel pueblo que supo exponerse por los hijos de Hércules, ni á dar el principado á los descendientes de este heroe, é intentar poner baxo su dominio aquella ciudad, que fué la causa de que pudiese su generacion salir á salvo. Y si me es necesario, dexándome de agradecimientos y equidades, volver á mi asunto y entrar en lo principal de mi discurso: de ninguna manera conviene con las costumbres patrias, que los advenedizos dominen á los indígenas, los que han recibido beneficios á los que se los dispensaron, y los que se han visto en precision de suplicar á aquellos que otorgaron sus demandas. Pero aun puedo hablar de estas mismas cosas en menos palabras: porque entre todas las ciudades de la Grecia (salva siempre la nuestra), Argos, Tebas y Lacedemonia eran ya entónces las mas populosas, como lo son en el dia. Y no obstante se vé que nuestros mayores sobresa-

lieron entre todos, de tal suerte, que por los Argivos, que habian sido derrotados, sujetaron á los de Tebas que estaban muy orgullosos; por los hijos de Hércules vencieron en batalla á los de Argos y á todos los demas del Peloponeso; y finalmente sacaron á salvo á los Fundadores de Esparta, Gefes y Príncipes de los Lacedemonios, del peligro que de parte de Euristeo les estaba amenazando. Y así no sé que haya quien pueda probar con mas poderosas razones, que le corresponde el Principado de la Grecia.

Mas creo que ahora ya me toca hablar de lo que en otro tiempo hizo nuestra ciudad contra los Bárbaros; y mas dirigiéndose este discurso á manifestar, de quien, en la expedicion contra ellos, habrá de ser el mando. Y si hubiera de hacer enumeracion de todas las batallas, conozco que sería mucho lo que me dilatase: y por lo tanto, al modo que hasta ahora he acostumbrado á hacerlo, me ceñiré á las mas principales solamente. Son pues, entre todas las gentes Bárbaras los mas antiguos y de mayor poder los Escitas, los Tracios y los Persas. Pues todos estos han venido á ponernos asechanzas, y contra todos ellos ha tenido nuestra ciudad que defenderse. Qué tendrán pues, que responder nuestros contrarios, si les demostramos que entre los Griegos los que han querido recobrar

sus derechos han tenido que recurrir á nosotros; y entre los Bárbaros los que han intentado sojuzgar la Grecia, nos han acometido á nosotros los primeros? Y aunque la mas ilustre ha sido la guerra contra los Persas: no dan sin embargo menor argumento nuestras antiguas proezas contra los que nos disputan nuestros derechos. Porque siendo aun la Grecia un estado débil, invadieron ya nuestra region los Tracios, conducidos por Eumolpo hijo de Neptuno, y los Escitas, acompañados de las Amazonas que eran hijas de Marte: no á un mismo tiempo (1); sino quando los unos y los otros intentaban sujetar á la Europa. Y aunque aborrecian á todos los Griegos, pretextaron sin embargo algunos resentimientos contra nuestra ciudad, por creer que de este modo no tendrian que pelear sino

(1) La expedicion de los Tracios, de que habla aquí Isócrates, dícese haberse emprendido en el reynado del Rey Erecteo, sobre poco mas ó menos al tiempo de la venida de Ceres al Atica; y la de los Escitas con las Amazonas fué siglo y medio despues en tiempo de Teseo. De la primera apenas se halla memoria en las historias; pero la segunda, ademas de estar indicada en Herodoto lib. 9. cap 27. se halla referida á la larga, aunque no como aquí, en Plutarco en la vida de Teseo que fué quien consiguió de ellas tan señalada victoria, y habla de ella Justino en el libro 2.

con un solo pueblo, y al fin de todos lograrian apoderarse. Mas no les sucedió como pensaban: porque habiendo peleado contra solos nuestros mayores, fueron no obstante eso desechos, como si contra todos los hombres hubieran combatido. Y la prueba de los graves daños que de nosotros entónces recibieron es, que no duraria hasta la hora de ahora su noticia, si nuestras hazañas no hubieran sido tan excelentes y señaladas. Dícese pues, de las Amazonas, que no volvió ninguna de quantas vinieron, y que las que allá quedaron fueron por esta pérdida arrojadas de su Imperio: y de los Tracios, que siendo así que antes siempre habian sido vecinos nuestros, fué tanto lo que de nosotros se apartaron de resulta de aquella expedicion, que en el espacio que dexaron pudieron despues establecerse muchas y muy varias gentes, y edificarse grandes ciudades: cosas todas maravillosas y muy propias de los que apetecen ser mirados como los primeros; pero en nada les son inferiores aquellas que despues hicieron los que (como correspondia á quienes de tales hombres descendieran) contra Dario y Xerxes pelearon. Porque como despues de declarada esta gran guerra, se viesen amenazados de muchos peligros; los enemigos á causa de su excesivo número juzgasen que no podia hacer-

seles resistencia ; y sus aliados llegasen á creerse que su poder era insuperable : sujetaron sin embargo á los unos y á los otros, como convenia que fuese sujetado cada uno, y habiendo dado muestras de su excelente valor en todos los peligros , al punto fueron reconocidos por los mejores guerreros, y poco despues alcanzaron el imperio de la mar : acordándoselo todos los demas Griegos , sin que entónces se lo disputasen los mismos que tratan ahora de quitarselo. Y no , no ignoro , como acaso creerá alguno, que tambien los Lacedemonios habian ya por aquel tiempo hecho grandes servicios á los Griegos ; pero aun por eso mismo es mas de alabar nuestra ciudad , pues que aun teniendo tales competidores se aventajó tanto á ellos. Pero quiero hablar todavía mas á la larga de estas guerras , y no pasar por ellas tan corriendo , para que sirvan de recordarnos estas dos cosas : el valor de nuestros mayores , y la antigua enemistad que tenemos con los Bárbaros. Bien sé que es dificultoso hablar tan á la postre de unas cosas , tratadas ya de antemano , y de las que han hablado muchas veces los mas elocüentes ciudadanos en las exêquias de nuestros mayores. Porque es preciso que se hayan valido ya de los principales hechos , y que solo hayan quedado sin tocar algunos de poca consideracion ; pero pues hacen á

mi intento, al cabo me resuelvo á recordároslos. Y aunque creo que fueron autores de inumerables bienes, y acreedores á imponderables alabanzas los que por la Grecia expusieron sus cuerpos á tan grandes riesgos: no por eso me parece justo que queden en olvido los excelentes hombres que gobernaron una y otra ciudad antes de esta guerra. Porque ellos fueron los que prepararon los ánimos de sus descendientes; los que inclinaron el pueblo á la virtud y fortaleza; y los que les formaron á los Bárbaros unos tan poderosos enemigos. Porque no miraban como de poca monta las cosas públicas, ni las disfrutaban como propias, y abandonaban como agenas; sino que las miraban como suyas, y se abstenian de ellas, como conviene abstenerse de las que son en un todo agenas. Ni median la felicidad por el dinero; sino que solo aquel creian que poseia una grande y preciosa hacienda, que hacia cosas por donde lograra ser estimado, y dexar á sus hijos una perpetua gloria. Ni los unos atendian al atrevimiento de los otros, ni exercitaban contra sí mismos su osadía; sino que tenian por mucho peor el que hablasen mal de ellos sus ciudadanos, que el morir honradamente por la patria: avergonzándose mas de las faltas que cometian en la pública administracion, que se avergüenza hoy cada uno de las suyas. Y todo esto na-

cia de que miraban como tener unas leyes que dirigiesen bien y acertadamente, no tanto los contratos privados, como la educacion y las costumbres (1). Porque creian que los hombres de bien no tienen necesidad de muchos escritos; sino de pocos signos, pensando con uniformidad tanto en las cosas públicas, como en las privadas. Así se miraban con tanto amor y union los unos á los otros, que habia entre ellos competencias, no sobre quienes habian de ser los que, destruyendo una parte de sus conciudadanos, tiranizasen á los demas; sino sobre quienes serian los que hiciesen á la ciudad mayores bienes: y si entablaban sociedades entre sí, no era para tratar de sus propios intereses; sino para ver como pro-

(1) Hay muchas cosas que faltase á su palabra, en que han convenido siempre los sabios, y una de ellas es esta, á saber: que lo que conviene es dirigir la educacion y las costumbres; y que en un pueblo bien gobernado apenas debe haber otras leyes, que las que á esto se encaminen. Si entre nosotros fueran mirados con horror, por exemplo los embusteros, y fuera tenido por abominable el y esto por principios de educacion, estarian de sobra muchas leyes, que por no ser conformes á ellas las costumbres, tampoco ahora sirven de nada, para valerme de la expresion de Horacio, quien tambien dice: *Quid leges sine moribus vanae proficiunt*? En que-riendo los hombres engañar, con formalidades y escrituras, y quanto se quiera imaginar engañan,

curarian al pueblo alguna utilidad. Y de este mismo modo administraban las cosas agenas : sirviendo , pero no injuriando á los Griegos : estando persuadidos de que debian regirlos , mas no tiranizarlos : queriendo mas ser reconocidos por Gefes que por Señores absolutos , y ser antes llamados salvadores , que destruidores : grangeándose el aprecio de las ciudades con hacerles bien, y no tratando de sujetarlas con violencia: siendo mas fieles en guardar su palabra , que ahora los juramentos : creyendo que debian ceder á sus pactos , del mismo modo que á la necesidad : no ensoberbeciéndose por su mucho poder , y solo gloriándose de que vivian con moderacion : portándose con los mas débiles , como hubieran deseado que se portasen con ellos lo mas fuertes : y acomodándose finalmente todos á este modo de pensar : que aunque habia una ciudad que les era propia , habitaban sin embargo en la Grecia como en una patria comun. Pensando pues , con este juicio , y criando en estas costumbres á los jóvenes , lograron hacer tan valerosos y esforzados á los que contra los Asiáticos pelearon , que acaso no habrá ni entre los Poétas , ni entre los Oradores quien pueda celebrar dignamente sus hazañas. Y no lo extraño : porque tan dificultoso es alabar á los que por su valor se han señalado , como á los que

nada han hecho digno de memoria : pues si en los unos faltan los hechos, para los otros no se encuentran palabras convenientes. Porque quales igualarán el valor de unos hombres que tanto á los mismos sitiadores de Troya se aventajaron, que habiendo estos gastado diez años para destruir una sola ciudad, ellos en muy poco tiempo quebrantaron las fuerzas de toda el Asia, y no solo salvaron á su patria; sino que sacaron tambien de la esclavitud á todo el resto de la Grecia? qué proezas, qué trabajos, qué peligros hubieran reusado por ser durante su vida tenidos en mucho, los que por solo dexar un glorioso nombre despues de su fallecimiento, con tanto ánimo se ofrecieron á la muerte? Y aun llego á presumir que aquella guerra la movió algun Dios que estaba enamorado de su esfuerzo, para que unos hombres de tan superior naturaleza no fueran olvidados y acabaran sin nombre sus dias; sino que antes á los mismos hijos de los Dioses, Semidioses llamados, vinieran á ser reputados por iguales. Porque tambien ellos cedieron sus cuerpos á las necesidades de la naturaleza; pero dexaron de su virtud una memoria sempiterna.

Es bien cierto que hubo siempre entre nuestros mayores y los Lacedemonios una especie de emulacion; pero nunca altercaron en aquellos tiempos sino sobre cosas

laudables, mirándose los unos á los otros solo como competidores, y no como enemigos; ni se unieron jamas al Bárbaro para esclavizar la Grecia; sino que siempre, en quanto á la comun salud de ella, estuvieron de acuerdo; y solo, sobre quienes habian de ser los primeros en procurarla, eran todos sus debates y competencias. Mas quando principalmente hicieron unos y otros muestra de su esfuerzo, fué quando contra las tropas de Dario combatieron. Porque habiendo hecho estas irrupcion en el territorio de Atenas, no quisieron nuestros mayores aguardar á sus confederados; sino que, haciendo peligro propio suyo aquella guerra que á todos era comun, salieron al encuentro á los que á la Grecia entera tenian en poco con solo el exército de su ciudad, pocos contra muchos millares, como si fueran agenas las vidas que exponian. Y los Lacedemonios, apenas tuvieron noticia de la guerra que se habia movido contra Atenas, quando, depuestos todos los demas cuidados, vinieron en nuestro socorro con la misma prontitud que si su propia region estuvieran los enemigos arrasando. Y lo que mas prueba la celeridad y emulacion de entrambos pueblos es, que de nuestros padres se cuenta, que en el mismo dia en que supieron la irrupcion de los Bárbaros, en aquel mismo salieron á

defender sus términos, vencieron en batalla á sus enemigos, y por su victoria levantaron un trofeo; y de los Lacedemonios, que en tres dias y otras tantas noches anduvo su tropa de tierra mil y doscientos estadios: dándose toda esta priesa los unos por tener parte en los peligros, y los otros por entrar en el combate antes que les llegasen los socorros (1). Movióse despues de esto otra guerra, y dexando el cuidado del Reyno, atreviéndose á guiar un exército, y recogiendo todas las fuerzas del Asia, quiso ser General en ella el mismo Xerxes: de quien como intentará hablar nadie, sin que quede muy corto, por mas empeño que haga en exâgerar y ponderar? El vino á tal extremo de arrogancia, que teniendo por cosa de ningun trabajo el esclavizar á la Grecia, y queriendo dexar un monumento que lo acreditase de superior á la naturaleza humana, no paró hasta excogi-

(1) En esta guerra que fué unos quinientos años antes de nuestra era, y sesenta y quatro antes del nacimiento de Isócrates, tuvo el mando principalmente Milciades, por lo menos á él se le debió la victoria: así véase su vida en Cornelio Nepote. Véase tambien á Herodoto en el lib. 6. cap. 94. hasta el 121. donde se refiere todo esto con mucha extension, y se dice la supersticiosa causa que tuvieron los Lacedemonios para llegar tarde, y á Justino libro 2. quien no hace mas que compendiar á Herodoto.

tar y poner por obra lo que todo el mundo pregona, y fué hacer navegar á su exército por el continente y andar á pie por el mar, haciendo un puente sobre el Helesponto (1), y horadando del un lado al otro el monte Atos. Pues á este tan arrogante que tales cosas habia emprendido, y que á tantas gentes dominaba, se atrevieron á salir al encuentro, partiendo entre sí el peligro, los Lacedemonios con solos mil hombres y un número muy corto de aliados que oponer á su exército, á Termópilas (2), para impedirle desde aquel desfiladero el pasar mas adelante, y nuestros padres á Artemisio (3), habiendo equipado solas sesenta galeras contra la gran armada de los Persas. Y á todo esto se atrevieron, no tanto porque despreciasen á los enemi-

(1) Herodoto cuenta tambien esto mismo, y tiene bastante probabilidad, quando Isócrates se atrevia á hablar así de ello á unos hombres que casi lo habian visto.

(2) Termópilas se llamaba un desfiladero ó garganta que quedaba entre el monte Oeta y el mar Egeo enfrente de la Eubea, hoy Isla de Negro-ponto; y allí fué donde trescientos Lacedemonios con su General Leonidas perdieron generosamente la vida por impedir el paso al exército de Xerxes, en el que (aunque por fin fueron vencidos) hicieron una horrorosa carniceria.

(3) Artemisio era puerto de la Eubea, en el que esperaron los Atenienses la esquadra terrible de Xerxes, y la vencieron.

gos, como por la emulacion que habia entre ellos. Porque los Lacedemonios por la batalla de Maratona nos tenian envidia, y querian ponerse al par de nosotros, temiendo no fuese que dos veces consecutivas se debiese á nuestra ciudad la salud de la Grecia; y nuestros mayores, ademas de querer conservar su buena opinion, y hacer patente al mundo que la primera vez por solo su valor, y no por casualidad habian sido vencedores (1), querian tambien atraer los Griegos á un combate naval, para que viesen que tanto en el mar como en la tierra vale siempre mas la fortaleza, que no el crecido número de tropas. Pues aunque eran en el ánimo tan iguales, no tuvieron con todo igual fortuna. Porque los Lacedemonios perecieron, y si con sus ánimos y espíritus fueron vencedores, los cuerpos sin embargo hubieron de ceder, no pudiéndose decir que fueron vencidos, pues que no dió á huir ninguno de ellos; pero los nuestros quedaron de la esquadra enemiga vic-

(1) Es esto en tanto grado cierto que al entrar en la batalla de Platea los soldados Atenienses se decian unos á otros: „No es por una „region, ó por una ciu- „dad solamente por lo „que combatimos: com- „batimos por los troféos „de Marátona y Salámi- „na: probemos que se „debieron á los Ate- „nienses, y no á Mil- „ciades ni á la fortu- „na.“

toriosos. Mas despues que supieron que se habian los enemigos apoderado del paso, dando á casa la vuelta con sus naves, tomaron con tal acierto sus medidas, que, habiendo hecho muchas y muy ilustres hazañas, dieron mayor muestra de su superior esfuerzo quando se vieron reducidos á los últimos peligros. Porque como nuestros confederados hubiesen desmayado, los del Peloponeso hubiesen cerrado su Istmo (1), proveyendo así á su propia seguridad, los de las otras ciudades sujetas ya á los Bárbaros se hubiesen incorporado á su exército (á no que de alguna por su pequeñéz no se hubiera hecho cuenta), y por venir contra el Atica mil y doscientas galeras y un inumerable exército no les quedase medio alguno de salvarse; aun viéndose destituidos de socorro y privados de toda esperanza, y siéndoles lícito no solo evitar aquellos peligros, sino tambien conseguir los grandes honores con que el Rey les brindaba, creido de que uniéndosele nuestra esquadra podria luego apoderarse facilmente del Peloponeso: aun con todo esto no quisieron admitir sus ofertas, ni enfadándose con los Griegos porque los habian abandonado, llegaron á pensar en reconciliarse con los

(1) Este Istmo es el de Corinto, por donde no tiene mas que dos leguas: así podian muy bien cerrarle los del Peloponeso.

Bárbaros; sino que se dispusieron á pelear por la comun libertad, compadeciéndose de los miserables que la servidumbre habian elegido. Porque creian que á los pueblos pequeños les está bien el asegurar su salud de qualquier modo; pero que no de la misma suerte conviene á las ciudades que se tienen por las primeras y principales, el huir de los peligros; sino que así como entre los hombres los que son buenos y virtuosos prefieren el morir con honra al vivir en la infamia y afrenta: así tambien las ciudades principales deben antes permitir el que las borren de sobre la haz de la tierra, que el que las vean en la opresion y servidumbre. Y que así pensaron no admite la menor duda: pues quando vieron que no podian entrar á un mismo tiempo en combate con entrambas tropas, cogiendo en sus naves toda la gente de la ciudad la pasaron á la Isla vecina (1), para pelear separadamente con cada una de las tropas, y no aventurarse á pelear de una vez con una y otra. Pues cómo podrán hallarse unos

(1) Esta es la Isla de Salámina: á ella se retiraron los Atenienses por disposicion de Temístocles, y en su puerto destruyeron del todo la formidable Armada de los Persas: tanto que Xerxes lleno de miedo al instante se retiró. Y esta es la famosa batalla de Salámina, de que habla Herodoto en el libro 8. desde el cap. 56.

hombres ó mas excelentes ó mas amantes de la Grecia que estos, que por no permitir que los demas pueblos de ella cayesen en la esclavitud, tuvieron valor para ver desierta su ciudad, arrasadas sus campiñas, ultrajados sus Dioses, abrasados sus templos, y que por fin cargaban sobre sola su patria todos los rigores de la guerra? Y ni aun esto les bastó: que habian ya llegado á resolverse á pelear ellos solos contra mil y doscientas galeras; sino que no los dexaron, porque avergonzándose los del Peloponeso de nuestro valor, y considerando que si los nuestros eran vencidos, no podian ellos quedar en salvo, y que si vencian, esto habia de ser de una gran ignominia para sus ciudades, se vieron precisados á tomar ya parte en estos peligros. Y qual fuese la turbacion que reynó en esta accion, qual la griteria y quales las voces, como en todos los combates navales acontece, no me parece que hay porque referirlo(1).

(1) En todas estas hazañas tuvo la principal parte el gran Temístocles: véase su vida en Plutarco y en Cornelio Nepote: véase asimismo á Herodoto en los lib. 7. y 8., y á Tucidides lib. 1. n. 74. Pero donde debe leerse principalmente esta parte de la historia de Atenas es en Justino al lib. 2. y en los Elementos de historia general del Abate Millot tom. 1. donde está acompañada de las mejores reflexiones.

Así solo de aquellas circunstancias que hacen á mi intento, que manifiestan ser nuestra ciudad acreedora al Principado, y que son por todos confesadas uniformemente, deberé yo en esta ocasion hacer memoria. Sobresalió pues, Atenas de tal suerte en los dias de su prosperidad, que aun quando se vió arrasada dió ella sola mas galeras para aquel combate, en que iba la salud de toda la Grecia, que todos los demas pueblos que en él tuvieron parte. Porque no hay ninguno que, por mal que esté con nosotros, no confiese que al combate naval se debió la victoria en aquella guerra, y que es mucha razon que se nos atribuya este á nosotros. Pues ahora, habiéndose de hacer la guerra á los Bárbaros, quienes será justo que tengan en ella el mando? No seran aquellos que mejor se portaron en la primera guerra, supieron salir de mayores peligros, y en los comunes combates ganaron el prez de mas fuertes guerreros? No aquellos que expusieron su salud por la de los otros pueblos, fundaron de tiempos antiguos mas ciudades, y las sacaron despues de las mayores miserias? Cómo no se nos hará un grande agravio si habiendo llevado en los peligros la mayor parte, se nos dá ahora la menor del premio, y habiendo sido en el exército los primeros, se nos adelantan ahora algunos

otros? Hasta aquí pues, estoy cierto de que todos han de confesar que ha sido nuestra ciudad la que ha hecho á la Grecia mayores servicios, y que se le debe de justicia el Principado. Pero á pesar de todo esto, no falta quien nos reprenda de que despues que conseguimos el imperio del mar (1), hemos acarreado á los Griegos muchos males, atribuyéndonos en sus conversaciones la esclavitud de los Melios, y la entera ruina de los Escionios (2). Pero yo en pri-

(1) Este no lo tuvieron los Atenienses hasta que despues de la primera guerra con los Persas, que fué la de Dario, previendo Temístocles el mal que les amenazaba, les hizo dirigir todas sus atenciones á la Marina, á la que, como se ha visto, debieron luego su libertad y su gloria.

(2) Melos es una de las Islas del Egeo ó Archipiélago, y Escione una de las ciudades del Peloponeso sobre el golfo de Corinto. Lo que contra ellas hicieron los Atenienses es esto: habiendo los Lacedemonios (despues de haberse hecho respetables por la guerra del Peloponeso, de que se hablará al instante), arrasado la ciudad de Platea, y acogiéndose á Atenas los pocos de sus habitantes que pudieron: en despique los Atenienses tomaron despues á Escione, mataron á todos los que podian llevar armas, hicieron esclavos á los jóvenes y mugeres, y enviaron allá á habitar á los ciudadanos de Platea. De allí á poco tiempo arrasaron tambien la ciudad de Melos en la Isla de su nombre, y enviaron á poblarla una Colonia de quinientos hombres. Véase á Tucidides en el l.5. n.23.y 116.

mer lugar juzgo que no es señal de que imperemos mal el que algunos de los que se atrevieron á hacernos guerra, hayan sido con rigor castigados; y antes es indicio de lo bien que miramos por nuestros aliados el que ninguna de las ciudades que nos estan sujetas, haya caido en semejantes calamidades: y fuera de esto, si hubiera habido otros que hubieran usado de mayor clemencia en igual caso, podrian con justo motivo censurarnos; pero si esto no es así, ni es posible gobernar un tan gran número de ciudades sin castigar á los que lo merezcan: cómo no deberemos ser alabados nosotros, que sin haber castigado mas que á unos quantos, hemos sabido conservar el mando por tan largo tiempo? Y yo presumo que todos han de convenir en que sin duda han sido los mejores Gefes de la Grecia aquellos, baxo cuyo imperio hayan llegado los súbditos á mayor prosperidad. Pues baxo nuestro gobierno hallarémos que las cosas de los particulares prosperaron, y se aumentaron sobre manera las ciudades. Porque no miramos con envidia á las que se van cada dia dilatando, ni tratamos de perturbarlas introduciendo nuevas formas de gobierno para que así alterquen unos con otros, y todos tengan que mirarnos con respeto; sino que, poniendo nuestra utilidad en la concordia de todos nuestros con-

federados, gobernamos con unas mismas leyes todas las ciudades, procurando su bien estar como amigos, y no como señores; presidiendo á todos sus negocios, pero dexándoles gozar en particular de su libertad; poniéndonos de parte del pueblo y haciendo frente al demasiado poderío: por pensar que no es razon que los mas esten sujetos á los menos; que los que tienen, sí, menos haberes, pero por lo demas en nada son inferiores á los otros, sean apartados de los empleos; y que siendo la misma la patria de todos, unos tengan en ella toda la autoridad, y otros no sean mas que residentes, quedando privados del derecho de ciudadanos que les habia la naturaleza concedido. Estando pues, mal por esto y por otras muchas cosas con las Oligarchîas (1), hemos establecido para los demas la misma

(1) Oligarchîa es el gobierno de pocos, que quando estos son los mejores, se llama Aristocracia: y de aquella especie era el que los Lacedemonios establecieron en Atenas, contra el que por lo mismo se declara aquí Isócrates, aunque parece que habla en general. Y aun el de la misma Esparta era de este género si miramos á que los que estaban establecidos en los demas pueblos de la Laconia, no obstante ser todos unos con los Esparciatas, estaban como aquí se dice excluidos del gobierno. Véase lo que se dice acerca de esto en el tom. II. en una de las notas del Panatenaico.

especie de gobierno que hay entre nosotros. De la qual no hay para que os haga aquí unos grandes elogios, mayormente pudiendo comprender en muy pocas palabras quanto hay que decir. Porque habiendonos regido segun ella setenta años, vivimos por todo este tiempo libres de tiranias, seguros de parte de los Bárbaros, tranquilos y sosegados entre nosotros, y en una perpetua paz con todos los hombres. De lo que debieran estarnos agradecidos los que tuviesen juicio, y no darnos en rostro con nuestras Colonias, quando solo las enviamos á las ciudades desiertas porque sirvieran en ellas de defensa, y no por satisfacer nuestra ambicion. Y en prueba de ello: teniendo nosotros un terreno sumamente estrecho atendido el crecido número de ciudadanos, y un mando grandísimo; poseyendo dobles galeras que todos los demas, y estas tales, que con una armada dos veces mayor pudieran entrar en combate; estando por debaxo de nuestra Atica situada la Eubea, que era muy apropósito para el imperio de la mar, y en quanto á fuerzas se aventajaba á todas las demas Islas; y pudiendo disponer de ella mas que si fuese nuestra: aun con todo eso, y con saber ademas que tanto entre los Griegos como entre los Bárbaros aquellos se habian hecho siempre mas lugar que con expeler á sus ve-

cinos, se habian quedado en la mayor tranquilidad y descanso, nunca nos movimos á incomodar á los habitadores de la Isla; sino que antes acreditamos que de quantos han llegado á un sumo poder eramos los únicos que hubiesen vivido con mas moderacion todavía, que los que se decian estar esclavizados. Pues si nos hubiera dominado la codicia, de ningun modo hubieramos apetecido el territorio de los Escionios, que cedimos al punto á los que de Platea se habian acogido á nosotros, dexándonos una region que hubiera podido ponernos á todos en un buen estado. Y aun habiéndonos portado nosotros de esta suerte, y dado pruebas de que estamos muy lejos de codiciar lo ageno, tienen aliento para reprendernos, quienes? sino los mismos que han sido del número de los Decuriones, han afligido á su misma patria, han hecho que parezcan pequeñas las injurias que ya supieron hacer sus mayores, y no han dexado cosa en que los que de hoy mas quieran ser malos puedan excederlos (1);

(1) Despues de la famosa guerra del Peloponeso entre Atenienses y Lacedemonios, tan bien escrita por Tucidides, que tuvo en ella parte, vencidos finalmente por Lisandro los Atenienses, y reducidos, viendo sitiada por mar y tierra á su patria, á hacer unas capitulaciones vergonzosas, quedaron los Lacedemonios por superiores

sino que antes haciendo de Lacedemonios, se han portado al revés enteramente que estos, y lamentándose de los trabajos de los Melios, han tenido la osadía de causar á sus conciudadanos mismos irreparables daños. Porque qué injusticia dexaron por hacer? qué género de infamia ó de maldad se les pasó por alto? Ellos á los mas necios los tuvieron por los mas dignos de crédito, y á los traidores los remuneraron como si hubieran sido los mas beneméritos. Llegaron al extremo de servir á los mismos esclavos por insultar á su patria, y de tener en mas á los asesinos y matadores que á sus mismos padres. Y en fin á todos nosotros nos llevaron á tal punto de crueldad y dureza, que siendo así que en el tiempo de nuestra ventura qualquiera en los mas pequeños trabajos tenia muchos que de él se compa-

entre todos los Griegos: y entónces fué quando se portaron con la inhumanidad que aquí se dice. Lisandro apenas se vió vencedor, tuvo la odiosa política de abolir en todas las ciudades Griegas la antigua forma de gobierno, substituyendo el poder en unos Magistrados que le estuvieran sujetos; y estos son los Decuriones de que aquí habla Isócrates; pero la ciudad que mas sufrió, fué la infeliz Atenas en la que puso treinta de estos Magistrados, que por lo bien que se portaron, se alzaron con el nombre de los treinta tiranos. Véase á Xenofonte en el lib. 3. de las historias Griegas, á Justino lib. 5. y la vida de Lisandro en Plutarco y Cornelio Nepote.

deciesen: ahora desde que ellos entraron en el mando, por los muchos males que cada uno sufre, hemos perdido enteramente los unos para con los otros la misericordia y compasion, porque á nadie se le ha dado lugar para sentir agenos males. Sino, quién ha sido el que ha escapado de sus manos? quién ha estado tan lejos de los empleos públicos, que no haya venido por fin á estar muy cerca de las calamidades á que su mala condicion nos ha traido? Y aun no se avergonzarán los que tan sin ley han gobernado sus ciudades, de calumniar á la nuestra injustamente? Y no solo esto, sino que aun tienen valor para sacar á plaza nuestros juicios y sentencias, quando en solos tres meses han muerto ellos mas hombres sin oirlos, que los que fueron por nuestra ciudad juzgados en todo el tiempo de su dominacion. Pues las emigraciones, tumultos, variaciones de leyes, mutaciones de gobierno, escándalos de jóvenes, afrentas de mugeres, y robos de caudales (1) que en su tiempo han sucedido, quién será el que los pueda enumerar? Sin embar-

(1) Lisandro fué tambien el primero que introduxo el dinero en Esparta, y quien por consiguiente corrompió aquella ciudad de costumbres tan austéras. Así al instante se vió en ella la codicia, y á su lado una infinidad de maldades y delitos.

go, esto puedo decir: que todos los males que nosotros irrogamos con un solo decreto pudieran ser facilmente remediados, quando á las muertes y males que ellos han causado no ha de haber nadie que les pueda poner remedio. Qué? ni aun esta paz, ni esta libertad (1) (que no siendo en el efecto ninguna suena tanto en las públicas escrituras) debe ser de modo alguno mas apetecida que el vivir baxo nuestra autoridad y gobierno. Porque, quién apetecerá aquella constitucion, baxo la qual son piratas los que tienen ocupada la mar, y hombres armados los que toman el gobierno de las ciudades? segun la que en lugar de pelear con otros por la defensa de su territorio, dentro de los mismos muros los ciudadanos estan unos con otros en contínua guerra? por la que han sido reducidas á la esclavitud mas ciudades, que antes que nosotros ajustasemos la paz? y durante la qué por las contínuas mudanzas estan mas acobardados los que en las ciudades han permanecido, que los que de ellas han salido desterrados? porque los unos están siempre temiendo, y los otros esperan ser restitui-

(1) Esta fué la paz hecha últimamente con el Persá de que se hablará despues quando se haga el cotejo entre el honroso tratado que hicieron los Atenienses, y este humilde y abatido que hicieron los Lacedemonios.

dos. Pues en quanto á libertad y leyes propias, estan tan lejos las ciudades de lo uno y lo otro, que unas estan baxo el poder de tiranos, otras son esclavizadas por sus Gobernadores, otras han sido enteramente destruidas, y de otras finalmente se han apoderado los Bárbaros; quando en nuestro tiempo, habiéndose atrevido á pasar á la Europa con mas arrogancia de la que les convenia, supimos de tal modo contenerlos, que no solo dexaron de hacernos guerra; sino que llevaron en paciencia que les arrasasemos sus propias tierras: y habiendo venido nada menos que con mil y doscientas naves, los conduximos á tal extremo de abatimiento, que no se volvió á ver en Faselida (1) ninguna embarcacion grande: si no que hubieron de estarse quietos, esperar mejor ocasion, y no fiar en sus actuales fuerzas. Y que todo esto se debió al valor de nuestros progenitores, las calamidades que despues ha padecido nuestra ciudad, lo dan á entender bien claramente. Pues apenas fuimos nosotros despojados del imperio, quando los males de todos los Griegos tuvieron ya principio. Porque despues de la derrota del Heles-

(1) Este era un puerto del Asia menor en la Panfilia: venia á estar enfrente de la Isla de Chipre, como al Sudest de ella.

ponto (1), como hubiese pasado á otros el mando, los Bárbaros quedaron vencedores en la mar, comenzaron ya á tener el imperio de ella, se apoderaron de las mas de las Islas, se entraron por las tierras de los Lacedemonios, tomaron á fuerza de armas á Citeres, y corriendo con su esquadra las costas del Peloponeso hicieron en todo él infinitos males. Pero como se echará mejor de ver esta extraordinaria mutacion, será leyendo los tratados que nosotros hicimos y los que acaban ahora de firmarse. Porque así se hallará que nosotros señalamos límites al imperio del Rey, le impusimos algunos tributos, y lo despojamos del uso de la mar (2); pero ahora él es el

(1) Vuelve á insinuar la derrota de Xerxes, despues de la qual dice que nunca volvieron los Persas á ser vencidos por los Griegos. Y estos otros á quienes dice que pasó el mando, bien se dexa conocer que eran los Lacedemonios.

(2) Despues de la retirada de Xerxes duró todavía mucho tiempo la guerra entre los Persas y los Griegos; pero últimamente los Atenienses precisaron á Artaxerxes Longimáno á solicitar la paz, y Cimon hijo de Milciades la ajustó con las condiciones mas ventajosas para su patria y para toda la Grecia. El tratado fué este: „Que „todas las ciudades Grie„gas del Asia quedarian „libres, y podrian esco„ger las leyes y gobier„no que mas les acomo„dase; que los Persas „no navegarian en ade„lante desde el Ponto „Euxino hasta las costas „de la Panfilia; que nin-

que gobierna á todos los Griegos, el que arregla qué es lo que á cada uno le corresponde, y solo le falta el ponernos Sátrapas en todas nuestras ciudades. Porque fuera de esto, qué le queda que hacer? No ha sido el arbitro de la guerra, ha ajustado la paz á su gusto, y se ha erigido en Superintendente de todas nuestras cosas (1)? No nos dirigimos á él como á Señor nuestro, acu-

„guno de sus Generales „se aproximaria con tro- „pas á aquellos mares á „menor distancia que la „de tres jornadas; y que „los Atenienses no co- „meterian ninguna hos- „tilidad contra los Esta- „dos del Rey.“ Este es el glorioso tratado que concluyeron los Atenienses: el ignominioso de los Lacedemonios se pondrá en la nota siguiente. Véase á Plutarco en la vida de Cimon, y á Diódoro Sic. libro 12. quien pone los capítulos.

(1) Con efecto los tratados hechos por el Lacedemonio Antálcidas, que dió á esta paz su nombre, estan enteramente hechos al gusto del Persa. Pactóse en ellos: „que todas las „ciudades Griegas del „Asia quedarian sujetas „al *gran Rey*, y las „demas serian libres, y „se gobernarian á sí mis- „mas; que el Rey re- „tendria las Islas de Chi- „pre y Clazoméne, y „dexaria las de Esciro, „Imbros y Lemnos á los „Atenienses, á quie- „nes pertenecian mucho „tiempo habia; y que „sino, declararia la guer- „ra á los que viólasen „estos artículos.“ Qué diferencia de este tratado al que habian concluido los Atenienses sesenta y dos años antes! En quanto á este último véase principalmente á Xenofonte en el lib. 5. de las historias Griegas.

sándonos los unos á los otros? No le saludamos con el nombre del GRAN REY, cómo si hubieramos venido á ser unos esclavos? No tenemos en las guerras que unos á otros nos hacemos, puesta toda nuestra esperanza en éste, que de muy buena gana nos destruiria á todos? Hay pues, mucha razon, en vista de esto, para estar mal con el actual gobierno, desear que volvamos nosotros al mando, y dar en rostro á los Lacedemonios con que, habiendo movido al principio la guerra para libertar á los Griegos, hayan venido por fin á entregar una porcion de ellos á los Bárbaros; y con que, habiendo separado de nuestra ciudad á los Jonios, que habian salido de ella, y habian sido muchas veces por nosotros puestos en cobro, hayan hecho de ellos igual entrega á los Bárbaros, á quienes muy á su pesar estan sujetos, y quienes por lo tanto viven siempre con ellos en perpetua guerra. Y siendo así que antes estaban disgustados con que nosotros dominasemos legítimamente sobre algunos: ahora viendo á estos mismos á una tal servidumbre reducidos, ni siquiera el menor cuidado tienen de ellos. Porque no solo son molestados con impuestos y tributos, y ven sus fortalezas ocupadas por sus enemigos; sino que ademas de estas calamidades comunes, en sus mismos cuerpos son mas maltratados que

los esclavos que por compra entran en nuestra potestad : pues no hay entre nosotros quien así castigue á sus siervos , como atormentan ellos á unos hombres libres. Y lo peor de todo es el verse precisados á pelear en defensa de su misma servidumbre; á tomar las armas contra los que tratan de rescatarlos , y entrar en unos combates en que si son vencidos , serán al punto aniquilados , y si vencen quedarán esclavos para todos los dias de su vida. Y quiénes tendrán de esto la culpa , sino los Lacedemonios , que no obstante su mucho poder miran con indiferencia el que los que antes fueron sus aliados , padezcan ahora tantos males , y que el Bárbaro con las fuerzas de los Griegos vaya ahora dilatando su imperio? Y aun antes arrojaban los tiranos , y daban siempre ayuda al pueblo ; pero ahora de tal manera se han mudado , que hacen la guerra á las Repúblicas (1) , y contribuyen á afirmar las Monarquías. Así despues de ajustada ya la paz , destruyeron á Mantinea (2) , y se apoderaron de la ciuda-

(1) Usa aquí Isócrates de la voz genérica πολιτεία para significar el gobierno popular ó republicano; y así Harpocracion en su excelente Diccionario de los diez Oradores Griegos para probar que alguna vez se toma en este sentido , cita á Isócrates en este lugar , y á Demóstenes en sus Filípicas.

(2) Mantinéa era la ca-

dela de Tebas: y ahora quando estan en guerra con los Olintios y Fliasios (1) dan ayuda á Amintas Rey de los Macedones, á Dionisio el tirano de Sicilia y al Bárbaro que domina en el Asia, para que hagan mayor su imperio y dominacion. Pues cómo dexará de sér una cosa irregular, el hacer los primeros de entre los Griegos á uno solo Señor de tantos hombres, que no sea posible reducir á suma su número, y no permitir al mismo tiempo que las mayores ciudades sean señoras de sí mismas; sino antes precisarlas á admitir la esclavitud, ó afligirlas con las mas duras calamidades? Y lo peor está en que los que tanto se jactan de ser los principales, casi puede decirse, que no hay dia en que no peleen contra los Griegos, y que estan siempre ayudando y dando socorros á los Bárbaros. Ni se me diga que manifiesto estar enconado, pues que con tanta acrimonia hablo de estas cosas, quando prometí al principio tratar de nuestra reconciliacion tan solamente: porque no las he sacado á plaza con el fin de desacreditar entre otras gentes á los Lacedemonios, sino para hacer, en quanto pueda mi eloqüencia, que se aparten de este

pital de la famosa Arcadia, una de las Provincias del Pelopone-so ó Moréa.

(1) Olinto era una ciudad de la Tracia, y Flio otra situada entre Argos y Escione.

propósito. Pues que no es facil apartar de los delitos á los dados á ellos, é inclinarlos á otras cosas, si antes con valentía no se les reprende. Y que acusan se ha de decir de aquellos que descubren defectos con ánimo de injuriar; pero diráse que amonestan los que solo miran el aprovechar quando esto hacen. Porque unas mismas palabras no se han de tomar de una misma manera, si con diversa intencion se han pronunciado. Y fuera de esto, podemos tambien quejarnos de que ellos hacen esclavos de su ciudad á sus vecinos; pero nada de esto practícan en favor de sus aliados, quando de aquí habia de resultar el que, terminadas nuestras disputas, vinieran á ser todos los Bárbaros esclavos (1) de la Grecia. Y los que mas por su naturaleza que por el favor de la fortuna son de ánimos altos y elevados, esto era á lo que debian atender,

(1) *Περίοικος* es vecino que está junto á nuestra casa; pero entre los Lacedemonios era otra cosa, porque ellos daban este nombre á los que estaban establecidos fuera de Esparta, en los pueblos de la Laconia: los quales aunque no eran esclavos como los Hilotes, les faltaba muy poco para serlo; y de esta condicion dice que podrian hacer á todos los Bárbaros, si en esto pensasen los Lacedemonios: y por lo mismo no ha habido dificultad en dar por equivalente á la voz *Περίοικος* la de *esclavos*. Trátase de esto mas largamente en el Panatenaico en la nota antes citada.

y no á gravar á los Isleños con tributos: considerando que los infelices, por la escaséz de terreno, hasta los mismos montes tienen que cultivar; quando los del Asia, por lo dilatado de su region, dexan yerma la mayor parte de ella, y aquello poco que cultivan les da tantas riquezas. Y así yo creo que si de otra parte viniesen á ser espectadores de nuestro proceder, nos habian de graduar de locos á los unos y á los otros, al ver que por tan pocas cosas nos hacemos guerra, pudiendo facilmente tener muchos bienes; y que andamos arrasando nuestro mismo pais, sin pensar en que podemos disfrutar el Asia. Así el Bárbaro de ninguna cosa cuida mas que de presentarnos motivos para que estemos unos con otros en contínua guerra. Pero nosotros estamos tan lejos de practicar lo mismo con él, que si por casualidad se suscita contra él algun tumulto, somos los primeros á calmarlo: y ahora de los dos exércitos de Chipre le dexamos que use del uno, y que tenga sitiado al otro, no obstante ser entrambos de la Grecia (1). Por-

(1) La Isla de Chipre, aliada que habia sido de Atenas, se vió que por este último tratado habia entrado en poder del Persa, excepto aquella pequeña porcion en que reynaba Evágoras, quien por mucho tiempo se resistió, y quedó por fin reconocido por Rey, como se verá en su elogio.

que los desertores se acogieron á nosotros, y ademas de eso se pusieron baxo la proteccion de los Lacedemonios ; los que fueron á la guerra con Tiribazo (1), y lo mejor de los peones partieron de estos lugares; y la mayor parte de la armada tambien fué allá desde la Jonia. Mas gusto pues, habian de tener en arrasar unidos el Asia, que en estar unos con otros en perpetua guerra por las cosas mas frívolas y despreciables. Pero nosotros ningun cuidado tenemos de ellos, y antes disputando entre nosotros mismos por las Islas Cicladas, abandonamos al Bárbaro un número tan crecido de naves y un exército de tanta gente con la mayor facilidad é indiferencia. Ya pues, se ha enseñoreado de unos, amenaza á otros, y á otros pone asechanzas, despreciándonos á todos nosotros con muchísima razon. Porque ha logrado, lo que no logró nunca ninguno de sus progenitores, que es el haber sido reconocido de nosotros y de los Lacedemonios por Soberano del Asia ; y de tal modo se ha apoderado de las ciudades Griegas, que de ellas ha demolido ya algunas, y en otras se ha edificado ciudadelas : habiendo venido á ha-

así eran dos los exércitos de Chipre.

(1) Satrapa de Persia, que tuvo mucha parte en la guerra con los Lacedemonios. Véase á Xenof. en las historias Griegas.

cer todo esto, mas por nuestra necedad, que por su poder y fuerzas.

Bien que algunos estan admirados de sus empresas, y le tienen casi por invencible, dando por prueba de ello las mutaciones que ha hecho en toda la Grecia; pero yo creo que estos no solo no impiden la guerra, sino que antes la aceleran. Porque si estando todos nosotros unidos, y hallándose él con sediciones y alborotos, es dificultoso vencerle: precisamente será mas de temer aquel tiempo en que estén sosegados los Bárbaros, sin que haya entre ellos dissensiones, y nosotros nos hallemos, como ahora, envueltos en mútuas altercaciones y contiendas. Pero aunque convienen conmigo en lo que acabo de decir: sin embargo de su poder no estan enterados igualmente. Porque si constase que en algun tiempo habia sujetado á ambas ciudades, acaso podrian infundirnos algun miedo; pero si esto nunca se ha verificado, y solo, estando en guerra nosotros y los Lacedemonios, agregándose á qualesquiera de ellos ha hecho que sus cosas tomen mejor semblante: esto de ningun modo es señal de un gran poder. Porque en tales circunstancias muchas veces un poder débil ha solido ser de mucha consideracion: y así podemos decir de los de Chîo, que aquellos con quienes querian unirse, solian hacerse los mas

respetables por el mar. Y no es justo que midamos el poder del Rey, por lo que ha hecho unido á qualesquiera de nosotros; sino por lo que se le haya visto hacer quando haya hecho la guerra por sí solo. Y en primer lugar, habiéndose rebelado el Egipto, que es lo que este hombre hizo contra los autores de aquella rebelion? No envió á aquella guerra á los mas celebrados entre los Persas, Acrócomas, Titraustes y Farnabazo? Pues estos, despues de haber estado allá tres años, y haber sido mas veces derrotados que vencedores, tuvieron por fin que retirarse con tanta ignominia, que los rebeldes no contentos ya con la libertad se atrevieron hasta invadir las tierras de sus vecinos. Movió despues de esto guerra á Evágoras, que solo reyna en una ciudad de Chipre, y le habia sido entregado por los tratados. Y habitando este en una Isla, habiendo sido vencido por mar, y no constando su exército mas que de tres mil hombres: aun con estas pocas fuerzas no puede el Rey, y lleva ya seis años gastados en esta guerra. Y si de lo ya sucedido podemos congeturar lo que ha de suceder: mas es de esperar el que antes se subleve algun otro, que el que sea este reducido á la obediencia. Tal es la lentitud que reyna en todas las cosas de este Monarca! Pues en la guerra de Gni-

do (1), teniendo de su parte á los mismos aliados de los Lacedemonios por el mal tratamiento de sus Gobernadores; siendo nuestros los remeros que llevaba su armada; y yendo á la frente de las tropas Conon, que era el General mas avisado, mas de la confianza de los Griegos, y mas experimentado en los casos de la guerra: aun con tener el socorro de este hombre, nada menos que por espacio de tres años sufrió que la armada del Asia estuviese bloqucada por solas cien galeras, y en diez y siete meses no dió paga ninguna á los soldados: y así por lo que á él hace muchas veces lo hubieran abandonado; pero detenidos por el peligro en que se veian, y por la alianza con los de Corinto, aun les costó mucho el arriesgarse á un cambate naval, del que por fin salieron vencedores. Y estas son sus mas ilustres y mas gloriosas hazañas, y las que tanto y tan sin fin nos ponderan los que mas quieren en-

(1) Esta guerra fué entre los Persas y Lacedemonios: en ella los Atenienses, por estar sentidos de Esparta, se unieron con el Rey, y fué Conon á mandar la armada, que es á lo que debieron los Persas esta ventaja sobre los Griegos de que se habla bastante há, desde que referimos el tratado. Y con todo se portaron los Persas tan mal con Conon que le quitaron la vida, como dice luego Isócrates. No puede ser seguir á la larga estas cosas. Véanse los antes citados y Corn. Nep. en la vida de Conon.

salzar el poder de los Bárbaros. Y no hay que decir que no me valgo de los competentes exemplos , ó que justamente hago mencion de sus menores hechos : pues solo por evitar esta reprension he querido valerme de los mas ilustres ; no porque no tuviese presente que Dercilidas con solos mil hombres se apoderó de la Eolia ; que Dracon habiendo tomado á Atarneo y escogido tres mil infantes , arrasó todos los campos de la Misia ; que Timbron con pocos mas taló toda la Lidia ; y que Agesilao, mandando el exército de Ciro (1) , de casi todas las provincias que estan de la parte acá del rio Alis , se hizo dueño. Ni hay que temer ó la tropa destinada á la guardia del Rey , ó el valor de los Persas : porque en los que siguieron á Ciro , podemos ver bien claramente , que no deben ser estos tenidos en mas , que los que habitan en las costas. Dexo pues , las demas batallas en que fueron vencidos, y quiero conceder que no pelearon con todo su esfuerzo contra un hermano de su Rey (2) ; pero quando despues

(1) Estos son los diez mil que fueron con Ciro el menor contra Artaxerxes ; de cuya expedicion va á hablar Isócrates.

(2) Muerto Dario Notho debia sucederle su hijo Artaxerxes Mnemon : por lo menos el padre así lo declaró ; pero Ciro el menor quiso disputarle el Reyno , y se acogió á los Lacede-

de la muerte de Ciro se unieron ya todos los habitantes del Asia, se portaron tan ignominiosamente en aquella guerra, que aun á aquellos que mas se empeñan en alabar el valor de los Persas, nada les dexaron que poder decir en su favor. Porque, viniendo á las manos con solos seis mil Griegos (y estos no de los escogidos entre los mejores; si no de los arrojados de su ciudad por sus fechorias), que no tenian conocimiento alguno del terreno, se hallaban destituidos de aliados, habian sido vendidos por sus mismos compañeros, y habian perdido el General que allí los habia conducido, con todo eso se reconocieron por tan inferiores á ellos, que el Rey, no sabiendo que hacerse, y desconfiando de sus fuerzas, se resolvió á prender á los primeros Oficiales de monios, quienes le dieron un exército de trece mil hombres, al frente del qual fué á encontrar á su hermano cerca de Babilonia. Dióse la batalla, y los Griegos quedaron vencedores; pero Ciro por su imprudencia murió en el combate. Por lo qual, viéndose solos unos diez mil Griegos que habian quedado, y que el Rey faltaba á la palabra que les habia dado de dexarlos ir libres, se resolvieron á hacer la tan famosa retirada de los diez mil, escrita con tanta gracia por Xenofonte, que fué uno de ellos, y quien vino mandándolos por último. Ello fué una cosa admirable, defenderse por tanto tiempo y en tierra extraña y desconocida hasta verse en su casa. Véase á Xenofonte en los libros de la expedicion de Ciro.

los Griegos, con quienes ya habia pactado, para turbar con esta infidelidad á aquel exército: queriendo mas ser con los Dioses impío, que exponerse á combatir con tales hombres. Pero habiéndole sucedido muy al revés de lo que pensaba, porque los soldados permanecieron unidos, y llevaron con el mayor valor aquel desastre, envió contra ellos con toda la caballería á Tisafernes, quien los fué por todo el camino, persiguiendo: y sin embargo con la misma serenidad se retiraron, que si hubieran salido á escoltarlos, teniendo solamente miedo á los desiertos, y reputando por la mayor felicidad el dar con mayor número de enemigos. Y para decirlo de una vez: sin embargo de que estos Griegos no habian venido á hacer algunas correrias, ó se habian contentado con apoderarse de alguna aldéa; sino que habian tomado las armas contra su mismo Rey, se retiraron con mayor seguridad que si de algun pueblo amigo hubieran sido de Embaxadores enviados. Y así yo creo que en todas partes han dado evidentes pruebas de su floxedad: porque en las costas del Asia en muchos combates han sido vencidos; en habiendo pasado á la Europa les ha costado bien caro; (por haber perecido unos, y salvádose otros vergonzosamente), y en fin aun á la vista del mismo Palacio Real da risa el ver como se

han portado. Y nada de esto es extraño, sino muy puesto en razon: pues no es facil que unos hombres educados y gobernados como ellos tengan comercio alguno con la virtud, ó puedan en los combates triunfar de sus enemigos. Porque cómo podrá ninguno criado en sus costumbres ser ó un gran General, ó un buen Soldado? La mayor parte de ellos es una muchedumbre desordenada y sin experiencia en las peleas; débil y floxa para la guerra, y mas formada para la servidumbre, que lo son entre nosotros los esclavos. Y los que entre ellos estan en los primeros cargos jamas supieron guardar igualdad, ó vivir sociable y politicamente; sino que pasan toda su vida injuriando á unos, y haciéndose de otros viles esclavos: al fin como unos hombres enteramente corrompidos. Ellos, como abundan en riquezas, adornan excesivamente sus cuerpos; pero sus almas, por criarse en la tiranía, son siempre débiles y abatidas: estando á todas horas á las puertas de Palacio haciendo inclinaciones é inventando sin cesar nuevos abatimientos; adorando á un hombre mortal, y saludándole como á Dios; y burlándose al mismo tiempo de los Dioses mas que de los hombres (1). Pues los que de ellos vienen á las

(1) Quán cierto es es- to! por no haber mu-

costas, y se llaman Sátrapas, no solo no se avergüenzan de semejante educacion; sino que conservan siempre estas mismas costumbres: siendo infieles con sus amigos, y con sus enemigos cobardes; portándose en parte con soberbia, y en parte con baxeza; y tratando á sus aliados con desprecio, y á sus enemigos con el mayor respeto. Así, estuvieron por ocho meses manteniendo á sus expensas el exército de Agesilao; y se pasó doble tiempo sin que diesen paga ninguna á los que habian tomado las armas en su defensa: dieron cien talentos á los que tomaron á Cisténes; y á los que los auxîliaron en la guerra de Chipre, los trataron peor que á unos cautivos. Y para decirlo mas brevemente, y no hacer mencion de cada una de estas cosas de por sí: de sus enemigos quál ha sido el que no se ha retirado con ventajas? y quál, de quantos han servido baxo sus órdenes, no ha tenido una muerte desastrada? Sino, á Conon que habiendo sido enviado á la frente del exército del Asia habia humillado el orgullo de los Lacedemonios, no se atrevieron á quitarle la vida? y á Temísto-

dado de gobierno, la misma se es ahora esta gente, que era tantos años há; y quanto mas se acerque qualquiera gobierno al suyo, tanto mayor será la semejanza que se note entre ellos y aquel pueblo.

cles que combatiendo por la Grecia los habia vencido en una batalla naval, no le colmaron de los mas ricos dones? Pues cómo podrá ser digna de aprecio la amistad de unos hombres que tratan tan mal á sus bienhechores, y adulan tan á cara descubierta á los que se declaran por sus enemigos? Y á quién de nosotros no hacen mil males? qué tiempo dexan pasar sin cometer algunas hostilidades contra los Griegos? que cosa nuestra hay que no sea de ellos mirada como de unos enemigos? No saquearon en la primera guerra las efigies y templos de los Dioses, y aun se atrevieron á ponerles fuego (1)? Y así merecen ser alabados los Jonios por haber hecho imprecaciones contra los que reedificasen los templos abrasados, ó quisiesen de nuevo levantarlos: no porque no tuviesen con que emprender esta obra; sino porque querian que fuesen en las edades venideras un monumento de la impiedad de los Bárbaros, y que en lo sucesivo nadie se fiase de unos hombres que así se habian desacatado á los Dioses; y antes todos se guardasen de ellos y les temiesen, viendo que no so-

(1) Xerxes despues de haber pasado como pudo el Helesponto, vencido y derrotado últimamente en la batalla de Micale, se refugió á Sardis, y al retirarse dió órden de que quemaran y saquearan los templos de los Dioses.

lo de nuestros cuerpos, sino aun de nuestros votos religiosos se declararon enemigos. Y aun de nuestros mismos ciudadanos tengo mucho que deciros por este término. Porque con todos los demas que con nosotros estan alguna vez en guerra, facilmente se reconcilian y se olvidan de su antigua enemistad; pero con los Asiáticos ni aun quando reciben de ellos algunos favores se muestran agradecidos. Tan inmortal es el ódio que les tienen! Y antes de ahora nuestros padres condenaron á muchos á muerte por el crimen de *Medismo*, ó por mostrarse favorables á los Medos: y aun hoy en las juntas, antes de pasar á tratar de ningun asunto, son anatematizados todos los ciudadanos que tengan alguna inteligencia con los Persas. Y los Eumolpidas y Araldos, por el ódio que á estos tenemos, á todos los Bárbaros excluyen de los misterios en la festividad de la iniciacion, del mismo modo que á los homicidas. Mas, de tal modo los aborrecemos por naturaleza, que ningunas fábulas nos divierten tanto como las Pérsicas y Troyanas: y esto precisamente porque en ellas se leen sus calamidades. Y por otra parte es de notar que por las victorias alcanzadas de los Bárbaros compusimos himnos; y por las que alcanzamos de los Griegos solo compusimos lamentaciones: cantando aquellos en nuestros

dias de fiesta, y repitiendo estas en los tiempos de nuestra afliccion. Y aun creo que la Poesía de Homero tuvo mas estimacion precisamente porque acertó á elogiar á los que pelearon contra los Bárbaros. Y por lo mismo querian nuestros padres que fuese honrada esta profesion en los certámenes músicos, y en la educacion de la juventud: para que oyendo muchas veces aquellos Poemas, aprendiesemos quanta era la enemistad que con ellos habiamos tenido; y emulando el valor de los que pelearon contra Troya, aspirasemos á imitar sus esclarecidas hazañas.

Paréceme pues, que hay muchas cosas que deben incitarnos á esta guerra, y principalmente esta oportuna ocasion, que siendo tal, no es de ninguna manera de perder. Porque es una vergüenza no valerse de la ocasion quando se presenta, y echarla menos despues que ya se pasó. Pues habiendo de declarar la guerra al Rey, qué mas podemos apetecer que lo que está al presente sucediendo? El Egipto y Chipre no se han revelado? La Fenicia y la Siria no han sido arrasadas durante la guerra? Tiro, con la que él estaba tan ufano, no ha sido ocupada por sus enemigos? De las ciudades de la Cilicia no han caido las mas en manos de nuestros aliados? y no es facil el tomar las que restan? Pues de la Licia ningun Per-

sa se ha apoderado hasta ahora. Hecatomno que gobierna la Caria, en su ánimo hace ya dias que se reveló, y se declarará siempre que nosotros queramos. Desde Gnido hasta Sinope son Griegos los que habitan el Asia: y á estos mas es necesario no contenerlos, que incitarlos á tomar las armas. Siendo pues, tales estas revoluciones, y habiendo de ser el Asia combatida con tan violenta guerra, para que he de detenerme en prenunciaros menudamente lo que ha de suceder? Porque si divididos los vencemos, cómo podran resistirnos quando los pongamos en la precision de combatir con todos nosotros? Y todo está reducido á esto: si el Bárbaro asegurase mas las ciudades marítimas, levantando en ellas mayores fortalezas, que las que ahora tienen, acaso aquellas Islas que estan mas vecinas al Asia, como Rhodas, Samos y Chîo, se inclinarían á su partido; pero si nosotros las tomamos antes, es muy factible que los habitadores de la Lidia, de la Frigia, y de todo aquel espacio que está la parte arriba de estas Provincias, se unan á los que por allí comiencen. Por lo tanto es preciso darse priesa y desechar toda tardanza: no nos suceda lo que á nuestros padres, que por haber sido mas tardos que los Bárbaros, y haber dexado retirarse á algunos de sus aliados, se vieron pre-

cisados á pelear pocos contra muchos; quando si hubieran pasado los primeros al Asia con todas las fuerzas de los Griegos, hubieran podido sujetar poco á poco á todas aquellas gentes: pues es constante que el que tiene que pelear con hombres recogidos de distintos parages, no debe dar lugar á que se junten, sino acometerlos quando estan todavía separados. Ellos pues, cometieron este yerro, que enmendaron luego arriesgándose á los mas peligrosos combates; pero nosotros, si tenemos juicio, procederémos con diligencia desde el principio, y procurarémos adelantarnos, colocando hácia la Lidia y la Jonia nuestro exército: sabiendo, como sabemos, que los Asiáticos (1) no obedecen al Rey de su voluntad; sino porque siempre tiene mas fuerzas que cada uno de ellos. Y si nosotros conducimos un exército superior á ellas, lo que nos es facil siempre que queramos, seguramente vendremos á ser Señores de toda el Asia. Y mas glorioso es disputarle el Reyno al Bárbaro con las armas, que andar altercando entre nosotros por el mando.

Es tambien muy justo que ahora sea quando se haga esta expedicion: para que

(1) Habla de los pueblos del Asia menor, que eran Colonias de la Grecia, y para todo estaban incorporados en ella, como otras veces se ha dicho.

los que han tenido tanta parte en los males, participen tambien de los bienes y no sean infelices por toda su vida. Basta el tiempo pasado: en el qual qué puede habernos quedado que sufrir? Porque siendo ya muchos los males que son inseparables de la naturaleza humana, nosotros les hemos añadido muchos mas con haber excitado guerras y sediciones entre nosotros mismos. Así unos han muerto injustamente en sus ciudades; otros se han ido por el mundo con sus mugeres y sus hijos, y muchos habiéndose visto, por la escaséz y falta de sustento, precisados á entrar en el servicio de los enemigos, han perdido la vida peleando contra sus confederados: cosa de que nadie hasta ahora se ha dado por sentido. Antes los trabajos que fingen los Poétas les hacen derramar lágrimas; pero vienen los verdaderos y muchos trabajos que les ha ocasionado la guerra, estan tan lejos de moverse á compasion, que mas se alegran los unos de los males de los otros, que de sus propios bienes. Y acaso habrá tambien muchos que se rian de mi sencilléz, viendo que lloro las calamidades de los hombres en unos tiempos en que la Italia ha sido asolada; la Sicilia está reducida á la esclavitud; tantas otras ciudades son entregadas en manos de los Bárbaros; y todas las demas Provincias de la Grecia

se ven en los mayores peligros. Y yo no puedo menos de admirarme de los Gobernadores de nuestras ciudades si creen que tienen de que gloriarse, no habiendo jamas podido hablar ni excogitar nada sobre este particular. Porque debian, si eran dignos de su autoridad, dexadas todas las demas cosas, haber tratado y conferenciado de la guerra contra los Bárbaros. Acaso hubieran adelantado algo: y aun quando antes de la expedicion hubieran muerto, por lo mènos hubieran dexado á sus descendientes sus oraciones como otros tantos oráculos. Y no como ahora, que los que estan en los primeros empleos ponen su atencion en las cosas mas frívolas; y á los que estamos enteramente excluidos del mando, nos han dexado el tratar de tan graves asuntos. Pòr lo mismo quanto mas púsilánimes son los que nos rigen, con tanto mayor cuidado debemos ver los demas como hemos de cortar estas enemistades que reynan entre nosotros. Porque ahora en valde pactamos de la paz: pues que no cortamos de raiz la guerra; sino que solo la dilatamos, esperando la ocasion de podernos hacer los unos á los otros un mal irreparable. Pues ya, olvidando estos insidiosos procedimientos, lo que debemos hacer es dirigir nuestra atencion á aquellas cosas que nos pongan en estado de habitar con

mayor seguridad en nuestras ciudades, y nos estrechen mas á los unos con los otros. Y lo que hay que decir acerca de esto, es muy sencillo: porque ni podremos gozar de una paz firme y segura, si no hacemos unidos la guerra á los Bárbaros; ni unirnos los Griegos, sino nos proponemos para nuestra amistad un mismo objeto, y hacemos la guerra á unos mismos enemigos. Hecho esto y remediada esta escaséz de víveres, que suele romper las amistades, poner en guerra á los parientes, y excitar la guerra y sedicion entre todos los hombres, nada puede haber que nos estorve el reconciliarnos, y mirarnos mutuamente con la mas verdadera benevolencia. Por lo qual en lo que ahora debemos pensar es en llevar quanto antes la guerra al Asia: para que, ya que no saquemos otra cosa de nuestras guerras intestinas, parezca por lo menos que nos aprovechamos contra los Bárbaros de la experiencia militar que en ellas hemos adquirido. Pero acaso será de detenerse y no apresurarse ni aun absolutamente emprender la expedicion, por los pactos y condiciones de la paz: pues que por ellos las ciudades libres dan al Rey gracias como si á él le debieran su libertad; y las que han sido entregadas á los Bárbaros culpan principalmente á los Lacedemonios, y aun á todos los demas que tuvieron par-

te en la paz, como que por su interés los precisaron á servir (1). Y porque no disolver unos pactos que estan dando á entender que el Bárbaro tuvo algun cuidado de la Grecia, y se hizo garante de la paz, y que algunos de entre nosotros fueron los que afligieron y maltrataron á su patria? Y lo que es mas ridículo de todo es, que de quanto se puso en los tales pactos solo guardamos lo que nos es mas contrario: porque los artículos que hacian de su derecho á las Islas y á las ciudades de la Europa, ha dias que no se observan, y así en vano se leen en las columnas; pero los que nos cubren de vergüenza y entregan en poder del Bárbaro á muchos de nuestros aliados, permanecen inviolables: teniendo nosotros por ratos y valederos, los que debiamos anular, y no dexar ni aun por un dia en su vigor y fuerza, solo con reflexîonar que mas son leyes que no pactos. Porque quién no sabe que pactos son aquellos que obligan igual y comunmente á entrambas partes? y qué son leyes las que

(1) Algunos quieren que este periodo se entienda irónicamente; pero los tratados dan á entender que se debe tomar como suena: porque con efecto por ellos las ciudades de la Europa quedaban libres, y las del Asia, si quedaban sujetas, era porque los Lacedemonios creyeron que así les convenia.

hacen que, contra toda justicia, sea de peor condicion el uno de los contrayentes? Y aun por lo tanto con razon acusamos nosotros á los que fueron enviados al ajuste de esta paz: pues que habiendo ido de parte de los Griegos, en los tratados estuvieron enteramente á favor de los Bárbaros. Porque ellos lo que debian haber hecho, ya quisiesen que cada uno tuviese lo que le pertenecia, ya que conservasen todos el dominio de lo que habian tomado, ó ya que cada uno solo retuviese aquello que era suyo antes de la guerra, era haber definido qualquiera cosa de estas, haberla arreglado con igualdad, y haberla hecho así escribir en los tratados. Y no ahora, que ni á nuestra ciudad ni á la de los Lacedemonios se le ha concedido honor ninguno, y ha quedado el Bárbaro por Señor de toda el Asia: como si por él hubieramos combatido, ó como si el Imperio de los Persas estuviese ya en pie de tiempos antiguos, y nosotros acabasemos de establecernos en nuestras ciudades; y no fueran ellos los que empiezan ahora á ser de alguna consideracion, y no hubieramos tenido nosotros en todo tiempo alguna superioridad entre los Griegos. Pero pienso que con lo que voy á decir han de conocerse todavía mejor nuestra ignominia, y la ambicion de ese Monarca. Porque estan-

do toda la tierra del Orbe dividida en dos partes, de las quales la una se llama Asia, y la otra Europa: él por los tratados se tomó la mitad, como si partiese con Júpiter el Imperio (1), y no estuviese concluyendo un tratado de paz con otros hombres. Y aun despues de esto nos precisó á consagrar estos pactos, escritos en columnas de marmol, en nuestros públicos templos: trofeo para él mas glorioso que los que se levantan en las guerras: porque estos se erigen por cosas pequeñas y por un solo acontecimiento; y aquellas columnas se pusieron por todo el proceso de la guerra, y contra el honor de toda la Grecia. Por lo qual lo que nos importa es concebir una justa indignacion, y ver como hemos de tomar satisfaccion por lo pasado, y hemos de ordenar bien nuestras cosas para lo por venir. Porque es una vergüenza, que pensando cada uno que los Bárbaros no deben ser sino nuestros esclavos, se permita por nuestro gobierno que tantos de nuestros aliados giman baxo su yugo; y que habiéndose ayrado de tal manera todos los de los tiempos Troyanos por solo el robo de una

(1) Alude á la division que hizo Júpiter con sus dos hermanos, y por tanto M. Auger traduce: „como si el mismo Júpiter partiese el „mundo con sus hermanos.“

muger, que no fué posible que desistiesen de la guerra hasta haber asolado la ciudad de aquel que se habia atrevido á hacerles aquella injuria, no pensemos nosotros, habiendo sido afrentada toda la Grecia, en tomar alguna pública satisfaccion: y mas ahora que podemos hacer quanto apetezcamos. Tanto, que esta es la única guerra que puede ser mejor que la paz: pareciendo mas una fiesta que una expedicion, y siendo igualmente útil á los que apetezcan el descanso, que á los que sean inclinados á las armas. Porque los unos podrán disfrutar sus haciendas mas á placer, y los otros tendrán proporcion de enriquecer con las agenas. Y quien quisiere mas y mas exâminar estas cosas hallará que tenemos en ellas nosotros muchas ventajas. Porque á quienes deben hacer la guerra los que estan desposeidos de toda ambicion, y solo tienen por blanco la justicia? no será á aquellos que siempre han estado haciendo males á la Grecia, que ahora le estan poniendo asechanzas, y que nunca han dexado de mirarla con malos ojos? De quiénes deben mostrarse envidiosos los que no son del todo cobardes, y antes estan mas que medianamente en esta parte? no será de aquellos que gozan de una autoridad mas que humana, no siendo ni aun tan dignos como los mas infelices de nosotros? A

quiénes tendrán mas motivo de declarar la guerra los que quieran acreditarse á un tiempo de piadosos y de inteligentes en lo que les conviene? no será á aquellos que son por naturaleza contrarios suyos y enemigos de sus padres, y que poseyendo muchos bienes no son para defenderlos? Pues todo esto les conviene á ellos perfectísimamente. Y no hay que temer que contristemos á las ciudades para haber de tomar soldados de ellas: que es lo que ahora sienten en estas guerras intestinas; antes yo creo que han de ser muchos menos los que quieran quedarse, que los que quieran alistarse para esta expedicion. Porque quién habrá tan desidioso (lo mismo digo de los jóvenes que de los viejos) que no desee alistarse en un exército, mandado por Atenienses y Lacedemonios; congregado con el fin de poner en libertad á nuestros aliados; enviado por toda la Grecia; y destinado á tomar venganza de los Bárbaros? Pues por lo que hace á fama y memoria, quan grande no será la que alcancen, ya queden con vida ó ya mueran, los que en esta expedicion se señalaren! Pues si los que pelearon contra Alexandro (1), y destruyeron una sola ciudad, lograron ser tan celebrados, de qué

(1) Así se llamaba tambien Páris el robador de Helena que es de quien aquí se habla.

alabanzas no serán dignos los que lleguen á enseñorearse de toda el Asia? Porque, quién habrá ó entre los Poétas, ó entre los Historiadores que no trabaje, y se esfuerze por dexar á un mismo tiempo memoria de su ingenio y del valor de estos guerreros á las edades venideras? Mas no pienso yo ahora como pensaba al principio de esta oracion: porque entónces me creía capaz de tratar dignamente este asunto; y ahora veo que me falta mucho para acabarlo, y que se me han pasado por alto muchas cosas que tenia pensadas. Vosotros pues, debeis considerar, quánta seria nuestra dicha si la guerra que ahora nos aflige mutuamente, la pasasemos al Asia, y trasladasemos á la Europa la opulencia de los Asiáticos! y no contentaros con haberme oido; sino procurar, los que entre vosotros tienen algun poder, animándose unos á otros, reconciliar á nuestra ciudad y la de los Lacedemonios; y los que cultivan la eloqüencia, dexando el escribir del depósito y de las otras vagatelas (1) en que ahora se ocupan, dirigir toda su atencion á este asunto, y ver cómo han de tratarle mejor que yo:

(1) Todos los hombres de juicio han tenido en poco á los que han gastado el tiempo en escribir tratados sobre puntos triviales y comunes del Derecho privado, que ellos han hecho obscuro con esta su obscura diligencia.

teniendo entendido que á los que han dado de sí mismos grandes esperanzas, no les está bien el detenerse en cosas pequeñas, ó formar unos discursos de que no pueda resultar ningun provecho á los que con ellos queden convencidos; sino tratar tales cosas, que con ponerlas por obra salgan ellos de la indigencia, y sean de los demas mirados como autores de los mayores bienes.

ORACION SEGUNDA
DE LAS SUASORIAS DE ISÓCRATES:
ORACION Á FILIPO.

ARGUMENTO.

Es de advertir que Isócrates escribió esta Oracion despues de la paz hecha por Esquines y Demóstenes : y por lo mismo tuvo proporcion para escribir á Filipo, amigo ya de la ciudad de Atenas. En ella, con el pretexto de elogiarle, lo exhorta á que reconciliando las grandes ciudades de la Grecia, que estaban en guerra unas con otras, dirija su exército contra los Persas. Porque el hacer esto, dice, te está á tí muy bien siendo Heráclida, y teniendo tantas fuerzas. Y lo que es Filipo, habiendo recibido y leido esta Oracion, no se dexó llevar de lo que en ella se le decia, y lo dilató para mas adelante; pero habiéndola despues leido su hijo Alexandro, é incitádose con su lectura, fué contra el postrer Dario, llamado Oco : que Oco era su propio nombre; sino que los Persas por adularle le llamaron despues Dario, como para igualarle con sus antepasados. El estado de esta Oracion es pragmático, porque consulta y delibera. Escribióla Isócrates siendo ya

viejo, y poco antes de su muerte y la de Felipe, como dice Hermipo.

A este argumento de un incierto Autor convendrá añadir lo que de esta Oracion dice Dionisio de Halicarnaso en la vida de Isócrates que va al principio. Y qué hombre grande, dice, que tenga tropas á su mando no se complacerá con lo que dexó escrito en su Oracion á Filipo? En ella dice que á un General tan grande y de tanto poder lo que le está bien es reconciliar las ciudades discordes, y no fomentar sus disensiones; amplificar y aumentar la Grecia, haciéndola de pequeña grande; y apartando su atencion de las cosas tenues y pequeñas emprender aquellas obras, que si saliese bien con ellas, lo harian brillar sobre todos los Generales; y aun quando tuviese contraria la fortuna, le acarrearian por lo menos la estimacion de toda la Grecia: cosa mas apreciable, si algunos la alcanzan, que el talar y arrasar muchas ciudades y provincias. Exhórtale, ademas, á que imite el modo de pensar de Hércules, y de todos los demas Capitanes que con los Griegos militaron contra los Bárbaros. Y añade, que los que son superiores á los demas estan en obligacion de proponerse acciones grandes, y de llevarlas con un ánimo esforzado á su debido fin y perfeccion, reflexîonando que aunque tenemos un cuerpo mortal, nos hacemos inmortales por la virtud; que si vemos alguno que tiene demasiado apego a qualquiera otro de los que llamamos bienes, nos

enfada ; quando nunca dexamos de tributar alabanzas á los que aspiran siempre á conseguir mas honra y estimacion ; y finalmente que las demas cosas en que el comun de los hombres se complace suele suceder que vayan à poder de los enemigos : mas la virtud y benevolencia del pueblo pasan por herencia á los domésticos de cada uno. Porque es indispensable que los Príncipes que esto lean tomen mayor aliento , y se aficionen mas á la virtud.

ORACION.

No extrañeis, ó Filipo, que empiece mi razonamiento, no por el exôrdio propio de esta oracion que se os ha de recitar, y que va ahora á presentarseos; sino por el que ya sirvió á la que sobre Anfípolis (1) tenia escrita. De la qual quiero antes hablaros brevemente para haceros ver á vos y á todo el mundo que no ha sido ligereza ó efecto de la debilidad en que ahora me hallo el haber pensado en dirigiros este discurso; sino antes una cosa justa y por mucho tiempo meditada. Porque viendo que la guerra en que por Anfípolis, vos y nuestra ciudad estabais envueltos, era causa de muchísimos males, tomé de mi cuenta el decir sobre la tal ciudad y su region, no

(1) Anfípolis era una ciudad de la Tracia, hoy Romania, que confinaba con el Reyno de Macedonia. Era Colonia de Atenas, y resentido contra esta república Filipo, apenas subió al trono la tomó; por lo que se encendió una guerra cruel con un tan poderoso enemigo. Isócrates, excelente político y buen ciudadano preveia los males que amenazaban á su patria, si no desistia de sus pretensiones sobre Anfípolis, y para persuadirselo escribió una oracion que no se publicó, porque, como él dice, con mucha prudencia hicieron las paces, quando estaba para concluirla y darle fin.

cosa que se pareciese á lo que ya dixeron ó vuestros amigos ó los oradores nuestros; sino por muy diferente manera y muy distante de su modo de pensar. Porque estos os incitaban á la guerra lisongeando vuestros deseos; y yo no pensé hablar palabra de contiendas; sino que el discurso que mas pacífico me parecia, aquel fué precisamente en el que pensé ocuparme, diciendo que unos y otros andabais muy errados, pues que vos solo peleabais en nuestro provecho, y en el de vuestro poder nuestra ciudad. Porque á vos os tiene cuenta el poseer esa region; y á nuestra ciudad por ninguna manera le está bien el adquirirla. Sobre lo qual hablé de modo á mis oyentes, que nadie se detuvo en alabar la oracion misma, ni la diccion como correcta y limpia, que es lo que algunos acostumbran; sino que lo que admiraron fué la verdad de lo que proponia: y vinieron á entender que el único medio de que salieseis de vuestras disputas era, si vos os llegaseis á persuadir que debiais apetecer mas la amistad de nuestro pueblo que el tener en vuestro poder las avenidas de Anfipolis, y acabase de comprender nuestra ciudad que no es conveniente enviar aquellas Colonias que por quatro ó cinco veces han perdido á sus principales, sino buscar para esto aquellos lugares que esten muy

lejos de los que tienen mucho poder, y cerca de los que estan enseñados á servir, como aquel donde los Lacedemonios enviaron á los de Cirene: y si ademas de esto, vos entendieseis que aunque de palabra pusieseis en nuestro poder esa region, vos seriais quien en la realidad dominase en ella, y tendriais, de mas á mas, asegurada nuestra amistad; (porque tendriais tantas prendas de ella quantos fuesen los Colonos que enviasemos á vuestro Reyno) y viniese por fin á conocer la plebe de Atenas que si tomasemos á Anfipolis, nos sería preciso mirar vuestras cosas, en atencion á los ciudadanos que ahí tuviesemos, con el mismo afecto, que nos fué preciso mostrar á aquel antiguo Medóco por razon de los que tenian posesiones que cultivar en el Chêrsoneso. Y siendo tales las cosas que á la ciudad digimos, quantos las oyeron concibieron esperanzas, de que publicada aquella oracion dariamos fin á la guerra, y desistiendo de empresas militares empezariamos á pensar en algo, que á todos en comun nos fuese útil. Ahora, si acertaron en pensar así, ó si anduvieron errados allá se lo verían. Mas ello es que estando yo en esto, he aquí que antes de concluir mi oracion ajustasteis entre vosotros la paz: al fin como prudentes, porque de qualquiera manera que se ajustase, siempre os era mu-

cho mas útil que el haber de tolerar los males que indefectiblemente acompañan á la guerra. Así, accediendo con gusto á los que se declararon por la paz, y pensando que no solo nos era útil á nosotros, sino á todos los Griegos, no me fué posible apartar la mente de lo ya comenzado, y desde entónces la dirigí á exâminar como podriamos permanecer en este estado, y hacer que nuestra ciudad al cabo de muy poco tiempo no quisiese meterse en nuevas guerras. Y revolviendo con cuidado estas cosas entre mí, hallé que de ningun otro modo podriamos tenerla en reposo, sino determinando las ciudades populosas, despues de haberse reconciliado entre sí, llevar la guerra al Asia, y proponiendose sacar de los Bárbaros las utilidades y ganancias que hasta ahora han sacado de los Griegos; que es lo mismo que en mi Panegírico hube aconsejado. Pensando pues, en esto, y creyendo que no podria darse asunto ó mejor, ó mas nuevo, ó de mayor utilidad para nosotros, me animé á escribir acerca de él, no obstante que me conozco bien, y que sé que un discurso de esta naturaleza pide no mi edad; sino la de un hombre que estuviese en la flor de ella, y se aventajase en ingenio á los demas. Tambien veo que es dificultoso escribir sobre un mismo asunto dos decentes oracio-

nes, y mas si la primera que se publicó está de tal modo escrita, que hasta los envidiosos tratan de imitarla, y la aprecian aun mas que los que la alaban con exâgeracion. Pero sin embargo, despreciando todas estas dificultades, aun en mi vejéz me hallo con tantos ánimos, que me he propuesto mostrar y hacer patente tanto á vuestros Oradores, como á mis discípulos, que el querer hacer papel en las juntas públicas, y tener una oracion á todos los que á ellas concurren, es lo mismo que si no se hablase con nadie enteramente: porque las tales oraciones son tan inútiles como las leyes y tratados de República escritos por los Sofistas. Por tanto los que no traten de parlar en valde; sino de adelantar algo, y los que crean que han inventado alguna cosa que podrá ser útil al Estado, deben dexar á los demas el cuidado de hablar en las juntas, y escoger ellos para lo que proyectan un Gefe de entre los que sean hombres de decir y hacer, y tengan ya gran crédito: que es como lograrán que se les preste oidos. Inteligenciado pues, de esto determiné dirigirme á vos, no para deciros precisamente lo que os acomode, porque aunque desearia proponeros cosas que fueran de vuestro agrado, sin embargo no es este mi intento; sino que veía que todos los demas hombres de crédito viven suje-

tos á las ciudades y á las leyes, sin poder hacer mas que lo que se les mande, y no se hallan en disposicion de entrar en los negocios de que he de hablaros; y que á vos solo os ha concedido la fortuna la gran facilidad de poder enviar Embaxadores á quien quisiereis, de recibirlos de quien os acomode, y de decir todo lo que os parezca conveniente, y que ademas de esto, teneis mucho poder y mucha riqueza, como que no hay quien os iguale entre los Griegos: cosas las mas propias de quantas se conocen para persuadir y aun precisar, y de las que creo que habemos menester para lo que pienso proponeros. Porque voy á aconsejaros que dirijais la reconciliacion de los Griegos y hagais la guerra á los Bárbaros. Ahora, el persuadiros á hacer la guerra es cosa en la que solo va vuestro propio honor; pero el hacerla á los Bárbaros es en general á todos conveniente: y esta es la suma de todo este discurso.

Mas antes quiero deciros que es lo que me objetan algunos de mis amigos, porque creo que es del caso. Habiéndoles pues, yo declarado que pensaba en dirigiros una oracion, escrita, no para ostentacion ni para ensalzar vuestras hazañas y proezas en la guerra (porque esto ya lo harán otros); sino para procurar llamar vuestra atencion á cosas mas convenientes, mas esclarecidas,

y mas útiles que las que traeis entre manos, tan de veras temieron no fuese que por la edad hubiera perdido el juicio que se atrevieron á reprenderme, exceso á que antes no habian llegado : diciendo que me meto en cosas muy fuera de propósito y de razon, pensando en dar con mis oraciones consejos á Filipo, que aun quando antes creyese que podria haber quien se le aventajase en prudencia: ahora ya con tan grandes acontecimientos no hay porque no piense que puede deliberar con mas acierto que todos los demas. Fuera de esto, decian, él tiene á su lado á los hombres mas avisados de la Macedonia, los que es regular que aunque de las demas cosas no tengan mucho conocimiento, por lo menos sepan, mejor que no tú, que es lo que le conviene. Y aun prescindiendo de esto, ya puedes advertir que en sus dominios habitan muchos Griegos, y no hombres desconocidos ó idiotas; sino tales que con su ayuda no solo no ha disminuido su poder, sino que ha hecho todo quanto podia desear. Porque qué le puede haber faltado? No ha hecho que los Tesalianos, que antes aspiraban á dominar á la Macedonia, le esten ahora tan inclinados, que no hay quien no fie mas de él, que de sus mismos ciudadanos? De las ciudades de aquel contorno no ha ganado á unas con beneficios,

haciéndolas sus aliadas, y á otras que mas se le resistieron, no las ha destruido y arruinado? No venció á los Magnesianos (1), los Perrebeos (2) y los Peones (3), y de todos ellos se hizo respetar? Si exceptuamos solamente á los que habitan junto al Adriatico, no se hizo señor y dueño de todos los pueblos del Ilirio? No hizo despotas de toda la Tracia á los que quiso? Pues un hombre tan grande, y que tales hazañas ha acabado, cómo no tendrá por loco al que le dirija semejante oracion, y creerá que presume mas de lo que debiera de eloqüente, y está muy lejos de penetrar quales son sus ánimos? Como al principio quando oí esto, me quedé atónito, y como despues que volví en mí, respondí á cada una de las cosas que habian objetado, no quiero ahora decirlo no sea que haya quien piense que me complazco en traer á la memoria el modo que tuve de hacerles callar. Habiendo pues, dado bastante en que entender, segun mi juicio, á los que se atrevieron á motejarme, últimamente les ofrecí que á ellos solos, de todos los ciudadanos, les habia de mostrar la oracion, y no habia de hacer sino lo

(1) Pueblo de la Tesalia sobre el Archipiélago.

(2) Pueblo de la misma Tesalia hácia el rio Peneo y el monte Olimpo.

(3) Pueblo muy próximo á la Macedonia, de la que fué despues siempre una Provincia.

que les pareciese. Dicho esto se fueron, no sé con qué ánimo; solo sé que de allí á pocos dias, habiendo ya concluido mi oracion y mostrádosela, se quedaron tan mudados, que se avergonzaron de lo que se habian atrevido á decirme, se arrepintieron de quanto me habian objetado, confesaron que en asunto tan grande jamas se habian engañado de aquella manera, y por fin me incitaron vivamente á que os enviase la oracion, diciendo: que tenian esperanzas de que no solo vos y esta ciudad, sino los Griegos todos me habian de estar por ella muy agradecidos. He querido referiros aquí este pasage, para que si en el principio hallareis algo de quanto propongo que os parezca ó increible, ó impracticable, ó poco convenible á vuestra persona, no dexeis ya de fastidiado todo lo restante, ni os suceda lo que á estos mis reprensores; sino que antes hagais ánimo de aguardar hasta ver el fin de quanto he de hablaros: porque estoy creyendo que os tengo de decir cosas que os acomoden, y que se encaminen á vuestro provecho. Y no, no estoy ignorante de lo mucho que va, para el hecho de persuadir, de las oraciones que se pronuncian á las que solo se leen, y de que todos juzgan que aquellas tratan asuntos importantes y de pronta execucion, y estas otras por lo comun se escriben, ó por os-

tentacion, ó con el fin de sacar alguna ganancia: en lo qual no van mal fundados. Porque si una oracion no es ayudada de la autoridad del que la dice, de su voz, de las diversas situaciones que suelen advertirse en los que pronuncian discursos, y del calor de la accion; y no teniendo nada de lo que conmueve y contribuye á persuadir, está falta y desnuda de las dotes que quedan dichas, y es leida, de mas á mas, por uno que no tenga espíritu, y que no se inflame como es natural, y antes vaya como quien cuenta las palabras: es preciso que les parezca muy mal á los oyentes. Que es lo mismo que acaso dañará á esta oracion, y la hará parecer mucho peor. Porque no va arreada con los adornos y gracias de diccion, que solía yo emplear quando era mas mozo, y cuyo uso enseñé á otros, para que hiciesen sus discursos mas dulces al mismo tiempo y mas probables. Mas de estas cosas no me permite valerme ya mi edad: y así me bastará el poder decir sencillamente las que me he propuesto. A las que tambien creo que, abandonadas por ahora todas las demas, os importa mucho á vos prestar vuestra atencion. Y como podreis mejor y con mas acierto ver que es lo que digo, será si no hiciereis caso de los reparos de los Sofistas, y de los que se objetan á las oraciones que solo

se leen, y tomando cada cosa de por si, la exâminareis, no con priesa y como de paso; sino con reflexîon y con Filosofia, en la que tambien me dicen que habeis tomado parte (1). Porque mirando mas á estas cosas, que á las opiniones comunes, estareis en estado de juzgar mejor de todo. Y esto era lo que ante todas cosas queria preveniros: ahora paso ya á hablaros de asunto.

Porque pienso que lo que importa es qué vos, sin dar por eso de mano á ninguno de vuestros negocios, trateis de reconciliar la ciudad de los Argivos, y la de los Lacedemonios, y la de los Tebanos, y la nuestra. Pues que si pudieseis aquietar á estas, no os será dificultoso, á lo que entiendo, el hacer que concuerden las demas. Porque todas estan sujetas á estas que hemos dicho, y quando temen, se acogen á qualquiera de ellas, la que la suerte les depara; y de aquí es de donde toman sus socorros. Así que con solo reducir á la

(1) Filipo dado en rehenes á los Tebanos por su hermano Alexandro, tuvo la fortuna de educarse al lado de Epaminondas, gran Filósofo y gran Capitan, con quien se dice que oyó lecciones de un Filósofo Pitagórico; y así dice Justino en el lib. 7. de sus historias, „que con esta casualidad adelantó mucho la buena disposicion de Filipo.“

razon á quatro ciudades, librareis á todas las demas de muchos males. Pues ahora, que no debeis mirar con indiferencia á ninguna de ellas como lo advertireis, será si refiriereis á vuestros antepasados sus hazañas: porque hallareis en cada una mucho afecto hácia vosotros, y que os han dispensado grandes beneficios. Porque en primer lugar, Argos es vuestra patria; y así es razon que la sirvais con el mismo zelo que á vuestros propios padres: los Tebanos dan al tronco de vuestro linage ya en sus súplicas y ya en sus sacrificios mayor veneracion que á los demas Dioses: los Lacedemonios han dado para siempre á los hijos de este el Reyno y Principado: y nuestra ciudad, dicen aquellos que en tratando de cosas antiguas merecen crédito, que fué quien dió á Hércules la inmortalidad (como esto fuese á vos os será facil saberlo á qualquier hora, y á mí ahora no me es licito deciroslo), y á sus hijos la vida. Porque ella sola se opuso á costa de los mayores peligros á las fuerzas de Euristeo (1), atajó su maldad, y sacó á los hijos de aquel heroe de los temo-

(1) Ya se dixo en el Panegírico que, habiéndose refugiado á la Atica los Heráclidas perseguidos por Euristeo, Teseo Rey de Atenas los amparó, y aun libró enteramente de peligro, venciendo á Euristeo, y poniéndole en sus manos de ellos, para que se vengáran á su arbitrio.

res en que siempre habian vivido. Por lo qual es justo que nos esten agradecidos no solo los mismos libertados ; sino tambien los que de ellos vienen en el dia , como que por nosotros viven , y disfrutan todos los bienes que poseen : porque si aquellos no hubieran sido sacados á salvamento , ni aun siquiera nacer habrian podido. Siendo pues , tales estas ciudades , hubiera sido mejor que no hubieseis tenido ninguna diferencia con ninguna de ellas ; pero por naturaleza todos somos mas inclinados al mal que al cumplimiento de nuestras obligaciones. Así lo ya sucedido no hay mas que dexarlo como defecto comun (1), y guardarse para lo sucesivo de que pueda acaecer otra cosa igual , y antes mirar , con el fin de parecer con estas ciudades benéfico, como dispensarles unos favores dignos de vos , y de los que ya ellas os hicieron : y ahora teneis buena ocasion. Porque aun pagándoles los beneficios que les estais debiendo por el mucho tiempo que ya se ha pasado , se han de creer que empezais vos el primero. Y no puede menos de ser muy honroso el hacer bien á las grandes ciudades, mayormente no teniendo que olvidar por eso vuestros propios intereses. Y aun pres-

(1) Defecto en el que todos estamos expuestos á incurrir ; porque, como comunmente se dice , todos somos hombres.

cindiendo de esto, si á algunas de ellas les habeis hecho alguna ofensa, ahora podreis muy bien borrarla: porque los beneficios que en esta ocasion les confiriereis os harán olvidar á unos y á otros los males que hasta aquí os hubiereis irrogado; y mas siendo constante que todos los hombres de los que mas se acuerdan, es de los que les sirvieron de alivio en sus trabajos. Pues ya veis el infeliz estado á que las ha traido la guerra, y que son muy semejantes á los que se han empeñado en un desafío: porque á estos mientras estan agitados de la ira no habrá quien pueda separarlos; mas despues que se hallan mal parados, aunque no haya nadie que los aparte, ellos mismos se retiran; y esto es lo que creo que han de hacer tambien estas ciudades: si es que vos no tomais antes alguna providencia. Pero acaso habrá quien se oponga á lo que acabo de proponer, diciendo que intento persuadiros á emprender imposibles. Porque nunca los Argivos vendrán á ser amigos de los Lacedemonios; ni los Lacedemonios de los Tebanos, ni podrá ser que los que han estado siempre acostumbrados á querer sobresalir, sufran ahora que se hagan iguales con ellos los demas. Pero yo, si fuesen en el dia las de mayor autoridad entre los Griegos nuestra ciudad ó la de los Lacedemonios, bien creería que no debia

esto intentarse, porque para qualquiera cosa que se quisiese hacer se habian de servir la una á la otra de impedimento. Mas ahora no pienso de ellas en la misma forma, porque las veo á todas igualadas ya por las miserias y calamidades: y así juzgo que mas se han de inclinar á la utilidad que les ha de resultar de la concordia, que á la ganancia que antes sacaban de sus desavenencias. Fuera de esto, confieso que ningun otro podria reconciliar á estas ciudades; pero para vos esto no tiene ninguna dificultad, porque os veo concluir muchas cosas que eran comunmente reputadas por imposibles y extrañas: y así no será maravilla que vos solo seais tambien quien pueda allanar esto. Pues ahora, á los de ánimo excelso, y que se distinguen entre todos, lo que les está bien es, no el emprender aquellas cosas que qualquiera del pueblo podria executar; sino aquellas á que no podria atreverse otro, que quien tuviera igual ánimo, é igual poder que vos. Maravíllome pues, de que los que esto juzgan imposible, no sepan, ó no hayan á otros oido que ha habido muchas y muy crueles guerras, despues de las quales los que trataron de reconciliarse se hicieron recíprocamente los mayores beneficios. Porque quién acertará á ponderar la enemistad y ódio con que á Xerxes mira-

ron los Griegos? Pues todos saben que en mas tuvimos su amistad nosotros y los Lacedemonios que la de aquellos que nos habian ayudado á unos y á otros á fijar nuestro poder. Mas para que recurrir á cosas tan antiguas y acaecidas precisamente con los Bárbaros? Si hubiera quien exâminase y considerase todas las calamidades de los demas pueblos, hallaría que no eran nada en comparacion de los males que los Lacedemonios nos han hecho á nosotros: y sin embargo, habiendo ido los Lacedemonios contra los Tebanos, y queriendo sujetar la Beocia, y gobernar sus ciudades, nosotros dando ayuda á estos es cierto que les atajamos sus deseos; pero como, mudada la fortuna, quisiesen despues los Tebanos con todos los del Peloponeso arrasar á Esparta, uniéndonos nosotros solos entre todos los Griegos con los de esta ciudad, fuimos sin duda á quienes debieron el salir de tan gran riesgo (1). Sería pues, muy necio qualquiera que viendo estas mutaciones, y que las ciudades, ni de ódios, ni

(1) En las guerras de los Tebanos y Lacedemonios, en que intervinieron aquellos dos grandes hombres Epaminondas de la una parte, y Agesilao de la otra, los Atenienses al principio resentidos de Esparta estuvieron por los Beocios y Mesenios con otra infinidad de Griegos; pero quando vieron segunda vez expuestos al mayor riesgo á los Lacedemonios, se unieron con

de juramentos, ni de ninguna otra cosa se acuerdan, sino de lo que creen que les es útil, y esto solo adoptan, y á ello dirigen todo su cuidado, no pensase tambien ahora que han de tener precisamente el mismo ánimo: mayormente siendo vos el autor de su reconciliacion, persuadiéndosela su propia conveniencia, y precisándolas á ella los males que al presente estan sufriendo. Yo por lo menos, concurriendo tales circunstancias, creo que todo se ha de verificar del modo que he pensado. Mas juzgo que como podreis mejor comprender si con las ciudades prevalecerán los pensamientos de paz, ó los de guerra, será si os descubriere, ni muy por alto, ni tampoco muy menudamente, sino valiéndome de los principales acontecimientos, el actual estado de todas ellas. Y en primer lugar miremos qual es el de los Lacedemonios. Pues estos dominando bien poco ha por mar y tierra á todos los Griegos (1), se les ha mudado

ellos; y aunque juntos perdieron la batalla de Mantinea, en que Epaminondas perdió la vida, evitaron por lo menos el que este gran General volviese á entrar segunda vez en Esparta.

(1) Despues de la guerra del Peloponeso, de que se habló en la oracion anterior, los Lacedemonios como vencedores de los Atenienses, dominaron en toda la Grecia: tanto que, como tambien se notó, mudaron el gobierno de

de tal manera la suerte despues de haber perdido la batalla de Leuctras (1), que han sido despojados del predominio sobre los Griegos, y han perdido aquellos grandes hombres que quisieron mas morir, que todas las ciudades: y esto fué bien poco antes de la guerra con los Tebanos.

(1) Despues de la paz con el Persa llamada de Antálcidas, (véase la pag. 132 nota 1) orgullosos los Lacedemonios quisieron sujetar enteramente algunas ciudades Griegas de que nada se hablaba en los tratados, y que no tuvieron parte en la guerra del Peloponeso. Iban contra los Olintios, y viendo divididas en facciones la ciudad de Tebas se valieron de tan buena ocasion para apoderarse de su Alcazar, creyendo que esta injusticia no llegaria á tener malas conseqüencias; pero se equivocaron mucho, porque Pelópidas y Epaminondas, dos hombres grandes, aunque Beocios, los vencieron en varios encuentros, y sobre todo en la famosa batalla de Leuctras, que era una ciudad de la Beocia: despues de la qual llevaron el terror hasta la ciudad de Esparta, llegándose á acampar á vista de ella. Y aunque por entónces se retiraron; luego con nuevos motivos de desavenencia volvió contra ellos Epaminondas, y entró hasta la mísma plaza de la ciudad: viéronse por tanto precisados los Lacedemonios á reñir un combate en medio de la ciudad, al pie de los Alcázares por defender sus hijos y mugeres. Véase la vida de Agesilao y Pelópidas en Plutarco y Corn. Nep. la de Epaminondas en este último, á Justino lib. 6. y á Xenofonte lib. 6. y 7. de las historias Griegas.

gozar de la vida despues de vencidos por aquellos mismos, á quienes habian dado antes la ley. Y ademas de esto, han visto á todos los del Peloponeso que antes solian unirseles contra qualesquiera enemigos, caer ahora con los Tebanos sobre su propia tierra, y ponerlos en la precision de reñir (no en el campo por defender sus frutos; sino en medio de la ciudad al pie de sus Alcazares por defender sus hijos y mugeres) un combate, en el que si no vencian, habian de perecer en el instante; y aun quando venciesen, no por eso quedaban mas libres de sus males y trabajos. Así son mortificados por sus vecinos con contínuas guerras; se han hecho sospechosos á los del Peloponeso, y aborrecibles á todos los Griegos; de dia y de noche son saqueados y perseguidos por sus mismos siervos; no hay hora en que no esten ó moviendo guerra á algunos, ó dando alguna batalla ó socorriendo á los que de los suyos se hallan en peligro; y lo que es peor que todo, estan siempre temiendo no sea que los Tebanos, reconciliándose con los de Focea (1),

(1) Habiéndose portado mal los Tebanos, despues de estos grandes acontecimientos que solo se debieron á la sabiduría de Epaminondas, con los Lacedemonios y los de Focea, (el como véase en Justino desde el principio del lib. 8. y en Diódoro Sic. lib. 16.) estos saquearon el gran

y volviendo sobre ellos, los dexen rodeados de mayores males que los que antes padecieron. Pues cómo es creible que unos hombres reducidos á tal extremo no hayan de recibir con el mayor placer á quien les hable de paz, y mas si es un sugeto de autoridad, y de bastante poder para calmar las guerras en que al presente estan envueltos? Pues los Argivos: en unas cosas vereis que casi les comprende lo que acabamos de decir, y que en otras aun es mucho peor su condicion. Porque desde el punto en que empezaron á habitar en su ciudad estan en contínua guerra con sus vecinos del mismo modo que los Lacedemonios; aunque con esta gran diferencia, que los Lacedemonios tienen que hacer con pueblos de menos poder; y ellos con pueblos superiores á sus fuerzas: lo que han de confesar todos que es de entre los males el mayor. Así son en los casos de la guerra tan desgraciados, que les falta muy poco para ver con abandono saqueada y ar-

templo de Delfos, y para vengar este sacrilegio, ó mejor por vengarse ellos mismos hicieron los Tebanos guerra á los Focenses que tuvieron en su ayuda á los Atenienses y Lacedemonios. Y esta fué la famosa guerra sagrada. Compusiéronse los demas despues de algunos encuentros; pero los Tebanos y Focenses siguieron sus disputas.

rasada su region todos los años (1). Y lo que es aun peor : quando respiran de la guerra, enemistándose unos con otros, ellos mismos dan la muerte á los mas ricos y autorizados ciudadanos ; y quedan, hecho esto, tan alegres que no lo pueden quedar tanto ningunos, despues de haber arruinado á sus enemigos. Y la causa de que vivan en esta inquietud no es otra que la guerra : de la que si lograreis apartarlos, no solo los sacareis de tan infeliz estado; sino que los pondreis en disposicion de ordenar mejor todas sus cosas. Pues ahora, como se hallen los Tebanos de ninguna manera se os oculta. Porque habiendo ganado una victoria ilustre y alcanzado con ella una gran opinion, por no haber sabido usar de su fortuna, no son en el dia menos infelices que los vencidos y oprimidos de la suerte : pues que apenas vencieron á sus enemigos, quando olvidándose de todo lo demas, hicieron correrías por el Peloponeso (2) ; se atrevieron á esclavizar á la Te-

(1) Los Argivos por aquellos tiempos fueron bastante obscuros, y no se vé que tuviesen parte en los grandes acontecimientos de la Grecia : no es pues, de extrañar que estuviesen reducidos al extremo que dice aquí Isócrates.

(2) Xenofonte al fin de sus historias Griegas dice que los Tebanos no supieron aprovecharse de sus victorias, y principalmente de la que en Mantinea les ganó Epaminondas con su muer-

salia ; hicieron amenazas á los Megarenses sus vecinos ; quitaron á nuestra ciudad una parte de su terreno ; arrasaron la Eubea ; enviaron á Bizancio una armada , haciendo alarde de que dominaban por la tierra y por la mar ; y últimamente movieron guerra á los de Focea , como que nada les habia de costar hacerse dueños de toda aquella region , y llegar á tanta opulencia que sus gastos excediesen á las riquezas del oráculo de Delfos. Mas nada de esto sucedió ; sino que en lugar de tomar las ciudades de los Focenses , aun sin las suyas propias se quedaron. Y habiendo entrado en tierra de sus enemigos , menos fué el mal que les hicieron , que el que recibieron de ellos hasta que se tornaron á sus casas. Porque en la Focide es cierto que mataron á algunos de aquellos asalariados que ganaban mas en perecer , que no en vivir ; pero despues que se retiraron , ellos mismos dieron muerte á los ciudadanos mas ilustres , y mas dispuestos á dar la vida por su patria. Y han venido sus cosas á tal estado , que habiendo esperado dar la ley á

te. Y con efecto despues de esta accion nada hicieron de provecho , ni nada consiguieron con estas empresas de que habla Isócrates ; que son las de la guerra sagrada , de que ya se ha tratado citando á Justino en el lib. 8. y á Diódoro Siculo en el libro 16.

todos los Griegos, ahora ya sois vos en quien tienen puesta toda su confianza: y así creo que harán sin detenerse todo quanto dispusiereis.

Ahora lo que me habia de restar sería hablaros de nuestra ciudad, si ella, habiendo antes que todas las demas vuelto en sí, no hubiera procurado hacer la paz. Mas en la ocasion presente yo creo que ha de ayudaros en vuestra empresa: y mas si llega á rastrear que quereis poner esto por obra antes de dirigir contra los Bárbaros vuestro exército. Pienso pues, que de lo que va dicho os puede constar suficientemente que no os es imposible el reconciliar estas ciudades. Pues aun mas: que esto os ha de ser sumamente facil, estoy creyendo que os lo voy á demostrar con una infinidad de exemplos. Porque si vemos que otros de nuestros antepasados, con haber emprendido cosas no tan ilustres ni tan recomendables como las que os hemos aconsejado, dieron sin embargo cumplido fin á proyectos mayores y mas expuestos: cómo podrán dexar de confesar los contrarios, que menos os ha de costar á vos el acabar esto, que á ellos lo mas dificultoso? Ved sino, lo que pasó con Alcibiades (1): pues

(1) Llamado Alcibiades de la expedicion de Sicilia, á la que con otros dos Generales habia ido, para ser juzgado por el crimen de impiedad, de

este, habiendo sido por nosotros desterrado, y notando que los demas á quienes habia sucedido el mismo trabajo, por el poder de nuestra ciudad se habian acobardado, no pensó sin embargo como ellos; sino que juzgando que era de intentar el ser por fuerza restituido, se determinó á moverle guerra. Y de cada una de las cosas que con este motivo acontecieron, acaso no habrá

que habia sido acusado antes de partir, y condenado á muerte antes de su llegada, pudo retirarse á Esparta, donde se hizo mucho lugar, y valído de ello aconsejó á los Lacedemonios varias cosas propias para aumentar su poder y disminuir el de sus émulos y enemigos los Atenienses; pero porque recelaban los Lacedemonios no fuese que un hombre tan astuto, acordándose un dia de que era Ateniense, los empeñase en alguna accion que pudiera arruinarlos, trataron de quitarle la vida. Súpolo y acogióse á Tisafernes Sátrapa de Persia, á quien tambien dió muy buenos consejos acerca del modo de portarse con los Atenienses y Lacedemonios, hasta que empeorando las cosas de Atenas por la division de sus ciudadanos, y solicitando algunos restituirle, se incorporó con la Armada, que le declaró al instante su General: y haciendo al frente de ella las acciones mas ilustres, mereció no solo ser restituído; sino que se le recibiera con el mayor aplauso. Véase principalmente á Plutarco en la vida de este hombre grande en lo malo y en lo bueno: á Corn. Nep. vida del mismo: Xenofonte lib. 1. de las historias Griegas, y Justino en el lib. 5.

quien se atreva á hablar, ni quien pueda exâctamente referirlas, y aun ahora quizá sería intempestivo; mas ello es que dió tanto que hacer no solo á nuestra ciudad, sino tambien á los Lacedemonios, y aun á todos los Griegos, que nosotros padecimos lo que todo el mundo sabe; sobre los demas vinieron tales desastres, que ni aun ahora se han del todo acabado los trabajos que por aquella guerra sufrieron las ciudades; y los Lacedemonios que parecia ser entónces los que estaban en mayor auge, por Alcibiades cayeron en los infortunios en que hoy se ven. Porque incitados por él á solicitar el imperio del mar, aun del mando por tierra fueron despojados. Dé modo, que si alguno digese que entónces tuvieron principio sus actuales miserias quando entraron en posesion del imperio del mar, seguramente no andaria errado. Pues este que tales cosas hizo, volvió por fin á la ciudad colmado de gloria, por mas que no fuese á gusto de todos. Y pocos años despues Conon, aunque por diferente fin, hizo lo mismo (1): porque habien-

(1) Conon, que antes habia ganado la famosa batalla naval de Arginusas, vencido por Lisandro junto al rio Egos ó rio de la Cabra, con solas ocho galeras que le quedaron se refugió en la Isla de Chipre: desde donde pasó al Asia, y ganando á los Sátrapas, y por ellos última-

do perdido una batalla naval cerca del Helesponto, no por culpa suya, sino de los Generales sus compañeros, de vergüenza no se atrevió á dar la vuelta á casa; sino que habiéndose retirado á Chipre, allí se detuvo algun tiempo para poner órden en sus cosas: y llegando á entender que Agesilao habia pasado al Asia con un grueso exército, y andaba saqueando la region, fué tanto lo que se animó, que no quedándole otro recurso que su cuerpo y su talento, concibió esperanzas de vencer á los Lacedemonios, que eran entónces los primeros de entre todos los Griegos por la tierra y por la mar, y escribiendo á los Capitanes del Persa, les ofreció que así habia de hacerlo. Y para qué cansarnos? Reunida que fué su esquadra junto á Gnido, vencedor en aquel naval combate derribó á los Lacedemonios de su superioridad y principado, y puso en libertad al resto de los Griegos. Y no solo levantó los muros de su patria; sino que tambien restituyó á

mente al Rey de los Persas, logró que lo hicieran General de la Armada que contra los Lacedemonios enviaba este Monarca. Dióse la batalla cerca de Gnido, y habiendo vencido á los Lacedemonios, logró por este medio libertar no solo á Atenas; sino á toda la Grecia. Véase á Xenof. lib. 2. de las historias Griegas, Justino lib. 5. y 6. Corn. Nep. vida de Conon.

nuestra ciudad aquel esplendor de que antes habia decaido. Y quién hubiera esperado que los esfuerzos de un hombre tan abatido hubieran así trastornado las cosas de la Grecia? y que por ellos de las ciudades Griegas unas habian de haber sido humilladas, y otras se habian de haber visto engrandecidas? Pues Dionisio (porque quiero acumular muchos, para haceros ver que es facil empresa esta á que os estoy incitando), con no ser mas que uno de tantos entre los Siracusanos, así por su nacimiento, como por su opinion y por todo lo demas, habiéndosele antojado hacerse Monarca contra toda razon, y por una especie de locura, y atreviéndose á practicar todo quanto para alcanzar esta autoridad le parecia conducente, se apoderó de Siracusa, y tomó en la Sicilia todas aquellas ciudades que eran Griegas; y así vino á juntar tantas tropas, así de tierra como de mar, quantas no pudo recoger jamas ninguno de los que le habian precedido. Y aun mas: Ciro (para hacer tambien memoria de los Bárbaros) expuesto en medio de un camino por su madre (1) y recogido por una muger Per-

(1) Aquí, aunque mudando un poco la historia sigue Isócrates á Herodoto, quien en el lib. 1. desde el cap. 107. trata largamente de las cosas de Ciro, y de su educacion dice: que Astiages su abuelo por un sueño que habia tenido

siana, tuvo tan favorable la fortuna, que llegó á ser Señor de toda el Asia. Pues si Alcibiades con ser un desterrado, Conon con haber sido vencido, Dionisio con no ser hombre ilustre, y Ciro con haber sido sus principios tan humildes llegaron á tan alto estado, é hicieron tales cosas: como no se habrá de esperar que vos, descendiendo de tales padres, reynando en Macedonia, y siendo Señor de tantos hombres, acabareis con la mayor facilidad lo que ahora se os propone? Considerad pues, que lo que os corresponde es abrazar tales empresas, que si salieseis bien con ellas os hayan de acarrear una gloria igual á la de los hombres mas ilustres; y aun quando tuvieseis contraria la fortuna, hayais de grangearos por lo menos la estimacion de toda la Grecia: cosa mas apreciable que no

mandó que lo expusieran en un bosque, y para esto lo dió á Hárpago su mayordomo: el qual no atreviéndose á hacerlo por sí, lo entregó á un baquero, y la muger de este lo crió, habiéndole antes aconsejado que en su lugar expusiese un niño que ella acababa de parir muerto. Justino en el lib. 1. compendia á Herodoto como acostumbra; pero Xenofonte en su célebre obra de la crianza de Ciro da á este Monarca muy otros principios: y por otro término se aparta de todos ellos Ctesias en sus historias Pérsicas. El Crítico de esta misma diversidad infiere, que es á lo que debe atenerse.

tomar á fuerza de armas muchas plazas y ciudades. Porque tales hazañas siempre traen consigo ódio, abominacion y maldiciones; y aquellas á que ahora os incitamos de todo esto estan exêntas. Y así si algun Dios os diese á escoger la ocupacion y exercicio en que quisieseis pasar la vida, por lo menos pidiéndome á mi consejo, ninguna otra que esta elegiriais: pues que no solo seriais envidiado de los demas; sino que vos mismo os dariais mil parabienes. Porque qué mayor felicidad podria darse que el ver que los hombres mas acreditados de las principales ciudades venian de Embaxadores á vuestro Reyno, para que con ellos trataseis de la comun salud por haberos acreditado de su mas cuidadoso defensor? que el ver que toda la Grecia estaba contenta con teneros por su Capitan y Presidente, y que no habia nadie que tuviera en poco vuestras órdenes; sino que unos preguntaban qual era el estado de sus cosas; otros deseaban que no os saliesen mal vuestros proyectos; y otros por último, temian no os sobreviniese algun accidente (1) antes de

(1) Los antiguos se abstenian escrupulosamente, y mas hablando con personas de autoridad, de nombrar la muerte, y acordarles su miserable condicion; y así habiendo de hablar de ella procuraban dulcificar la expresion con algun circunloquio; que es lo que hace aquí Isócrates con

poner fin á vuestras empresas? Cómo no tendriais una regocijada y alegre vida viendoos director de empresas tan ilustres? Y quién con solo tener mediano ingenio no os exhortará principalmente á entrar en aquellos negocios que á un mismo tiempo os han de dar por fruto un placer sin igual, y un nombre sempiterno? Bastaríame ya lo que acerca de las tales empresas llevo dicho si, mas por temor que por olvido, no me hubiera dexado una cosa que me parece ser ya justo declararla. Porque yo pienso, que tanto como es propio de mi profesion, os conviene á vos el que con la mayor libertad, segun que lo he de costubre, os diga lo que siento. Llego pues, á entender, que sois censurado por algunos, que al mismo tiempo que os tienen envidia, estan acostumbrados á sembrar la turbacion en sus ciudades, y piensan que siendo la paz comun á todos, para solos ellos se ha hecho la guerra: los quales, sin atender á otra cosa, dicen, hablando de vuestro poder, que no por bien, sino por

mucha gracia. Esto suelen decir los anotadores á este y otros lugares semejantes; mas hase de añadir, que en este supersticioso cuidado de no hacer presente á las personas de respeto que se pueden morir, y de no hablarles á las claras de una cosa tan poco agradable, siempre los hombres se parecerán mucho á los antiguos.

mal de la Grecia va tomando aumento, y que há largo tiempo que á todos nosotros nos estais armando lazos; que aunque intentais hacernos creer que os pondreis de parte de los Mesenios (1), una vez arregladas las cosas de Focea, en la realidad en lo que pensais es en sujetar el Peloponeso; que los de Tesalia y Tebas, y todos los demas que son admitidos al consejo de los Anfictuones (2) estan prontos á seguiros, y los

(1) Los Mesenios eran de una ciudad y provincia del Peloponeso próximas á Esparta; y aunque habian venido de la Dorida con los Lacedemonios, á poco tiempo empezaron los dos pueblos á mirarse como enemigos hasta que por último la emulacion y enemistad vino á parar en una guerra abierta de las mas duras y obstinadas que se han visto. Al cabo de ella Mesena fué destruida y sus habitadores reducidos á la mas dura y penosa servidumbre. Y aunque algunas veces intentaron sacudir el yugo, no pudieron lograrlo hasta el tiempo de la guerra Tebana, en que Epaminondas reedificó su ciudad y los restituyó á ella á pesar de los esfuerzos de los Esparciatas. Pero concluida aquella guerra al instante estos volvieron á quererlos sujetar, y de ello trataban quando Isócrates escribia esta oracion. Pausanias en el libro de las cosas de Mesena, y nuestro Isócrates en el Archîdamo, en el que se exhorta á los Lacedemonios á no permitir que los Mesenios entren en libertad.

(2) Anfictuon hijo de Deucalion, y uno de los Reyes del Acaya por una profunda Política unió los pequeños Reynos ó regencias en que

de Argos, Mesena y Megalópolis con otros muchos de otros pueblos se os unirán para acabar con los Lacedemonios; y finalmente, que hecho esto con gran facilidad, despues os enseñoreareis de todos los demas Griegos. Con tales cavilaciones, y con decir que lo saben á fondo, y embrollarlo todo con su verbosidad, van ganando á muchos: y en primer lugar á los que apetecen los mismos males en que tienen tanto interés sus Oradores: despues á los que jamas se ponen á discurrir sobre las cosas públicas; sino que son del todo incapaces, y se contentan con dar gracias á los que saben hacerles creer que estan por ellos llenos de cuidado y de temor: y últimamente, á los que no estan distantes de creer que con efecto armais zeladas á la Grecia (1), y

estaba dividida la Grecia fundando el célebre Consejo, llamado de los Anfictuones. Este se congregaba dos veces al año en Termópilas, y en él se trataban difinitivamente y en el último grado todos los asuntos de los Confederados que eran doce pueblos. Pausanias en el libro de las cosas de Focea, que es el 10. Citan tambiem á Teopompo en el 8. de sus historias.

(1) Algunos quieren probar que Isócrates se acreditó de poco político con no pensar de Filipo como pensaban los que hablaban así de él; pero quién no advierte en la maña con que le dice lo que se temian de él los Griegos, y en el empeño con que refuta este rumor, que no es-

antes miran esto como una cosa que tiene porque ser apetecida. Pero todos ellos van tan fuera de razon, que ni aun saben que unos mismos argumentos pueden servir para alabar á unos y vituperar á otros: lo que justamente está sucediendo en nuestro caso. Porque si alguno digese que el Rey del Asia ponia asechanzas á los Griegos, y se estaba armando para venir contra nosotros, nada de malo le atribuiria; antes haria que todos le tuvieran por mas fuerte y digno de mayor respeto: pero si á alguno de los descendientes de Hércules, que tanto bien hizo á toda la Grecia, hubiera quien le achacase esto mismo, lo cubriria sin duda de ignominia. Porque quién no se conciliará la ira y ódio de los demas, si ven que arma lazos á aquellos mismos por quienes quiso exponerse á muchos peligros el tronco de su linage; y que, lejos de conservar la benevolencia que este dexó como por herencia á sus hijos, olvidado de ella, abraza proyectos ignominiosos y perjudiciales? Será pues, justo que mirando todo esto con reflexîon, de ningun modo deis lugar á que cunda esta voz que tratan de esparcir contra vos vuestros enemigos, y que ninguno de vuestros amigos dexará de

taba él mismo fuera de este miedo, y que antes por lo mismo le dirigió este discurso para ver que partido podia sacar?

refutar por defenderos. Ahora, que es lo que os está bien, en las encontradas sentencias de unos y otros podreis sin dificultad ni duda alguna conocerlo (1). Pero acaso imaginais que es pequeñéz de ánimo hacer caso de tales calumniadores y charlatanes, y de los que les dan oidos: mayormente no acusandoos ni en la mas leve cosa la conciencia. Mas no, no conviene despreciar la muchedumbre, ni tener en poco el que os estimen todos; antes debeis advertir que entónces alcanzareis una gloria ilustre y clara, y digna de vos, de vuestros antepasados y de vuestras anteriores proezas, quando logreis que los Griegos os miren del mismo modo que miran los Lacedemonios á sus Reyes, y que os miran á vos vuestros amigos. Todo lo qual no os será dificultoso conseguir, si quisiereis haceros igual con todos, y dexareis de estar bien con unas ciudades, y de portaros con otras como extraño; y si, ademas de esto, os determinareis á abrazar aquellas empresas que han de acreditaros de mas leal con los Griegos, y de mas temible con los Bárbaros. Ni os maravilleis (como tambien

(1) Esto está dicho con mucha delicadeza, porque es lo mismo que decirle: si vuestros enemigos os achacan estos intentos, y vuestros amigos tratan de refutarlos y desmentirlos, es señal que los tales intentos no son buenos.

escribí á Dionisio el Tirano) de que no siendo ni Capitan, ni Orador, ni hombre de autoridad en algun modo, os hable sin embargo con mas aliento que os ha hablado hasta ahora nadie. Porque es cierto que para el manejo de los negocios públicos soy de todos los ciudadanos el mas negado, como que ni tengo voz aparente; ni el valor que se necesita para hablar al pueblo, entrar en debates y aguantar los dicterios de los que estan hechos á la trápala del foro: pero en quanto á pensar bien y dirigir con acierto (mas que digan que esta es demasiada arrogancia), si quieren disputarmelo, no tendré inconveniente en contarme, no entre los inferiores y últimos de todos, sino entre los primeros. Y por lo mismo me he resuelto á decir mi dictamen (del modo que puedo y me es natural) á nuestra ciudad, á todos los demas Griegos, y á los hombres de mayor crédito y reputacion. Y por lo que hace á mí, y á lo que juzgo que debeis hacer en favor de los Griegos acaso habreis ya oido lo bastante; mas por lo que respeta á la expedicion contra el Asia, entónces exhortaré á aquellas ciudades que he sentado ser preciso que sean por vos traidas á concordia, á mover la guerra á los Bárbaros, quando las vea entre sí unidas y conformes. Pero ahora vos sois á quien dirijo mi

discurso: aunque no pienso de mí, como pensaba en aquella edad en que traté este mismo asunto. Porque entónces desafiaba á mis oyentes á que se burlasen de mí, y me despreciasen si les parecia que mi discurso no era digno ó de la grandeza de la materia, ó de mi nombre y opinion, ó del tiempo que habia gastado en la eloqüencia; y ahora estoy temiendo que ha de ser muy inferior quanto digere á lo que antes acerca de estas mismas cosas hube escrito. Porque aun sin contar con mas, el Panegírico, que tan afluentes ha hecho á todos los que cultivan la Filosofia, á mí me ha hecho sumamente escaso: pues que no quiero repetir las mismas cosas que en el dige, y el buscar otras nuevas no me es facil. Pero no por eso es de desmayar; sino que debo hablar en la materia propuesta aquello que me ocurra, y que sea conducente para moveros á poner por obra mis consejos. Porque aun quando me falten alguna vez las fuerzas, y no pueda escribir con la eloqüencia que brilla en las oraciones publicadas; por lo menos me parece que he de tirar las primeras lineas muy á gusto de los que se hallen con bastante disposicion para acabar la obra, y darle el competente colorido.

Pues por lo que hace al exôrdio de toda la oracion, yo creo que ha sido qual convenia á quien intentase persuadir que

se emprendiese la guerra contra el Asia. Porque nada debe hacerse antes que se consiga de los Griegos una de estas dos cosas: ó que con sus armas coadyuven á esta obra, ó que manifiesten por lo menos ser muy de su gusto y aprobacion: cosas ambas de que Agesilao (1), con ser el mas juicioso de todos los Lacedemonios, se olvidó, aunque no por malicia, sino por ambicion. Porque á un tiempo era movido de dos deseos, laudables uno y otro; pero encontrados entre sí, y que no podian de una vez tener efecto. Porque queria, y hacer la guerra al Rey, y restituir del destierro á

(1) Agesilao Rey de Esparta, apenas entró á reynar quando inmediatamente persuadió á los Lacedemonios que enviasen un exército contra el Persa. Fué él mismo de Capitan en aquella expedicion, y habiendo ya libertado la mayor parte del Asia menor pensaba pasar á la Persia, y destruir aquel gran Reyno, quando los Eforos primeros Magistrados de Esparta, á quienes aun el Rey, que no venia á ser mas que el General de las tropas, estaba sujeto, lo llamaron á la Laconia con el motivo de haber declarado guerra á los Lacedemonios los Atenienses y Tebanos. Obedeció esta órden, y tuvo que abandonar la expedicion contra los Persas: lo que no le hubiera sucedido si para emprenderla hubiera contado con todos los Griegos, como dice aquí Isócrates. Acerca de esto véase á Xenof. en su oracion en alabanza del Rey Agesilao, y á Plutarco y Corn. Nep. en su vida.

casa á sus amigos, haciendo que volviesen á entrar cn los negocios: y por este cuidado de los amigos acontecia que viviesen los Griegos entre males y peligros, y que él mismo, por el alboroto que allí entónces se suscitó, nunca estuviese de vagar, ni pudiese emprender la guerra contra el Bárbaro. De modo que por los yerros que entónces se cometieron se puede facilmente advertir, que el que haya de proceder con acierto, no deberá de ninguna suerte mover la guerra al Rey, antes de haber reconciliado á los Griegos, y haber calmado sus comociones y alborotos: que es lo mismo que os estoy ahora aconsejando; y así esto no habrá ningun hombre de juicio que intente refutarlo. Ahora, por lo que respeta á la guerra contra el Asia, si á algunos otros les pareciese incitaros á ella, juzgo que sería esta la exhortacion de que se valiesen, diciendo: que á quantos se habian determinado á hacer la guerra al Rey les habia sucedido que de obscuros se habian hecho ilustres, de pobres ricos, y de débiles señores de muchas Provincias y ciudades. Mas yo para exhortaros, no me he de valer del exemplo de estos; sino del de solos aquellos que, al parecer, salieron mal librados: de aquellos digo que sirvieron baxo las órdenes de Ciro y de

Clearco (1). Porque estos confiesan que en batalla vencieron todas las fuerzas del Rey, no de otra suerte que si con sus mugeres hubieran peleado ; y quando ya era suya enteramente aquella accion , solo se les desgració por la temeridad de Ciro ; el qual regocijándose sobremanera , y adelantándose á todos los demas , murió por fin en medio de sus enemigos. Y no obstante haberle sucedido esta desgracia , fió tan poco el Rey en su exército , que habiendo llamado á consulta á Clearco y á todos los demas Capitanes , y prometidoles que á ellos los colmaria de dones y á los soldados , despues de haberles pagado el prest, mandaria darles su licencia : quando con estas esperanzas , y con haberles dado las que se reputan por mayores seguridades, los tuvo ya en su Palacio , se atrevió á quitarles la vida : queriendo mas ser para con los Dioses impío , que arriesgarse con talés hombres , aun quando de todo estaban destituidos , á un combate. Pues qué exhortacion puede darse ó mas clara que

(1) Esta es la expedicion de Ciro el menor de que se habló en el Panegírico pag. 142 nota 2 con motivo de la insigne retirada de los diez mil Griegos de que vuelve aquí á tratar Isócrates. Véase principalmente á Xenof. en los libros en que como testigo ocular escribió menudamente esta expedicion , y aquella nota.

esta, ó que tenga mayor fuerza? Porque se vé bien que estos, sino hubiera sido por Ciro, se hubieran apoderado de la Persia. Y mas, que á vos no os ha de ser dificil el evitar la desgracia que entónces sucedió, y os será facil juntar unas fuerzas superiores á las que entónces triunfaron del exército del Rey. Pues teniendo en vuestra mano estas dos cosas, cómo podreis dexar de entrar muy confiado en esta expedicion? Ni se me diga qué intento disimular que algunas de estas cosas las he dicho del mismo modo, que ya las habia dicho antes: porque si inculcára unas mismas maxîmas queriendo escribir para muestra, tendrian mucha razon, pues que si yo compusiese por ostentacion procuraria guardarme de este defecto; mas pensando solo en proponeros mi dictamen, sería muy necio si la diccion me llevase mas tiempo que la sentencia; y tambien si viendo que otros se valen de mis escritos, yo solo me abstuviera de repetir lo que ya he dicho. Valdreme pues, de mis anteriores oraciones, siempre que lo juzgue del caso, y no me parezca que desdice. Pero de hacer ni el menor uso de los escritos agenos me guardaré del mismo modo que hasta aquí. Siendo pues, esto así, creo que es ya tiempo de hablar de lo que vos teneis adelantado, y de la disposicion en que estos se encon-

traron. Pues vos, que es quanto decirse puede, tendreis muy favorables á los Griegos siempre que os resolviereis á no apartaros de lo que os he propuesto; quando ellos, á causa de los Decuriones puestos por los Lacedemonios (1), los tuvieron, como era justo, muy contrarios. Porque formaron concepto, de que si salian Ciro y Clearco vencedores, aun se agravaria mas su esclavitud; quando si la victoria era del Rey, quedarian libres de los males que entonces padecian: como con efecto así les sucedió. Y por lo que toca á soldados, vos podreis tener al instante quantos quisiereis: pues que hoy es tal la condicion de la Grecia, que es mucho mas facil componer un numeroso y fuerte exército de vagabundos, que no de ciudadanos; y en aquella sazon ningun extrangero se encontraba, tanto que habiendo sido preciso recoger tropas extrangeras en las ciudades, mas les costaron los regalos que tuvieron que hacer á los Griegos, que el prest de los soldados. Y si queremos exâminarlo bien y hacer cotejo entre vos, que habeis de ser Gefe de esta expedicion, y habeis de cuidar de todos,

(1) Tambien de estos decuriones se habló en el Panegírico á la pag. 126 nota 1, y habiendo sido tales quales fueron, no es extraño que los Griegos todos estuviesen irritados contra los Lacedemonios. Véase aquella nota.

y Clearco, que fué quien entónces llevó el mando, hallarémos que este nunca antes habia tenido á su disposicion ni tropas de mar ni de tierra, y que solo el infortunio que en el Asia le sobrevino, fué el que le hizo conocido; quando vos habeis ya hecho tales y tan ilustres hazañas, que si á otros dirigiese mi discurso, me detendria con gusto en referirlas; mas hablando con vos si me empeñara en contaros vuestras propias proezas, con sobrada razon se diria que andaba demasiado necio é impertinente. Mas ya es justo hacer tambien memoria de entrambos Reyes: de aquel á quien os estoy empeñando á declarar la guerra, y de aquel con quien peleó Clearco: para que podais juzgar del poder y esfuerzo de uno y otro. El padre pues, del actual venció á nuestra ciudad y á la ciudad de los Lacedemonios (1); y este ni aun siquiera ha podido vencer á uno de los varios exércitos que han andado arrasando su region (2). Y ademas,

(1) Artaxérxes Mnemon, de quien tambien se habló en la famosa retirada, tuvo bastante política para mantener la division entre las ciudades Griegas, y por este medio consiguió algunas victorias de los Atenienses y Lacedemonios, y concluyó aquellos tratados tan ventajosos de que se ha hecho mencion varias veces. Véase el Paneg. pag. 132 nota 1, y esta misma oracion pag. 189 nota 1.

(2) A Artaxerxes Mnemon sucedió su hijo Ar-

aquel con el consentimiento de los Griegos tuvo por los tratados el dominio de toda el Asia ; y este tan lejos está de imperar sobre los Griegos , que ni aun de las ciudades que se le han entregado , puede decirse que es Señor : tanto que no hay quien no dude que se deba pensar , si que él las ha perdido por su floxedad , ó que ellas han despreciado y tenido en poco el gobierno de los Bárbaros. Pues oyendo qual es el estado de su Reyno , quién no se animará á moverle guerra ? Porque el Egipto se habia ya en tiempo de su padre sublevado ; mas con todo temian no fuese que mandando el Rey mismo un exército , les tomase el paso del rio y todos los pertrechos ; y ahora este los ha sacado ya de aquel temor : pues que habiendo juntado el exército mayor que pudo , é ido contra ellos , tuvo por fin que retirarse de allí , no solo vencido , sino escarnecido tambien : haciendo ver á todos que ni es digno de reynar , ni de mandar un exército. Ademas , Chipre y la Fenicia , y la Cilicia y toda aquella tierra de que para la construccion de las naves se valian , entónces estaban por el Rey ; mas ahora

taxerxes Ochô , hombre perdido , lleno de vicios y cruel sobremanera. Así en su Reynado que fué de unos veinte y seis años todo fué tumultos , rebeliones de los pueblos , y un saqueo contínuo de una y otra parte. Justino lib. 10.

parte de estas Provincias ha perdido, y parte estan con la guerra sufriendo tales miserias, que estas gentes de nada pueden servirle; y á vos si os determinais á ir contra él, os podrán ser de un gran provecho. Fuera de que, es preciso que Idrieo el Sátrapa mas rico que tiene hoy el Asia, esté con el mando del Rey todavía peor, que los que le hacen abierta guerra: ó sería el hombre mas necio si no quisiese ver arruinado aquel imperio que así afligió á su hermano; que á él mismo le hizo guerra; que le está siempre poniendo asechanzas; y que quiere finalmente hacer presa de su cuerpo y de toda su riqueza: como que por este temor se vé ahora precisado á obsequiarlo, y enviarle todos los años una gran suma de dinero. Mas si ahora vos pasaseis al Asia, no podria menos de tener en ello mucho gusto, creyendo que habiais ido en su socorro. Y ademas de esto, muchos de los demas Sátrapas se agregarian á vuestro partido, solo con ofrecerles la libertad, y esparcir por el Asia aquel nombre, que esparcido entre los Griegos á los Atenienses y Lacedemonios nos arrebató al punto el Principado (1). Aun os diria mas, acerca del

(1) Excelente rasgo de eloqüencia! Con efecto así parece que fué como lo dice aquí Isócrates, porque apenas subió al trono Filipo, se diria que fué ya reconocido por el mayor hombre de toda

método que habiais de observar en hacer la guerra para triunfar bien pronto del poder del Rey ; pero temo no sea que algunos me reprendan, porque no habiendo tenido en mi vida parte alguna en las empresas militares, me atrevo á dar consejos á quien ya ha hecho tan señaladas proezas en la guerra : y así creo que será excusado hablar mas en esto.

Viniendo pues, á otra cosa : juzgo que os han de bastar para exemplo vuestro padre, el fundador de ese imperio, y el primer autor y tronco de vuestro linage : los quales, si ó este quisiera hablaros, ó aquellos tuvieran facultad para ello (1), pienso que no os habian de aconsejar, sino esto mismo que yo ahora os aconsejo. Y para esta conjetura me sirve de fundamento lo que viviendo hicieron unos y otros. Porque vuestro padre con estas ciudades que os exhorto á mirar con particular cuidado, estuvo siempre muy bien ; y el fundador de

la Grecia. Tanto puede la buena educacion!

(1) El padre de Filipo fué Amintas, Rey tambien de Macedonia ; el fundador de aquel Reyno fué Caráno natural de Argos ; y el tronco de su linage sabido es ya que era Hércules. Este como colocado despues de su muerte entre los Dioses podia hablar á Filipo; no así los otros dos que eran puros mortales, y por tanto dice bien Isócrates : *Si ó este quisiera hablaros, ó aquellos tuvieran facultad para ello.*

vuestro imperio, siendo de mas elevado ánimo que sus ciudadanos, y codiciando la autoridad Real, no pensó sin embargo como los demas que se dexaron arrastrar de este deseo. Porque estos, excitando sediciones, alborotos y tumultos en sus ciudades, es como regularmente suben á este honor; mas no así aquel que dexó enteramente sosegadas las Provincias Griegas, y solo aspiró á ocupar el trono de Macedonia; como que sabia bien, que los Griegos no estan acostumbrados á tolerar la Monarquía, y que los otros sin esta especie de gobierno, ni aun siquiera pueden cuidar su propia vida. Y aun en haber advertido esto consistió que fundase un Reyno muy diferente de todos los demas: pues siendo él solo entre los Griegos, quién consiguió dominar á un pueblo extraño, él solo tambien fué quien pudo evitar los peligros que suelen acarrear tales Monarquias. Porque los que entre los Griegos se han arriesgado á tales empresas, hallarémos que por lo comun no solo se han arruinado á si mismos, sino que han arrancado tambien de sobre la haz de la tierra á su linage; quando este pasó primero su vida en la mayor felicidad; y despues dexó á sus descendientes los mismos honores de que habia gozado. Ahora, por lo que hace á Hércules, unos se detienen en cele-

brar su valor, y otros en contarnos sus trabajos; mas de las otras excelentes calidades de su alma no se vé que ningun Poéta ni ningun Orador haya hecho todavía comemoracion alguna: y yo veo en ellas un lugar especial y del todo abandonado, no pequeño ni nuevo; sino abundante en alabanzas y acciones ilustres, pero que exîge un Orador que sea capaz de tratarlo dignamente. Del qual si se me hubiera á mí presentado ocasion de hablar quando era mas mozo, facilmente hubiera demostrado que vuestro progenitor se aventajó mas á todos los héroes de la antigüedad por su prudencia, por su Filosofia y su justicia, que por la robustéz y fuerza de su cuerpo. Mas habiendo venido ya á él, y viendo lo mucho que hay que decir, hallo que son muy débiles las fuerzas de mi ingenio, y que esta oracion sería doble mayor de lo que ha de ser ahora. Dexando pues, por estas causas todas las demas proezas, solo voy á tomar por mi cuenta una que viene y se acomoda muy bien con lo que queda dicho, y es ademas, atendido el tiempo que ha de durar, muy proporcionada á lo que me resta que decir. Este pues, viendo que la Grecia era afligida con guerras, sediciones y otros males, despues de poner término á todas estas cosas, y reconciliar las ciudades unas

con otras, enseñó á la posteridad con quienes y contra quienes debria hacer la guerra. Porque, sin detenerse, juntando un exército contra Troya, que era el pueblo de mayores fuerzas en toda el Asia, tanto en la pericia militar se aventajó á los que despues movieron guerra á esta ciudad, que estos con todas las fuerzas de los Griegos apenas pudieron en diez años arruinarla; y él con llevar muy poca gente, en menor número de dias con la mayor facilidad la entró por fuerza, y despues quitó la vida á todos los Reyes de aquellas gentes que habitaban la una y la otra costa del Asia: á los quales sin duda no hubiera muerto, si antes no hubiera vencido sus exércitos. Hecho esto, fijó luego las columnas que se llaman de Hércules por trofeo de su victoria contra los Bárbaros; por monumento de su virtud y sus combates; y por término y límite del imperio de los Griegos. Todo lo qual os he querido traer á la memoria para que advirtais que en mi oracion no trato de exhortaros sino á aquellas mismas hazañas que merecieron el primer lugar en el juicio de vuestros antepasados. Y si deben todos los que tienen juicio, proponiéndose un buen exemplar, hacer por ser tales como él: en vos es todavía esto de mayor obligacion: porque el no tener que valeros de agenos exemplos, y antes

hallarle dentro de casa, como no os ha de incitar á modelaros por él, y á trabajar por haceros semejante á vuestro primer tronco? Y no es esto decir que podais imitar todas las hazañas de Hércules; (porque ni aun algunos de los Dioses habian de lograrlo) sino que en vuestras costumbres, en la humanidad y en el afecto que profesó á los Griegos podeis muy bien mostraros émulo de sus nobles procederes. Ahora, si os dexais persuadir de mi discurso, en vuestra mano estará el llegar al grado de gloria que quisiéreis. Porque mas facil os ha de ser llegar al término mas alto en las actuales circunstancias, que os fué con lo que antes hicisteis venir á conseguir la que estais ahora disfrutando. Advertid pues, que mis consejos se dirigen á que hagais una expedicion, no con los Bárbaros contra quienes no sería justo; sino con los Griegos contra aquellos, á quienes es razon que los que descienden de Hércules les hagan guerra. Y no os admireis de que en todo mi discurso haya procurado inclinaros á la beneficencia para con los Griegos, á la mansedumbre y á la humanidad. Porque veo que la aspereza es perjudicial tanto á los que la tienen, como á los que dan con ellos; y que por el contrario la mansedumbre no solo en los animales, y en los hombres y en todas las cosas es apreciable; sino que

entre los Dioses los que nos son autores de algunos bienes son llamados de nosotros celestiales ; y á los que presiden á los males y suplicios les damos unos nombres mucho mas terribles : que á aquellos los particulares y las ciudades les erigen templos y aras ; y estos ni con oraciones ni con sacrificios son honrados ; sino que los miramos siempre como abominables (1). Considerando pues , estas cosas , convieneos acostumbraros y esforzaros á procurar que sea cada dia mayor la buena opinion en que todos os tienen ahora. Porque los que aspiran á mayor gloria que los demas , es razon que se propongan en su alma empresas , posibles sí , pero tales que parezcan votos ; y que procuren darles fin segun el tiempo y la ocasion lo permitieren. Y aunque habrá muchas cosas de las que podais colegir que de este mismo modo vos debeis hacerlo : colegireislo principalmente de lo que á Jason le sucedió. Pues que este, sin haber hecho nada de lo que vos teneis ya executado , consiguió la mayor opinion, no por lo que hizo ; sino precisamente por lo que dixo. Porque en sus discursos manifestaba que pasaria al Asia , y haria al

(1) Todos los Dioses que presidian á los suplicios eran llamados infernales , y no se nombraban nunca sin desechar el agüero , por lo que se les dió tambien el nombre de abominables.

Rey la guerra. Pues si Jason, no poniendo mas que palabras, se hizo tan ilustre: qué opinion no debeis esperar que se tendrá de vos, si pusiereis por obra estos proyectos? y mas si emprendeis arruinar todo aquel Reyno; ó quando esto no, quitarle una gran parte de sus dominios, y tomar aquella Asia, que como algunos dicen, se extiende desde la Cilicia hasta Sinope (1): en donde deberiais despues fundar muchas ciudades, y llevar á ellas á los que por su miseria se destierran voluntariamente cada dia, y van saqueando quanto encuentran: los quales, si no les impedimos juntarse, vendrán á ser, sin advertirlo nosotros, en tan gran número, que no causarán despues á los Griegos menores inquietudes, que á los Bárbaros. Y no que ahora ningun cuidado tomamos de ellos, y no hacemos caso de que este comun peligro y riesgo se vaya mas y mas aumentando en nuestro daño. Es pues, de un hombre esforzado y amante de los Griegos, y que tiene mas largas miras que los demas, el valerse de estos hombres perdidos contra los Bárbaros, quitándoles el terreno que ya antes dige; librar á los solda-

(1) Esto es el Asia menor, que con efecto terminaba para los Griegos en la Cilicia y Paflagonia. En esta última estaba el puerto de Sinope sobre el mar Negro.

dos extrangeros de los males que padecen y hacen padecer á otros; y formar de ellos ciudades que sirvan de defensa á la Grecia, y sean para todos nosotros un resguardo. Porque si esto hiciereis, no solo los hareis á ellos felices, sino que nos proporcionáreis á todos nosotros el vivir seguros. Y aun quando no podais salir con esto, por lo menos habeis de hacer con facilidad una cosa: que es restituir la libertad á las ciudades que tenemos en el Asia. Y si llegais á poner por obra qualquiera de estas cosas, ó por lo menos lo intentais, no habrá porque no merezcais la estimacion de todos: y con razon, pues que á tales proezas aspirais, y llamais la atencion de los Griegos hácia ellas. Mas ahora quién no se admirará con justo motivo de lo que está sucediendo, y no nos tendrá en poco? quando entre los Bárbaros, que estamos diciendo que son muelles, inexpertos en la guerra, y corrompidos por el luxo, ha habido hombres que han aspirado á enseñorearse de la Grecia; y entre nosotros no ha habido ninguno de tanto espíritu, que haya intentado hacernos Señores de la Asia. Antes les hemos sido tan inferiores, que no habiéndose ellos detenido en adelantarse á darnos pruebas de su enemistad para con los Griegos, nosotros ni aun siquiera nos hemos atrevido á tomar venganza de los

que así nos han tratado. Y dando ellos muestras en todas sus guerras de que no tienen ni soldados, ni Capitanes, ni nada de quanto es necesario para los combates, antes tomando de nosotros todas estas cosas (1), es tal nuestra manía en hacernos mal, que siéndonos muy facil el apoderarnos de quanto ellos tienen, por las cosas mas frívolas estamos entre nosotros mismos en contínua guerra: y de lo que cuidamos es de sujetar á los que reusan el imperio del Rey, sin advertir que ayudamos á los enemigos de nuestros padres para perder y destruir á los que tienen un mismo origen con nosotros (2). Por tanto creo que lo que á vos os importa, quando todos los demas se muestran tan cobardes, es declararos por caudillo de la guerra contra el Rey: pues si á los demas descèndientes de Hércules, que estan atados por su gobierno y por sus leyes (3), lo que les está bien es servir á aquellas ciudades en que la suer-

(1) Para vencer á los Lacedemonios en la batalla naval de Gnido fué necesario que el General fuese Ateniense, á saber Conon, y que los remeros de la Armada lo fuesen tambien; y aun mucha parte de la tropa era Griega, como ya se dixo en el Panegirico pag. 137 nota 1.

(2) Hase dicho varias veces que los pueblos del Asia menor eran Colonias de la Grecia, y principalmente de Atenas.

(3) Eran Heráclidas los Reyes de Esparta, los

te los ha puesto : vos , como si fueseis emancipado , debeis reputar por patria vuestra á toda la Grecia á exemplo del que os dió el ser , y combatir por ella como por las cosas que teneis en mayor precio. Mas acaso se atreverán á reprenderme algunos de los que para solo esto tienen habilidad, porque he elegido el medio de exhortaros á la expedicion contra los Bárbaros , y á que tomeis á los Griegos baxo vuestra proteccion sin haber contado antes con nuestra ciudad. Y en efecto , si yo hubiera empezado á hablar antes de estas cosas á qualesquiera otros que á mi patria , que tres veces restituyó ya su libertad á los Griegos, dos librándolos del yugo de los Bárbaros, y una sacándolos del poder de los Lacedemonios (1), confesaria que me habia por-

de Argos y los de algunas otras ciudades Griegas; pero estos, como aquí se da á entender , exercian principalmente su autoridad en la guerra : en lo demas eran los primeros súbditos. De los de Esparta , por decontado , no hay duda. Véase á Xenofonte en el libro de la república de los Lacedemonios , y á Plutarco en la vida de Licurgo.

(1) Varias veces se ha hablado de los decuriones y treinta Tiranos de los Lacedemonios : pues de mano de estos libró Trasíbulo, y despues con él Conon á Atenas y á las ciudades confederadas con ella. Véase la vida de Trasíbulo en Cornelio Nepote , á Xenofonte lib. 2. de las historias Griegas , y á Justino lib. 5.

tado indignamente. Mas ahora es constante, que ella fué la primera que procuré mover á estas cosas con todo el esfuerzo que me fué posible ; sino que viendo que hacia menos caso de lo que le habia propuesto , que de los que á su placer deliran en las Juntas, determiné dexarla : pero sin apartarme de mi asunto. Y así con justa razon habrán de apreciarme todos : pues que con las fuerzas que me han cabido , he estado toda mi vida haciendo guerra á los Bárbaros ; censurando á los que no pensaban como yo ; y tratando de animar á los que esperaba que mas podrian executarlo , á hacer bien á los Griegos , y á turbar á los Bárbaros la felicidad de que gozaban. Y por lo mismo os dirjo ahora este discurso , estando cierto de que aunque muchos tendrán envidia de lo que digere , todos , por lo que vos executareis , os han de dar mil parabienes. Porque en lo que se diga nadie ha de tener parte ; pero de las cosas útiles y provechosas que con esta ocasion se hagan, no ha de haber ninguno que no piense ser participante. Considerad asimismo , que ha de ser para vos un gran borron el permitir que el Asia esté mas floreciente que la Europa , y sea mucho mejor la condicion de los Bárbaros que no la de los Griegos ; y ademas de esto , que los que en el Imperio han sucedido á Ciro , que fué por su madre ex-

puesto en un camino real, sean saludados con el nombre de grandes Reyes; y los descendientes de Hércules, á quienes puso su padre por su virtud en el número de los Dioses, hayan de ser saludados con nombres mas humildes que ellos. Lo qual de ninguna manera debe quedar así; sino que es preciso mudarlo y trastornarlo todo. Para lo qual quiero que sepais que á nada de esto intentaria moveros, si de resulta de ello no hubierais de adquirir sino poder y riqueza. Porque bien veo que de estas cosas aun ahora teneis ya mas de lo bastante; y que seria señal de una insaciable codicia el ponerse por adquirir tales bienes á peligro de perder la vida. Así que no por haber puesto en estas cosas mi atencion, os dirijo este discurso; sino precisamente por pensar que de ellas os ha de resultar una suma gloria. Reflexîonad pues, que todos tenemos un cuerpo mortal; pero que por la gloria, por las alabanzas, y por la fama tan duradera como el tiempo, nos hacemos participantes de la inmortalidad; por la que es justo que los que á ella aspiramos, no reusemos padecer quanto pueda acontecernos. Así verás que los mas arreglados de entre los mismos particulares por ninguna otra cosa quieren trocar la vida; mas por adquirir honor y gloria la pierden gustosos en la guerra; y en fin que los que anhelan por

mayor estimacion que aquella que logran, son de todos aplaudidos ; quando los que tienen demasiado apetito á qualquiera de las otras cosas que neciamente ama el vulgo, son por lo comun tenidos por inmoderados y viciosos ; y lo que es aun mas que todo lo dicho : que de la riqueza y el imperio sucede que se apoderan muchas veces los enemigos ; mas de la benevolencia de los ciudadanos y de las demas cosas que van dichas , no hemos de dexar otros herederos que nuestros propios hijos. Por tanto me avergonzaria si por otra causa que estas , os hubiera aconsejado que emprendieseis esta expedicion , y entraseis en los peligros de la guerra. Mas como acerca de esto tomareis el mejor partido , será si imaginareis que no solo os está exhortando mi oracion ; sino con ella vuestros mayores , y el valor de vuestros padres , y los que se hicieron memorables , y aun son tenidos por Semidioses por su expedicion contra estos mismos, y sobre todo esta coyuntura y sazon , en que vos habeis llegado á tener tanto poder, quanto no tuvo nunca ninguno de los habitantes de Europa ; y aquel contra quien habeis de combatir es tan aborrecido y despreciado de todos , como no lo fué jamas ninguno de los Reyes. Y ciertamente me alegraria mucho de poder refundir aquí todo lo que acerca de estas cosas tengo es-

crito, porque así pareceria mas digno de atencion este discurso; pero vos cuidareis de tener presente todo quanto pueda pertenecer y decir relacion á la guerra proyectada. Ni creais que ignoro que muchos Griegos tienen el exército del Rey por invencible; mas justo será que nos maravillemos de que, si un hombre bárbaro y mal educado pudo fundar este imperio, estableciéndole sobre la esclavitud, no conozcan que un hombre Griego y muy experimentado en la guerra, inclinándole á la libertad, ha de poder facilmente disolverle: mayormente sabiendo que todas las cosas para establecerse cuestan mucho trabajo; pero el disolverlas es muy facil. Considerad asimismo, que todos á los que mas celebran y admiran es á los que á un tiempo son capaces de estas dos cosas: de gobernar bien la República, y mandar un exército. Pues si veis que los que en sola una ciudad descubren este talento son celebrados y aplaudidos: quales no debeis esperar que sean los elogios que á vos se os tributen, quando se note que habeis sabido gobernar, haciendo bien á los Griegos, y mandar, destruyendo el imperio de los Bárbaros? Yo, por mí, creo que esto sería hasta donde se pudiese llegar, y que nunca habia de haber quien pudiese acabar mayores cosas. Porque jamas entre los Griegos se ha hecho

proeza tal, como es el traernos á todos nosotros de tan crudas guerras á la amistad y concordia: ni es creible que los Bárbaros lleguen nunca á tan gran poder, si una vez disipais el que en el dia gozan. De modo, que de los venideros nadie, por mas elevado ánimo que tuviese, podria hacer otro tanto: que lo que es á los antiguos podemos superarlos con las hazañas que teneis hechas, no adulándoos en ello, sino diciendo la verdad. Porque si habeis ya sujetado tantas gentes, que nunca ninguno de los Griegos tomó tantas ciudades: cómo, si os quisiera comparar con cada uno de ellos, no demostraria que eran vuestras proezas mayores que las suyas? Pero he determinado abstenerme de esta forma de decir por dos cosas: porque muchos no saben usar á tiempo de ella; y porque no quiero que por mí parezcan menores que los que ahora viven, los que son tenidos por Semidioses. A lo qual debereis añadir esta reflexîon, para decir tambien algo de las cosas antiguas: que ni las riquezas de Tántalo, ni el imperio de Pelops, ni el poder de Euristeo merecieron que ningun Orador ni ningun Poéta se emplease jamas en elogiarlos; quando por el contrario la excelencia de Hércules, y la virtud de Teseo, y los que fuéron contra Troya, y los que á estos fuéron semejantes han si-

do por todos sobremanera celebrados. Y eso que sabemos, que los mas nombrados y de mayor crédito entre todos estos solo reynaron en ciudades pequeñas, y en Islas de poca consideracion: y sin embargo han dexado un nombre casi divino, y sumamente distinguido. Porque todos aman, no á los que supieron adquirirse un gran imperio; sino á los que han hecho á los Griegos mayores beneficios. Y no tan solo acerca de estos, sino que acerca de todos podeis ver que este es el comun modo de pensar. Pues que nadie celebra tampoco á nuestra ciudad, ó porque tuvo el imperio de la mar, ó porque llegó á poner en el Alcazar (1), *ó tesoro público*, tan gran cantidad de dinero, de lo que sacó á los Confederados; ni tampoco porque tuvo mando sobre tantas ciudades para destruir á unas, aumentar á otras, y á otras gobernarlas segun le pareciese (porque de todo esto hubo); sino que antes por estas cosas ha sido comunmente reprendida (2). Mas

(1) En el Alcazar de Atenas, llamado tambien de Palas sin duda por haberse colocado en él la gran estatua de esta Diosa trabajada por Fidias, estaba el tesoro público de los Atenienses y pueblos aliados.

(2) En tiempo de Pericles se invirtió una buena parte del caudal público en hermosear la ciudad de Atenas, en espectáculos, y aun en

por la batalla de Maratona (1), y por el combate naval de Salamina (2), y mas que todo porque sus ciudadanos supieron abandonarla por la salud comun de los Griegos, todos á una le rinden las mayores alabanzas. Y de la misma manera se portan con los Lacedemonios: porque de estos en mas estiman la derrota que padecieron en Termópilas (3), que todas las victorias que alcanzaron: y el trofeo que contra ellos levantaron los Bárbaros, lo aprecian y veneran; mas los que levantaron los Lacedemonios mismos (4), lejos de alabarlos, los miran con horror: porque en aquel ven

donaciones hechas entre los ciudadanos; y por tanto se quejaron los Confederados de que se destinasen sus contribuciones á otros fines que al bien y utilidad de toda la Grecia.

(1) La batalla de Marátona fué la que contra el primer Dario ganó Milciades. Véase el Panegírico pag. 115 nota 1.

(2) El combate naval de Salámina fué el que despues ganaron los Atenienses mandados por Temístocles contra la formidable Armada de los Persas, y á vista del mismo Xerxes. Véase el Paneg. pag. 119 nota 1.

(3) Véase el Panegírico pag. 116 nota 2.

(4) Los Lacedemonics erigieron trofeos por las victorias conseguidas de los Atenienses en la guerra del Peloponeso; y como luego trataron tan cruelmente á Atenas y á las demas ciudades aliadas, no es de extrañar que fuesen mirados con horror tales trofeos.

una señal de virtud; y en estos otros no ven sino señales de ambicion. Meditad pues, y repasad entre vos mismo todas estas cosas: y si en quanto va dicho advirtiereis algo ó débil, ó fuera de lo regular, haceos cargo de mis muchos años, que merecen ya ser tratados con alguna indulgencia; mas si vieseis que todo corresponde á los escritos que antes publiqué, no creais que mi vejez lo ha inventado; sino que me lo ha infundido algun Dios que esté encargado, no de mí, sino de la Grecia, y se haya propuesto librarla de los males que la afligen, y grangearos á vos mayor honra todavía que la que en el dia teneis. Porque creo que no ignorais el órden que los Dioses tienen en gobernar las cosas de los hombres. Los quales nunca se muestran á los humanos á cara descubierta ni en los bienes ni en los males; sino que á cada uno le inspiran de modo que nos hagamos el bien ó el mal los unos á los otros. Y quizá por este mismo método me han infundido á mí ahora esta oracion, y á vos os han puesto al frente de estas empresas: viendo que vos podreis mejor que todos acabarlas, y que mi discurso ha de ser el menos molesto para los oyentes. Y aun creo que las proezas que hasta aquí habeis hecho, no hubieran sido tan señaladas por su grandeza, si algun Dios no las hubiera dirigido con el fin,

no precisamente de que hicieseis la guerra á los Bárbaros que residen en la Europa ; sino de que exercitado en estos , y adquiriendo aquí experiencia , y conociendo ya quien sois , llegarais á codiciar lo que os tengo aconsejado. Sería pues , vergonzoso que no siguieseis á la fortuna que tan bien os va guiando , y que no os dexaseis llevar hasta donde se ha propuesto conduciros. Y ademas de esto , pienso sí , que es justo que tengais en mucho á todos los que celebran alguna de vuestras ilustres hazañas, pero que debeis creer que los que mas os alaban son aquellos que por vuestra naturaleza os consideran capaz de mayores empresas (quales son las que he propuesto); y que no solo os elogian los que en vuestra presencia os hablan á vuestro gusto; sino que aquellos os alaban principalmente que tratan de hacer que los venideros se maravillen de tal modo de vuestras hazañas , que no puedan de ninguno de los antiguos maravillarse tanto. Quisiera hablaros mas todavía por este término ; pero no puedo : y qual sea la causa creo haberlo sobradamente dicho. Solo me resta pues, recopilar quanto he propuesto , para que podais en pocas palabras ver qual es la suma de lo que os tengo aconsejado. Digo pues, que lo que os conviene es , hacer bien á los Griegos, regir á vuestros Macedonios, y do-

minar sobre quantos mas Bárbaros podais. Porque si esto hiciereis, todos tendrán porque estaros muy agradecidos: los Griegos por los beneficios que reciban; los Macedonios por ver que los tratais como Rey, y no como tirano; y todos los demas porque libres por vuestra mano del despotismo de los Bárbaros, se verán encomendados al benigno gobierno de los Griegos. Ahora, en quanto á sí todas estas cosas son del caso, y estan tratadas con el cuidado correspondiente, será razon que los que las habeis de oir digais vuestro dictamen; pero de que nadie podrá aconsejaros otras ó mejores, ó que digan mejor con las actuales circunstancias, estoy con la mayor certeza asegurado.

INDICE

DE LOS TRATADOS Y ORACIONES

QUE COMPRENDE

ESTE PRIMER TOMO.

Prólogo del Traductor. . . . . . NUM. VII
Vida de Isócrates por el mismo. XXXI
Dionisio de Halicarnaso de los Oradores antiguos, discurso sobre la elocüencia de Isócrates, y su comparacion con Lisias. XLVIII
Breve razon de las obras de Isócrates. . XCII

Parte primera de las Oraciones de Isócrates, que comprende las admonitorias.

ORACION I. *que es la parenesis ó admonicion á Demónico.* . . . . . PAG. I
ORACION II. *sobre el modo de reynar á Nicocles.* 25
ORACION III. *intitulada Nicocles, de como los súbditos deben haberse con el Príncipe.* 50

Parte segunda que comprende las Oraciones suasorias.

ORACION I. *el Panegírico sobre hacer la guerra al Rey de Persia, y que el mando en ella debe ser de Atenas.* 76

ORACION II. *á Filipo, sobre reconciliar las ciudades Griegas, y hacer tambien la guerra al Persa.* 162

BSB Bayerische StaatsBibliothek
MDZ Münchener DigitalisierungsZentrum Digitale Bibliothek

Isocrates, v436-v338

Las Oraciones Y Cartas Del Padre De La Eloqüencia Isócrates

Bd.: 1

Madrid 1789
A.gr.b. 2032-1
urn:nbn:de:bvb:12-bsb10236558-8
(null)